



José Benlliure, (1919). La Barca de Caronte. Valencia, España. Museo de Bellas Artes

El hijo de la noche (Nix) y de la oscuridad (Érebo), vive en un limbo, donde navega en el tránsito final que nos separa a los mortales de la carne y nos deja en un último despojo sombrío; lo que para nosotros es tránsito entre estados, para Caronte es el único lugar en que puede ser, donde puede estar; donde atestigua silencioso el trabajo de su hermana la muerte (Tanathos). Como la muerte no da espera, siempre debe estar atento a la llegada de una nueva alma, por esto no puede ya recibir visita de su hermano el sueño (Hypnos). Nunca ha contado su historia, no sabemos nada de ella, sin embargo, se presenta en las historias de algunos, y da testimonio del final de la de todos. Dedicó su existencia a repetir su tarea una y otra vez; no sabemos muy bien por qué razón lo hace, ni si eligió hacerlo o se le impuso, ni siquiera sabemos si él lo sabe, o si recuerda cuando empezó, pero cada día sin fallar acompaña el viaje de las almas de los muertos hasta su destino final. Es el único con el poder otorgado por los dioses para ir y venir entre los dos mundos, para existir entre la vida y la muerte.



UNIVERSIDAD DEL VALLE
INSTITUTO DE PSICOLOGÍA

**“UN MONTAJE TÓXICO: ENTRE UNA DECLINACIÓN DEL DESEO Y UN
SALVAMENTO MORTAL”.**

ALEJANDRA ÁLVAREZ BOLÍVAR

KAREN YULIETH DÍAZ AGUDELO

JONATHAN OSORIO GARCÍA

Palmira

2013



UNIVERSIDAD DEL VALLE

INSTITUTO DE PSICOLOGÍA

**“UN MONTAJE TÓXICO: ENTRE UNA DECLINACIÓN DEL DESEO Y UN
SALVAMENTO MORTAL”.**

Trabajo de Grado para optar por el título de Psicólogos

ALEJANDRA ÁLVAREZ BOLÍVAR

KAREN YULIETH DÍAZ AGUDELO

JONATHAN OSORIO GARCÍA

DIRECTORA: Ms. TATIANA CALDERÓN GARCÍA

Palmira

2013

Consulte algunas referencias bibliográficas

de la presente monografía en:

<http://toxicomaniasyobjetalidad.blogspot.com/>

***Dedicado a los sujetos que eligieron regresar y
vivir viviendo, haciendo frente a su dolor y
reparando su historia.***

AGRADECIMIENTOS

Alejandra A. Bolívar.

Más allá de los hallazgos investigativos, los propósitos académicos y los meritos profesionales, éste Trabajo de Grado supuso la objetivación en un producto, de años de formación profesional, que a su vez implicaron años de un transitar personal, de encuentros y desencuentros con otros, que hoy siento tan propios por hacer parte de mis más preciadas memorias y participes de experiencias que atesoro como nada. Es preciso agradecer, expresar de cierta manera lo mucho que valoro el encuentro de mi vida con la de ustedes, pues me ha permitido construir una historia que me complace rememorar y vivir este momento, además de continuar.

Agradezco a mi madre, María Stella Bolívar, por cada instante que ha sido un apoyo para mí, y ese instante sería mi vida misma; por comprender el valor y la entrega de quien se esmera por, y ama su profesión, su vocación. También, a mis hermanos Catalina y Juan Sebastián por hacerme saber que confían en que lo que quiera hacer lo haré de la mejor manera. A los tres gracias por el apoyo, el amor y la familia que somos.

A mi amiga incondicional Yuri Evelin Royero, y a la vida por ponerte en mi camino desde el primer día de Universidad y mantenernos juntas durante estos años; gracias porque además de permitirme acompañarte en cuestiones para ti muy importantes, me acompañaste a mí en toda circunstancia. Gracias por ser tan gentil, tan comprensiva y bondadosa como sólo tú puedes serlo; y por transitar conmigo este proceso metamórfico, donde pese y gracias a las transformaciones, siempre supimos reconocernos.

Agradezco a mis amigos y compañeros coautores de este Trabajo de Grado: Karen Díaz y Jonathan Osorio, por ser los caminantes que trazamos este curso, por cada paso que dimos en nuestras búsquedas investigativas, por las discusiones académicas siempre tan prolíferas, por compartir conmigo la realización de ésto que materializa un producto a manera de cierre de estos años de formación profesional. Les agradezco todo lo que implicó esta construcción: unirnos como grupo, hacernos semilleros, las lecturas, las pláticas, las afujías y venturas que recorrimos juntos... por eso y más: gracias!

A ti Karen Díaz, en tanto mi gran amiga, te agradezco por compartir tu vida conmigo y por recibirme lo que de la mía te comparto; por la sensibilidad con la que hemos sabido conocernos, y por la serenidad y la alegría que nuestro encuentro me supone. Te agradezco cada momento de cercanía y distanciamiento, pero nunca de desamparo, por sabernos *ahí*, aun en las ausencias.

A Jonathan Osorio, y aunque la retórica propia de este documento se ofenda, debo escribirlo así, a ti mi *parcerito* del alma te agradezco las alegrías y los enojos (que en últimas fueron divertidísimos) que me has regalado; gracias por la compañía en tantos momentos buenos y complicados para mí, por tu escucha siempre abierta y comprensiva; y por la tranquilidad que tu presencia, tan a menudo serena, me permitió en circunstancias complejas.

A nuestra maestra y directora Tatiana Calderón García agradezco profundamente su acompañamiento en mi proceso de formación profesional, por permitirme trazar una ruta a caminar en la clínica y la investigación; ruta que en deseos de caminar, logré definir y re-definir, merced a las invitaciones a una consideración ética y responsable del camino a trasegar que usted siempre supo otorgar. Gracias por la dirección justa y precisa que brindó a nuestra labor investigativa, por permitirnos construir nuestro trabajo, por el valor que reconoció en el mismo. Le agradezco el apoyo más allá de lo académico, que nos extendió a mis compañeros y a mí, en momentos complejos y ante cada vicisitud del recorrido; gracias por los momentos compartidos, siempre valiosos y dignos de reminiscencias.

Agradezco al semillero “*Subjetividad y adicciones*”, en un entonces dirigido por la docente Tatiana Calderón, por brindarnos un espacio académico de reflexión y discusión, por los importantísimos aportes que las investigaciones, plasmadas en los Trabajos de Grado de quienes conformaron el semillero, supusieron a la presente investigación; por permitirnos construir cuestionamientos y emprender el desarrollo de la investigación que aquí se condensa.

Al actual grupo de investigación “*Subjetividad y adicciones*”, por aventurarse a permutar y construir un espacio académico, que nos han brindado como escenario de reflexión y discusión de elementos teóricos relevantes a la investigación y por ofrecernos un espacio de escucha crítica y profesional que enriquezca nuestro recorrido como profesionales en la clínica y la investigación. A ustedes: Diego Castañeda, José

Nain Agudelo, y Yesly Salazar, en tanto mis amigos les agradezco el apoyo, la preocupación y el interés que depositaron en esta construcción académica que logramos, cada palabra proferida por ustedes fue importantísima, ¡gracias!

A los jurados de nuestro Trabajo de Grado: Eduardo Botero y Pierre Ángelo Gonzales, extendiendo mis agradecimientos por sus excelentes lecturas, siempre tan dedicadas y comprensivas; por sus aportes significativos en nuestras búsquedas y construcciones, por el ánimo e interés que manifestaron ante nuestra investigación, y por el reconocimiento que brindaron frente a las pretensiones y logros alcanzados. ¡Gracias miles!

Karen Yulieth Díaz Agudelo

Este peldaño de mi ciclo profesional, del cual el presente trabajo atestigua, ha sido conquistado gracias a las diversas situaciones vivenciadas en el transcurso de estos años; en ellas como parte indispensable no sólo para mi formación académica y profesional, sino de mí como persona, han hecho parte ciertas personas, a las que con afecto y admiración aquí les otorgo mis agradecimientos, no extensos pero si, inmensos:

A mis abuelos, a mi madre, a mi núcleo familiar y mis amigos cercanos, que han estado apoyándome, y con quienes he cultivado y conquistado miles de ganancias, a través de todas las experiencias, arduas o no, vicisitudes de la vida que han contribuido a mi crecimiento como persona. Con amor, mil gracias.

A mis compañeros y amigos, Alejandra y Jonathan, quienes permanentemente me acompañaron en este camino complejo, por su apoyo e incondicionalidad, por todos los encuentros y desencuentros, por todo aquello que aquí se me queda corto, ¡que cariño tan inmenso les guardo, que momentos tan especiales a su lado!

A la persona que amo, quien con paciencia ha estado incondicional, con sus palabras, abrazos y gestos de amor.

A Tatiana Calderón por su constante y valioso acompañamiento, por cada una de las palabras y procederes que en su forma particular, lograron y siguen logrando orientar y animar, formar y crecer. Por permitirme aprender a su lado, por los espacios y encuentros profesionales y por su grata compañía.

Al grupo de docentes: Tatiana Calderón, Vivian Ospina, Marco Salcedo, Sandra Arango, María Buriticá, Carolina Reyes y Diego Mercado; quienes con sus aportes y experiencias profesionales permitieron el despliegue de la criticidad, discusión y reflexión comprensiva de la condición humana y sus avatares, y la apreciación de la misma desde la psicología y los retos que la disciplina supone.

A los jurados: Eduardo Botero y Pierre Ángelo González, por sus apreciaciones, interrogantes y saberes, que abrieron un lugar al encuentro profesional, indispensable a la hora de pensarse la psicología, el psicoanálisis y todo aquello concerniente al *sujeto*.

Jonathan Osorio García

A mi madre por su oportuno apoyo y su incansable paciencia, pues ha sido invaluable su acompañamiento.

A mi familia quien de modos diversos me impulsó en éste largo camino.

A mis queridas amigas, con quienes hombro a hombro construimos este trabajo, que guarda tanto valor y significado en mi vida como las numerosas experiencias que tuvimos que afrontar.

A nuestra directora, porque siempre me llevó a la reflexión y al cuestionamiento, sus preguntas siempre permitieron vislumbrar caminos nuevos y su presencia más que ninguna se hizo determinante en mi formación como psicólogo.

A nuestros jurados, por ser lectores críticos y generosos, quienes nos devolvieron sobre el valor de nuestra producción.

A mis compañeros y ahora colegas porque las discusiones, preguntas, encuentros y desencuentros que tuvimos se hicieron fundamentales a lo largo de esos años de formación.

A los docentes que propiciaron espacios de aprendizaje valiosos y éticos, y despertaron en mi innumerables inquietudes.

Al grupo de investigación *Subjetividad y adicciones*, porque este fue la cuna en la que reposaron muchas de las ideas aquí expresadas, y la fuente de muchas de las discusiones a las que éste texto remite.

A todos los autores referenciados en este trabajo, pues sus producciones fueron inspiradoras en todas nuestras discusiones y son testimonio de una forma de vivir en la academia.

A la Sede Palmira de la Universidad del Valle, pues a pesar de todas las dificultades que impuso y de las maneras en que procuró limitar nuestra formación, ser parte de ella me significó estar en la mejor para los mejores, me obligó a dar mi mayor entrega.

TABLA DE CONTENIDO

1.	Introducción.....	13
2.	Justificación.....	16
3.	Antecedentes.....	20
4.	Planteamiento del problema.....	30
5.	Objetivos.....	35
	5.1. Objetivo General.....	35
	5.2. Objetivos Específicos.....	35
6.	Metodología.....	36
7.	Capítulo I: LA DECLINACIÓN DEL DESEO EN LA HOMEOSTASIS DE UNA ECONOMÍA TÓXICA.....	43
	7.1. Vivencia de satisfacción, de la necesidad al deseo.....	45
	7.2. Del crepúsculo al amanecer: los sueños, el Yo y el cumplimiento del deseo.....	50
	7.3. ¿Gozar no cuesta nada?... la Operación del Farmakon: tránsito de conservación por el camino de la muerte.....	57
	7.3.1. Soñando despierto!... ¿logran soñar los toxicómanos?.....	61
	7.3.2. Un dormir sin sueño. Despertar a la muerte.....	66
8.	Capítulo II: LA PULSIÓN OBTURADA POR EL TÓXICO: UN DISFRAZ SATISFACTORIO.....	72
	8.1. El objeto de la pulsión, la estasis de la pasión en sí y la renuencia a la pérdida.....	75
	8.1.1. Del objeto erótico, sustituto de un imposible.....	76
	8.1.2. Un objeto que fija lo auto-erótico.....	79
	8.1.3. Del arraigo del objeto y el sufrir su ausencia.....	82

8.2. El tóxico como objeto: prótesis para un montaje pulsional y un disfraz en que ocultar-se(r).....	86
8.2.1. Un velo que obtura la emergencia pulsional.....	86
8.2.2. Se teje un disfraz.....	100
9. Capítulo III: OBJETO DE AMOR Y TOXICIDADES.....	102
9.1. Amor vital... Amor sombrío.....	104
9.1.1. Sombra amorosa.....	109
9.2. Una elección ilusoria.....	111
9.3. Un salvamento mortal.....	116
10. Conclusiones.....	119
11. Discusión.....	122
12. Reflexiones para una clínica de los sujetos que apelan al recurso del tóxico...	128
13. Referencias bibliográficas.....	134

1. INTRODUCCIÓN

El abordaje teórico de las toxicomanías es un camino complejo y ambiguo, tanto por la naturaleza misma del fenómeno, como por la comprensión que desde diferentes posturas teóricas se ha hecho sobre éste. Los encuentros y desencuentros de los postulados de distintos autores frente a las adicciones, no dejan de develar el misterio de la subjetividad del toxicómano que se expresa en el riesgo mortuorio, manifiesto en la ingesta de un veneno que mata, remedio que cura. La sustancia-droga ejerce una función sobre cada sujeto, el tóxico por sí solo no connota una adicción, la constitución subjetiva de quien la consume de manera desenfrenada marca decisivamente el destino del sujeto, quien viene a encontrar por medio de la droga una “respuesta” a una dinámica particular vivida psíquicamente; la ambigüedad que entraña la droga, remite a las toxicomanías como un fenómeno de gran interés y discusión en la actualidad para la psicología.

En consideración de la singularidad de la vivencia adictiva, se entiende la importancia del abordaje clínico en las toxicomanías y la complejidad en torno al diseño de los tratamientos y los modelos de intervención; en esta medida, se despliega en un primer momento, el cuestionamiento por el lugar y las implicaciones que tiene la droga en las adicciones. En virtud de ambos miramientos, se despliega un recorrido teórico en el que se privilegia profundizar en las aproximaciones que desde el psicoanálisis se han hecho, a la consideración del *objeto droga*, en una relación con el sujeto considerado toxicómano y a la que se le atribuye un carácter nocivo; sin embargo, esta imputación se cuestiona tras la revisión teórica del concepto de *objeto* en psicoanálisis, por entramar una complejidad que figura avatares en distintos planos y que comprometen diversas particularidades de la organización psíquica.

Los abordajes freudianos del concepto de objeto particularizan la objetividad en dinámicas desiderativas, pulsionales y amorosas; así, los objetos ocupan un lugar en tales dinámicas que se especifican en razón de la organización psicológica del sujeto y de los investimentos que deposite en los objetos. En este sentido, interesa considerar la manera en que la droga pueda configurarse *como objeto* en las toxicomanías. En vías del desarrollo de este cuestionamiento, se articula además la teoría de las toxicomanías,

especialmente desde la propuesta de Sylvie Le Poulichet, para tejer reflexiones en torno a la concepción y el lugar atribuido a la droga, entendiendo principalmente la operación *farmakon*; en este sentido, se intenta establecer una comprensión de lo que *la droga como objeto* viene a favorecer en el sujeto, es decir, lo que éste intenta en la ingesta tóxica.

En el establecimiento del enlace de la revisión teórica de la objetividad y las consideraciones sobre las toxicomanías, se desarrollan tres capítulos en los que se aprecian formas de aparición del objeto que se retoman de la teoría freudiana y la manera en que cada comprensión de aquellos favorece una estimación de la droga vista como un objeto: sea del deseo, de la pulsión o del amor. Así, a través de este recorrido teórico se realiza la construcción de una posición comprensiva y crítica, frente a lo que la droga viene a ocupar o representar para la dinámica toxicomaniaca; de esta manera, se despliegan los tres capítulos: el primero, en el que se retoma el objeto del deseo, teniendo en cuenta su constitución y el lugar que arraiga para la economía psíquica, principio homeostático fundante que dará pie para que advengan otras formas, como la de los procesos oníricos, en que el psiquismo se organiza bajo la primacía del deseo frente a elementos inconscientes que podrían perturbarlo; considerado esto, se llega a pensar que la droga viene a prestarse como instrumento que inaugura una economía tóxica a manera de homeostasis, vinculada a la ruptura con la sexualidad misma.

El segundo capítulo, hace referencia al objeto con el cual se tejen circuitos pulsionales en los que se privilegia una sustitución de la satisfacción vivida antaño; en esta lógica, las toxicomanías parecen funcionar como la pulsión parcial, donde la droga podría ser considerada como un objeto sustitutivo al que la pulsión se fija, sin embargo, en lugar de una fijación, de una saciedad pulsional, se logra una obturación de la emergencia desiderativa, donde la droga se presta como un elemento que favorece dicho taponamiento mediante un montaje tóxico pseudo-pulsional. Y el tercer capítulo, cuyo abordaje refiere al objeto de amor, que se erige tras la integración total del yo y la posibilidad de relacionarse con los objetos; esta circunstancia, que se enmarca en la relación objetal, es sostenida por la experiencia del sujeto en el complejo edípico y las transformaciones que este implica. Aludir a esto último, permite la apreciación de que la droga no viene a reemplazar un objeto de amor, pues el advenimiento del sujeto como deseante se presenta incierto; la droga entonces podría favorecer una devuelta narcisista que, sostenida a través de la continuidad de sí consigo, es adherida al montaje

alucinatorio en el que se avista una indiferenciación yo-otro, que pone en juego el deseo y el amor, y con ello la función simbólica.

Así, en el énfasis puesto a través de los diferentes capítulos sobre las particularidades tanto del objeto en psicoanálisis como en las referencias a las toxicomanías, se alude que el lugar que ocupa la droga no es en tanto objeto sustituto del deseo, de la pulsión o del amor, sino que viene a entrañar un instrumento presto para la emergencia de un montaje pseudo-pulsional, que sostiene una economía tóxica procurando resguardar de la efracción, que de otra manera sería despedazante para el psiquismo; esto supone un salvamento, pero, en tanto admite una declinación del deseo y una devuelta narcisista, sume al sujeto en el olvido de sí y reafirma la supresión del otro.

El esclarecimiento teórico del lugar de la droga en las toxicomanías, consideradas éstas en la perspectiva de condición clínica y no en tanto entidad teórica, posibilita un discernimiento sobre el tratamiento de las mismas; no es la proposición última de una solución para el sujeto, sino una consideración de elementos que revisados desde lo teórico e implicados en las dinámicas psíquicas, esbozan una mirada comprensiva y albergan un posible camino que conlleva a contribuir reflexivamente a las concepciones que enmarcan los modelos terapéuticos, además de las discusiones e investigaciones que se inscriben en el grupo de estudios “*Subjetividad y adicciones*”, en el cual se ha venido discutiendo el tema ampliamente, y ante el cual se dejan abiertas diversas interrogaciones.

En esta medida, si lo que planteaban las terapéuticas alrededor del fenómeno que aquí compete, en gran parte radicaba en intervenir, generando temporalmente una ruptura del sujeto en situación de adicción con el objeto de ésta (y de hecho es a lo que apuntan gran cantidad de modelos psicoterapéuticos), sin permitir una elaboración a nivel psíquico que le posibilite al sujeto ser por sí mismo; el primer plano ya mencionado de esta investigación (la objetividad y las toxicomanías), despliega una reflexión final en la que se expone al menos una de tantas posibles comprensiones (que tanto a los presentes autores como a toda la comunidad académica e investigativa en psicología, psicoanálisis y ciencias afines, les queda por desarrollar y constituir), en la que se considera que una clínica de las adicciones debe trascender la búsqueda del cese de lo manifiesto, el fin del consumo, de la “*conducta ordálica*” (Olievenstein 1986), y que esa trascendencia debe apuntar al sujeto mismo y al lugar que da a la droga.

2. JUSTIFICACIÓN

Desde la postura psicoanalítica, la psicología ha podido encontrar un posicionamiento, complejo y reflexivo, que permite un abordaje amplio y comprensivo del sujeto, en el cual se puede reflejar la importancia de lo que éste manifiesta en su conducta y de ciertos elementos más profundos y primordiales de cada ser. Un elemento de interés actual en el abordaje psicoanalítico, tanto teórico como práctico, son las toxicomanías. Estas últimas aparecen en una lectura de lo social como flagelo y síntoma de la modernidad y el consumismo, y a su vez, son leídas desde la psicología, el psicoanálisis y otras disciplinas como una problemática de orden psicológico.

En el contexto colombiano, lo anterior se refleja tanto en la insistente demanda que viene realizando la sociedad al Estado y a diferentes disciplinas de la salud, sociales y humanas, como en los reportes estadísticos del consumo de sustancias elaboradas en el 2009¹; en los cuales se encuentra que, con relación al uso de drogas ilícitas en la población de 12 a 65 años, el 9,1% de la población global ha usado alguna droga ilícita al menos una vez en su vida; también es muy superior entre los jóvenes y adultos jóvenes de 12 a 34 años que entre los mayores de 34 años. El Ministerio de Protección Social (mismo que realiza el anterior documento) reconoce como tratamientos: terapias de orientación religiosa y comunitaria, terapias de orientación científica (médica y psicológica), terapias de reeducación y terapias de autoayuda como Narcóticos Anónimos. En nuestro contexto regional, éste es uno de los tres ejes de la Política de Salud Mental del departamento, por lo tanto, es un problema que hace parte de las prioridades públicas de la salud; además, la Secretaría Departamental del Valle del Cauca reconoce la existencia por lo menos de 72 instituciones que se encargan de los tratamientos en la actualidad, sobre las cuales no son claros los modelos terapéuticos, ni existen documentos que den cuenta de su efectividad.

Es menester resaltar que el fenómeno de las toxicomanías no sólo es considerado una problemática psicosocial en nuestro país, pues otros países también se han visto en la necesidad de implementar diversas acciones, por las cuales han acudido a los profesionales que consideran pertinentes para abordar el fenómeno y así tratar de

¹ Elaborado por el Consejo Nacional de Estupefacientes y el Ministerio de Protección Social.

dar respuesta a la demanda social. Entre las disciplinas que han buscado responder a la necesidad social se encuentra la psicología²; ésta, si bien ha brindado diversos espacios clínicos de tratamiento, también ha evidenciado una efectividad cuestionable en los procesos de rehabilitación; un ejemplo de esto se encuentra consignado en el documento realizado por SOCIDROGAALCOHOL³ “*Guía clínica para la intervención en adicciones*” (Becona, E., Cortés, M., *et al*; 2008). En esta guía clínica para intervenir en adicciones, se realiza una recopilación de diversos estudios de validación científica, en la que contrastan los resultados entre sí, para llevar a cabo una presentación de los modelos terapéuticos utilizados en los últimos años para el tratamiento de las adicciones y su respectiva valoración. Esta se basa en dos ítems: la importancia científica de los trabajos retomados para cada modelo y los resultados encontrados en estos trabajos sobre su eficacia. La variedad de terapéuticas evaluadas incluye modelos: motivacionales, centrados en la familia, analíticos, cognitivo-conductuales y comunidades terapéuticas⁴; frente a éstas se brinda una valoración positiva argumentando que pueden ser útiles en diferentes casos y en diferente medida.

Tal guía clínica, que presenta un panorama -que en lo manifiesto resulta esperanzador- sobre la eficacia de las terapéuticas, también evidencia múltiples inconsistencias en los diferentes modelos, pues: todos tienen un alto índice de abandono tras la primera sesión, que puede llegar a superar hasta el 50% de los sujetos, todos parten de la idea de que las recaídas post-terapéuticas son normales y hacen parte del proceso de terminar y reiniciar la terapia, también muchos indican que su efectividad puede verse sólo cuando se potencia junto con la aplicación de otro modelo, y en otros casos, el “efecto” terapéutico tiene una duración muy limitada. Entre estos modelos, la mayoría apunta a: constituir conductas que eviten las aproximaciones al objeto de consumo o los contextos donde este se presente, eliminar comportamientos que estén relacionados con la posibilidad del consumo y potenciar la habilidad racional del sujeto en pro de evitar una relación con la droga, es decir que se quedan en lo manifiesto del fenómeno.

² Disciplina que se ha posicionado desde los diversos modelos y enfoques que la conforman.

³ Sociedad Científica Española de estudios sobre el Alcohol, el Alcoholismo y las Otras Toxicomanías.

⁴ Respectivamente: Modelo transteórico de cambio, entrevista y terapia motivacional, terapia familiar multidimensional, terapia familiar breve estratégica, terapia familiar multisistémica, terapia conductual familiar, terapias psicodinámicas, terapia de soporte expresivo, terapia interpersonal, entrenamiento en habilidades de afrontamiento, prevención de recaídas, manejo de contingencias, terapia cognitiva.

Es claro cómo los *a priori* teóricos de la mayoría de estos modelos psicológicos, se encuadran en la idea de la eliminación de una relación adictiva perjudicial para el sujeto o el alejamiento de la sustancia tóxica, también en la búsqueda de hacer de sus entornos diques sociales que los contengan o incluso como en el caso de las comunidades terapéuticas, los *a priori* teóricos son difusos y difícilmente reconocibles, cuando no deliberadamente a-teóricos.

Estas condiciones de los tratamientos, y su falta de rigurosidad teórica, alientan una búsqueda investigativa orientada hacia las teorizaciones de las toxicomanías, especialmente del lugar que la droga viene a ocupar en tal condición clínica, en razón del poderío que se le atribuye en los tratamientos y el evidente valor que tiene para el sujeto que se adentra en la experiencia tóxica y hace del tóxico un recurso.

Por tal razón, resulta importante la realización de un ejercicio reflexivo que se valga de la revisión teórica alrededor de las diferentes posturas frente a las toxicomanías, de los elementos que éstas comportan, propiciando así una comprensión de lo que mediante el abuso del tóxico el sujeto intenta expresar de su dinámica psíquica; dicha discusión implica remitirse a las bases teóricas que constituyen los supuestos, de los cuales parten algunos tratamientos e intervenciones institucionales. En este sentido, se considera que, antes de estar en posibilidades de plantear una terapéutica de las adicciones, debe debatirse en torno a lo que sucede en las toxicomanías, del lugar que la droga cobra en la dinámica que instaura el sujeto adicto en tal relación, que se muestra ante los otros como nociva y que puede velar maneras de poder vivir-se para el sujeto.

Los hallazgos en revisiones teóricas de las toxicomanías sostienen, principalmente, dos modos plausibles para comprender el acto toxicomaniaco: por una parte, se consideran las toxicomanías como una relación de objeto nociva para el sujeto, que señala una condición de dependencia y actuaciones autodestructivas, que se sostiene por la gratificación de rememorar satisfacciones primarias y favorecida por una falla en las relaciones tempranas del sujeto con los objetos. Por otra parte, se proponen las toxicomanías como una condición sintomática, en la que el sujeto encuentra cierto modo de tramitación de su sufrimiento merced a la intoxicación.

En ambas consideraciones respecto las toxicomanías, aparece como elemento integrante de la lógica del acto toxicomaniaco un “objeto droga” que se nombra y refiere sin definir claramente; asunto que complica una comprensión de la relación entre

el sujeto y la droga, si se tiene en cuenta la complejidad que un *objeto*, entendido en el sentido psicoanalítico, tiene para un sujeto. Por lo cual, centrándose en el carácter de objetividad que se da por supuesto, tanto en teoría como en la clínica de las adicciones, se presenta como importante reflexionar en torno a la droga en una consideración de ésta como objeto, en el sentido analítico, en la dinámica toxicómana y en la relación que el sujeto que se adentra en la experiencia tóxica configura con tal elemento. Siendo de gran valor esta investigación, tanto para apuntalar a las particularidades teóricas que implican la estimación de la droga como un objeto, como por permitir abrir horizontes de reflexiones futuras al asunto de la droga en los tratamientos.

La reflexión alrededor de los elementos mencionados anteriormente, también se ha venido tejiendo en conjunto con el grupo de estudios “*Subjetividad y adicciones*”, a través de las discusiones que en éste se llevan a cabo, en las cuales abordan tanto elementos teóricos obtenidos de las lecturas realizadas, de los trabajos investigativos y la discusión grupal, como de la experiencia clínica que cada integrante ha venido elaborando; en esta medida, los resultados y conclusiones obtenidos en los trabajos realizados por los integrantes del grupo han dejado abierta la discusión sobre el estatuto de la droga en las toxicomanías, dándole, así, un lugar fundamental en el debate.

La presente monografía radica entonces, en una propuesta de reflexión teórica, que apuesta por una mejor comprensión del lugar que tiene la droga en las toxicomanías, por una caracterización, que vincule un ordenamiento teórico de dicho lugar con una comprensión del fenómeno; esto como punto de partida, no sólo para nuestra reflexión en torno a lo terapéutico, desde las concepciones que aquí se tejan frente a éstas sino también para contribuir al debate que se viene realizando dentro del grupo de estudio “*Subjetividad y Adicciones*”.

3. ANTECEDENTES

Son numerosos los estudios y abordajes realizados sobre las toxicomanías, éstos se apoyan sobre marcos teóricos que parten de diferentes disciplinas, que a su vez, desde las diversas áreas y enfoques inscritos en éstas, constituyen diversas concepciones sobre el sujeto, la droga y las adicciones, sosteniendo de esta forma características “ineludibles” acerca del sujeto toxicómano.

Dentro de la psicología, por ejemplo, algunos modelos teóricos subyacentes, a partir de los cuales se han generado posibilidades de intervención reconocidas por la American Psychological Association (APA) (Becoña, E., Cortes, M. et al; 2008), aunque toman una posición frente al fenómeno no dejan de establecer una imagen sobre el adicto, que apela por lo que de éste se presenta externamente, es decir, los comportamientos como medios que reafirman una figura del toxicómano construida y fijada socioculturalmente. Las conductas presentadas por los sujetos adictos vienen a ser consideradas como desadaptativas o como producto de una estructura clínica, que llega a determinar la relación del sujeto con la droga, sin dar lugar a la singularidad de cada uno.

La adherencia de los anteriores modelos a las concepciones planteadas en el DSM-IV sobre los “*Trastornos relacionados con sustancias*”, viene precisamente a considerar que la serie de “*síntomas cognoscitivos, comportamentales y fisiológicos*” que se presentan en el sujeto, mientras sostiene el uso continuo de una sustancia, sólo se disiparán en tanto el sujeto se distancia de ésta; en este sentido, lo primordial, desde esta perspectiva, vienen siendo ciertos síntomas “homogéneos” tomados como criterios para establecer el grado de dependencia y abuso que vendrían a constituir las adicciones, así, la sustancia-droga viene a instituirse como la “causa”, suprimiendo la dimensión subjetiva que entraña lo propio a cada vivencia del sujeto.

De esta forma, toda la heterogeneidad que entranan las toxicomanías remite precisamente a la necesidad de preguntarse sobre ciertas concepciones que, desde el marco de la psicología con orientación analítica, afirman de una u otra forma una función del tóxico. Así, algunas consideran que las adicciones pueden ser como un modo particular de relación, altamente dependiente, de un sujeto adicto con un “objeto

droga”; a la par que, por un lado, enuncian un discurso de la “omnipotencia del farmakon⁵” y reducen el asunto a un estado de necesidad del sujeto provocado por el efecto químico de la sustancia en el organismo (como lo expresan posturas de orden neurológico), y por otro lado, hablan de la reactualización de un vínculo primario con un objeto totalizante, la adicción a la droga como derivación de una imposibilidad de separación del sujeto respecto a su figura primordial, que se compensa en el consumo del sustitutivo tóxico. Algunas de las perspectivas teóricas, desde la psicología clínica de orientación analítica y el psicoanálisis, que datan este tipo de concepciones, serán abordadas a continuación, dada su pertinencia como punto de partida en la contextualización y acercamiento al problema que se pretende plantear en la presente monografía.

El trabajo de grado realizado por Rodríguez A., Rodríguez L. y Soto O. (2010), ha abordado la adicción como una posible consecuencia de modos relacionales inadecuados o poco favorecedores al interior de las dinámicas familiares, de la separación del sujeto del vínculo materno primordial y de su futura remoción y hallazgo del objeto. En ese sentido, el lugar atribuido a la droga en la vivencia del sujeto adicto es el de un objeto, a veces transicional, a veces totalizador, puesto que, si bien se considera que en un inicio aparece como medio facilitador de la separación, en el plano de la realidad, del vínculo con la madre, luego aparece como un sustitutivo de la figura materna y su consumo como forma de repetición de dicho vínculo.

Pese a lo anterior, comprender en las toxicomanías una relación objetal del sujeto adicto con el objeto droga como sustituto, resulta sumamente complejo si se tiene en cuenta que en la incorporación de la droga al propio cuerpo, el goce es totalmente auto-erótico, la alteridad de “otro”, de un objeto para un sujeto parece desvanecerse instantáneamente. Las mismas investigaciones que se inspiran en esta teoría, hacen notar cómo la dimensión del otro es totalmente funcionalista y generadora de un despertar de toda una suerte de temores y de rememoración de conflictos internos, relacionados con su remoción edípica y la angustia de separación parental (Rodríguez, Rodríguez y Soto, 2010).

⁵En su libro, Le Poulichet (2005) retoma a Platón y a Derrida para referir al farmakon como una no-sustancia sin esencia fija, que transgrede las leyes divinas y puede adoptar la forma de antídoto y veneno.

Así comprendida la adicción, los procesos terapéuticos, que de estas inspiraciones emergen, apuestan por la aniquilación de la relación nociva, por la separación del sujeto adicto del objeto droga y por el favorecimiento de otros objetos para la relación que no estén matizados por el carácter incestuoso y que en esa medida contribuyan a la rehabilitación del sujeto. No obstante, una visión de este orden, puede sustentar de nuevo *el poder del tóxico*, pues sólo bastaría con su eliminación o sustitución, para que el “*estado de dependencia*” (Olievenstein, 1985) llegue a su fin y advenga el sujeto con un deseo distinto.

Lo planteado por Rodríguez, A. et al (2010), sobre la necesidad de posibilitar la separación del sujeto adicto de la madre para que logre una relación objetal propiamente adulta, tiene un punto de encuentro con el estudio clínico realizado por Ortigón, D. (2010), el cual parte desde la práctica psicológica y que resulta de vital importancia, ya que el autor refiere que, en los tres adolescentes sujetos de la investigación que se encuentran en proceso de rehabilitación, la droga se muestra como un objeto que viene a sustituir el “*objeto real*”, objeto en el que se busca una satisfacción totalizante o una minimización de las angustias que han venido gestándose tempranamente; de esta forma, mediante la droga, el sujeto intenta hacer una reparación a una alteración narcisista. La sustitución de la que habla el autor, viene a manifestar una relación adictiva bastante ligada a algunas fallas en la relación temprana con los otros, especialmente con el deseo de la madre, con la que los sujetos vivenciaron un vínculo predominantemente simbiótico.

Ortigón (2010), lejos de dar un estatuto a modo general sobre las adicciones, viene a dar lugar a éstas como fenómeno particular a cada uno de los sujetos, así pues, refiere cómo éstos, al enfrentarse a la adolescencia, momento en que deben afrontar los conflictos referentes a la infancia y donde el deseo debe trasladarse fuera del vínculo filial, encuentran en la droga la manera de acentuar una forma de vida en la que el deseo es direccionado insistentemente hacia la figura materna, sin poder realizar un verdadero desplazamiento por fuera de ella. De esta forma, el autor afirma:

“(...) la toxicomanía (según los hallazgos) como un síntoma de aquella no diferenciación que se produjo en las fases de desarrollo tempranas y que ahora en la adolescencia se reavivó a través de una relación con un objeto que brindase las mismas condiciones en el vínculo” (Pág. 83)

Es por lo anterior, que Ortegón hace un cuestionamiento al tratamiento basado en el modelo de comunidad terapéutica, pues a éste subyace una concepción que insiste en que *“la adicción fue generada por el rompimiento y desdén de las relaciones familiares”* (Pág. 84 Ortegón, D. 2010); en la intervención sobre las adicciones, se ha visto una y otra vez la poca funcionalidad, no deja de entramarse la idea de que fortalecer la vinculación con la familia, primordialmente con la madre, a la vez que se dan los cortes entre sujeto-droga, es la vía de la terapéutica, pero habría que preguntarse también cómo darle lugar a la reflexión que intenta comprender que lo anterior limita y anula la búsqueda propia del sujeto y su posibilidad de ser.

Muchas de las exploraciones alrededor de las toxicomanías presuponen a un sujeto deseante, no obstante lo planteado por Ortegón, D. (2010) a través del contraste teórico y clínico, viene a vislumbrar la falla en el proceso de separación-individuación, viene a poner en juego la constitución de dicho sujeto; es innegable que la dimensión del deseo se encuentra comprometida en algunos de estos sujetos, Le Poulichet (2005) también viene a cuestionar este hecho, ¿cómo ser sujeto y desear un objeto-droga si algunos toxicómanos son objeto del goce del Otro y quedan casi que anulados en tanto deseantes?.

En relación con esto, es pertinente mencionar lo que plantea Sanmiguel, P. (2007) en su artículo⁶ sobre las adicciones, en éstas el sujeto intenta hacer surgir una nueva pulsión por medio del impulso generado desde los objetos que en la actualidad se consumen, que no tienen un carácter imaginario sino que, al presumirse reales, vienen a manifestar un “hueco en lo real”; con éste lo que intenta instituirse es la inscripción del cuerpo para lograr advenir sujeto, que desde Le Poulichet (2005) viene a darse en las toxicomanías de suplencia. Por tal razón, la marca que se da en el toxicómano es manifestación de la búsqueda de una organización pulsional, sin embargo, aunque aquella intenta surgir como agujero, no se da, puesto que la marca no viene dada desde el Otro, que se supone instauraría la falta (Sanmiguel, P. 2007).

Si bien, desde la psicología, Ortegón, D. (2010) hace alusión a la situación adictiva como un “dispositivo analgésico”, Sanmiguel, P. (2007), desde los planteamientos propiamente psicoanalíticos, resalta que la marca en el cuerpo, que

⁶Basado en la película *“Réquiem por un sueño”* de Darren Aronofsky

intenta hacer el sujeto al ir en búsqueda de constituirla en agujero, entraña un dolor inevitable y que las manifestaciones de esta búsqueda, aunque traigan consigo una posible organización alrededor de un grupo de pares que intentan circunscribirse alrededor de un nombre, también, a su vez, conllevan un fracaso. Como menciona el autor, es el *“réquiem por un sujeto del deseo”*, entrama la repetición de su búsqueda y un retorno a la droga como “panacea” del dolor que retorna al cuerpo, que es, más allá de éste, un dolor psíquico, a la vez que es “veneno”, porque no logra la inscripción de su cuerpo a través de la marca del Otro.

Como se ha visto hasta el momento, los textos referenciados necesariamente llevan a encontrar como punto común entre ellos un lugar en la discusión sobre el estatuto de la droga en las toxicomanías; otro escrito que encuentra un lugar en esta discusión corresponde al que proponen Blanco, Castañeda & Maldonado (2010), donde exploran la función organizadora del ritual en la subjetividad de tres adolescentes toxicómanos, a partir de lo cual plantean una serie de conclusiones que llevan a reflexionar sobre la ambigüedad del valor de la droga en las toxicomanías.

Por un lado, algunos de sus hallazgos implican pensar un carácter objetal en el modo en que se muestran las toxicomanías, entre éstos se puede resaltar: primero, la idea del objeto-droga como un objeto transicional (aunque dicho proceso transitorio no se evidencie), que permite al sujeto un afrontamiento del deseo de permanecer en un tipo de relación primaria, sin tener que entregarse al deseo del otro; segundo, la posibilidad de tomar distancia del deseo endogámico, sin desligarse de éste por relaciones exogámicas que impliquen perder la posibilidad de una experiencia, que renuncia a los límites impuestos por un proceso de separación del objeto de deseo, y finalmente, los elementos de auto-regulación que aparecen en los sujetos frente al consumo de determinadas sustancias, siendo ésta, una imposición de límites que, cabe decir, sigue siendo en función de la sustancia, y sin embargo implica una posición subjetiva frente a un objeto *“ya sea en la forma en como es consumida o en la abstención de una sustancia en particular por miedo de perder el control de ésta, lo que lo lleva a esa lucha entre el deseo y la prohibición.”* (Blanco, et al, 2010. p. 113).

Si bien se instauran límites frente a aquello que les permite gozar, y es esto de suma importancia, es paradójico el hecho de que *“esos límites están en función del objeto que les posibilita la entrada a este goce, sus entradas y salidas de esta relación los coloca en todo momento frente a su objeto del deseo”* (Blanco, et al, 2010. p. 113).

Por otro lado, ciertos hallazgos exigen un posicionamiento crítico frente a la concepción de la droga como un objeto; entre éstos se pueden contar: en primer lugar, la magnitud del apoderamiento que la droga toma en toda dimensión de la vida del sujeto, así, ésta llega a constituirse como elemento organizador del tiempo cronológico en la vida del adicto, relacionado con los tiempos de ingesta, de orden primario y de carácter oral, por tanto, también permea la dimensión nutriz de la vida del sujeto, pues el ritual de consumo se conforma en torno a la simbolización de lo nutricional, en tanto el encuentro con la sustancia precede o prosigue a la comida por diferentes razones. En segundo lugar, la idea de la droga como un elemento de goce, cuyo imperativo deseo de consumirla no permite dar lugar a la espera, a una ritualización de la sustancia, permitiendo sólo suscitar un ritual de consumo que se centra y está en función de la sustancia; y por último, *“en lo que respecta a los elementos de repetición manifestados en el ritual de preparación de la droga, lo que se encuentra es precisamente que se prescinde de éste, [... así, lo ritual termina por ligarse sólo a la obtención y el consumo; evidenciando...] todo aquello referido a la incapacidad de los sujetos de hacerse dueños de algo que permita una elaboración del conflicto”* (Blanco, et al, 2010. p. 111), lo cual implica desdeñar el tratamiento simbólico de la experiencia, que implica el ritual.

Al igual que los textos que hasta el momento se han nombrado, los diversos hallazgos de esta investigación abren paso a una reflexión sobre el estatuto de la droga, en donde se acude a las claridades teóricas, sin desconocer la importancia que los análisis de caso tienen en la discusión, pero reconociendo que una comprensión del fenómeno no puede darse únicamente desde la casuística o la viñeta clínica, sino desde la discusión conceptual que apunte a la comprensión del caso y que busque responder a la subjetividad; mientras que la indagación teórica permite una comprensión menos particular y un poco más abierta del fenómeno.

Otro ejemplo de la reflexión teórica sobre el lugar de la droga se encuentra en el artículo realizado por López (2006), en el cual el autor partiendo del cuestionamiento de la efectividad de un tratamiento psicoanalítico de las adicciones, lleva a cabo un abordaje del fenómeno desde la revisión de varias posturas psicoanalíticas frente a la adicción. López (2006) indica que Freud: alude a las adicciones que operan como sustituto de la adicción primordial la masturbación. Sin embargo, y en otro sentido, planteó una diferenciación entre lo que se considera objeto-droga y objeto sexual,

atribuyendo a la relación con el primero el carácter de plenitud imposible de lograr en la relación con el segundo, que siempre deja la vía a la insatisfacción y por ende da lugar al deseo. Así, para López, los autores inscritos en la línea freudiana tratan las adicciones como una formación sintomática del psiquismo. No obstante, esta afirmación freudiana que López referencia, da lugar no sólo a pensarse la formación sintomática, sino a la droga como objeto de carácter totalizante, sin embargo objetual.

Entre las teorías inspiradas en Freud, que enuncia López, se encuentran posturas que van desde la “*fijación en una etapa oral*” (Abraham 1959, citado en López, 2006) pasando por una estructuración “*maníaco-depresiva*” (Rosenfeld, 1960, citado en López, 2006), una sustitución del placer sexual, hasta entenderla como “*un síntoma de conflictos neuróticos (por ejemplo la lucha con deseos homosexuales); ubicada en una estructura cercana a la perversión, [...] como regresión a un “estadio gastrointestinal”, como tentativa de curación de anormalidades del psiquismo temprano, etc. (López, 2003)*” (Citado en López, 2006. p. 4)

Por otra parte, el autor señala, con respecto a las postulaciones lacanianas, que éstas sitúan el efecto de la droga en una labor de ruptura del sujeto con la falta, donde el uso de sustancias comporta un intento de hacer accesible el Objeto que, en su ausencia, configura la falta. En este sentido, la adicción deja de entenderse como una formación sintomática producto del conflicto inconsciente, lo que implicaría una formación de compromiso, y apunta más bien a una formación de ruptura, una separación del sujeto con lo simbólico. Entre estas posturas, que atañen a una formación de ruptura, se presenta la hipótesis de las toxicomanías como una forma de solución por la vía del cuerpo, que el sujeto elige frente a la falta de goce y la falta de ser. El consumo de sustancias, argumenta el autor, no puede considerarse como consecuencia ya de un mecanismo inconsciente o una estructura particular, en la medida en que el sujeto elige esta vía de solución.

Para este autor, una terapéutica desde el psicoanálisis, en la adicción a sustancias, debe plantearse desde lo que Lacan llama *rectificación del sujeto*, donde se aboga por la voluntad y decisión del sujeto de emprender un cuestionamiento frente a la manera en que se relaciona con la sustancia de su adicción y con la forma de solución vía soma que está dando a sus conflictos inconscientes; partiendo quizá de un cuestionamiento externo dirigido a que el sujeto no se viva en las consecuencias del mundo que lo circunda, sino que se viva como agente de las circunstancias de su

existencia y apunte al logro de una des-identificación del sujeto con el consumo de sustancias. En este sentido, la terapéutica de la adicción, que por atravesar el plano de lo biológico requiere una intervención a este nivel, marcada por el cese del consumo; desde la postura analítica, se percibiría el cese no como un logro o un ideal, sino como una condición generada en pro del tratamiento en el proceso de toma de posición del sujeto.

Este autor, que realiza la necesaria labor de exponer algunos posicionamientos teóricos en torno a las toxicomanías, enuncia un elemento de discusión que también hace parte de algunos de los escritos previamente referenciados y es sobre la terapéutica de las adicciones, el cual, cabe aclarar, no es objeto de la presente monografía, pero es traído a colación en este apartado, puesto que es un punto coyuntural por el cual es necesario pensar el estatuto de la droga en las toxicomanías; pues, como se ha visto, López propone una terapéutica de la toxicomanía fundamentada en la reflexión del sujeto, pero otras posturas la centrarán en la disolución de la relación con el objeto-droga, por lo tanto, este artículo se constituye en un buen referente de la importancia de la comprensión teórica del fenómeno y de la discusión en torno a este se teje, comprensión necesaria para una adecuada reflexión de la terapia en las adicciones.

Al respecto de las intervenciones en sujetos adictos, Vera, E. (2007), en todo su artículo, esboza a qué se ven expuestos dichos sujetos al ser distanciados de la droga; el autor afirma que estos últimos transforman la droga de objeto fuente de placer en “*objeto de necesidad*”, de esta forma, lo que se pierde al distanciarse de la droga no es el objeto a manera de duelo sino que se pierde estructuralmente el objeto. El sujeto es sentenciado a un sufrimiento que lo deja aislado de su propia historia, él mismo es ahora un objeto estático y de pertenencia al objeto-droga, hecho tal que desboca al toxicómano hacia la sustancia a la cual está adherido y que de lleno le absorbe.

La “*pasión adictiva*”, de la que habla Vera (2007), vendría siendo para el sujeto una forma de sobrevivir que, en la pretensión de transferir su queja, imputa a la droga como vía y el sujeto mismo se transfigura como objeto de dicho objeto-droga. Sin embargo, con esta transmutación, el sujeto vivencia “*la angustia del vacío*” cuando se intenta distanciar o es alejado de la droga, esto no deja de mostrar que la angustia y la amenaza no viene por la sensación de vacío en ausencia del objeto, que ha intentado subjetivar, sino del agujero que ya se encontraba en la experiencia de sí.

Al igual que la terapéutica de las adicciones, otro elemento de discusión, que no es objeto del presente escrito, pero que aporta a la importancia de la reflexión del lugar de la droga en las toxicomanías, es el debate sobre la estructura subyacente en las toxicomanías.

Frente a este debate, Aksenchuk (2006), López (2006) y Le Poulichet (2005), refieren que no es condición necesaria una estructura en particular para la explicación del estado del toxicómano, pues éste puede moverse entre las estructuras clínicas conocidas -psicosis, neurosis y perversión-; cumpliendo una función diversa en éstas y en el sujeto, *“sabemos que además de los [...diversos...] efectos [...] de la sustancia, ésta produce el taponamiento de la división subjetiva, agregándose a ello el oropel identificador que el mismo significante ‘toxicómano’ aporta para orientarse en el Otro social”* (Aksenchuk. 2006). En relación con lo que dice esta autora, se debe indicar que refiere las toxicomanías en tanto posible sintomatología individual, pero también como manifestación sintomática social, por lo tanto, las toxicomanías pueden corresponder a distintos modos de estructuración, pues más allá de ser una manifestación estructural implica una formación de malestar cultural; de igual modo, por la misma vía del malestar en la cultura, López (2006) retoma la lectura de Lacan, respecto a esto afirma

“Ya no puede entenderse la relación con la sustancia como un síntoma de conflictos inconscientes o como sustituto de la relación con objetos sexuales anclados en alguna ‘fijación’. Tampoco sería producto de una estructura con características particulares. Es más bien una respuesta distinta frente a la condición de sujeto del inconsciente, o del ‘parlêtre’ como diría Lacan al final de su enseñanza y, por lo tanto, deja de necesitarse una condición pre-mórbida específica para entender su aparición.” (López 2006, p. 12)

Le Poulichet (2005) expone dos grandes formas de referir el montaje entramado en las toxicomanías: por un lado, las de suplencia narcisista refieren a que estás suplen el decaimiento del Otro, el confinamiento del deseo, el sujeto debe obturar para no ser irrumpido por el goce del Otro; por otro lado, las de suplemento, que se presentan para

interrumpir el deseo, adormeciendo el dolor causado por los conflictos ligados a la castración. Así, la propuesta de Le Poulichet apunta a reconocer la diversidad estructural inmersa en las toxicomanías, y no a pensar que éstas son efecto o velamiento de una estructura en particular.

Si bien esta discusión parece encontrarse lejana del interés de esta monografía en el estatuto de la droga, su conexión es más interesante de lo que parece, puesto que este debate sobre las estructuras, sea que se conciba una en particular o varias posibles, conlleva también a reflexionar en torno al modo en que la teoría psicoanalítica ha descrito los tipos de relación que se juegan en las distintas estructuraciones respecto de los objetos o la ausencia de éstos, que en cierta forma sería análogo al lugar o no de la droga en la vida de los sujetos. De esta manera, se muestra cómo el debate sobre el estatuto de la droga en las toxicomanías, permea y es permeado por otros debates frente al fenómeno, permitiendo pensar en la importancia de dicha discusión y en la frecuente aparición, implícita o explícita, de la ambigüedad del lugar de la droga.

4. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Actualmente las toxicomanías, también llamadas adicciones a sustancias psicoactivas, se han constituido como una problemática que ha tomado magnitudes sociales, por esto, diferentes disciplinas han tomado diversas posiciones teóricas que han permitido la constitución de modelos terapéuticos como alternativas de solución. Un implícito, que se puede reconocer en la mayoría de tratamientos, es que se ha concebido que en las toxicomanías existe una relación entre un sujeto toxicómano y un objeto droga.

En diversos estudios realizados sobre abordajes terapéuticos de las toxicomanías (Fernández J. & Secades R., 2000; Girón S., Martínez, J. & González, F., 2002; Sánchez, E., 2006), subyace la idea de unos tratamientos cuyos resultados tienen un potencial de utilidad clínica, pero que en la actualidad son poco favorables para la terapéutica; en estos estudios, se encuentra que las nociones teóricas, o las concepciones en que se apoyan los tratamientos, conciben la droga como un objeto nocivo -algunos en ausencia de un reconocimiento explícito de ello-, que debe alejarse-borrarse de los sujetos en situación de adicción, con esta idea direccionan sus modelos de intervención, generando una cantidad de estrategias para la eliminación de la droga de la vida del adicto: que se abstenga de ésta, que la reemplace con otros paliativos farmacéuticos, que sustituya la actividad de consumo por una actividad socialmente aceptable (Becoña E., Cortés M. et al.; 2008), abogando principalmente por la separación del toxicómano del objeto de consumo mediante *“acciones terapéuticas que buscan básicamente suprimir los síntomas o modificar los comportamientos, desintoxicar, rehabilitar y curar a los adictos.”* (Velosa, 2009. p.7)

Tras esta panorámica de los tratamientos y los imaginarios que en ellos pueden leerse respecto de las concepciones de la droga y de las adicciones, se configura una idea del “objeto-droga” como una sustancia con unas particularidades intrínsecas que le permiten enfermar al sujeto, una suerte de virus que afecta a un individuo dejándolo, mediante su poder maléfico, en una condición patológica que encuentra cura en un procedimiento de extracción de la sustancia viral del organismo infectado.

Sin embargo, este imaginario, que parece direccionar la lógica de las intervenciones en los tratamientos para toxicómanos, evidencia una falta de rigor en sus

concepciones y planteamientos alrededor del fenómeno que intervienen y del elemento (la droga) que indican como constitutivo del mismo. Sin una revisión juiciosa que permita configurar una reflexión organizada acerca del fenómeno, los destinos de la clínica quedan a la deriva y a la merced de lo que la contingencia pueda permitir. Este miramiento, además de indicar lo complicado que resulta la formulación de modalidades de intervención que desconozcan las complejidades que suponen los modos particulares en que los sujetos expresan su sufrimiento, llama la atención sobre la importancia y el valor de lo teórico, como correlato de las comprensiones que desde la relación clínica se puedan tejer frente a una manifestación del sujeto.

La precariedad de los posicionamientos teóricos de los tratamientos de las adicciones, y la repercusión que de ello se advierte en las maneras de conducción de las intervenciones, y los evidentes fracasos de tales dispositivos, frente a los objetivos planteados, conduce a una re-consideración de los modos en que se comprenden las adicciones y el lugar de la droga en las mismas; asunto que precisa una revisión teórica y conceptual.

Un miramiento del asunto de las adicciones y de la droga como elemento de la dinámica adictiva, permite dos principales concepciones de las toxicomanías en las que la dinámica tóxica se comprende en distintos avatares subjetivos. Una de las posturas más extendidas frente a la teorización de las toxicomanías, en la teoría analítica, enuncia en éstas la configuración de una relación objetal que, en lo manifiesto reporta unas condiciones de un perjuicio auto-infligido, que a nivel de las dinámicas psíquicas revela una ganancia subjetiva. El otro posicionamiento teórico, alude las toxicomanías como una formación sintomática donde se posibilita un modo de enfermar que se le aparece como resolutivo al sujeto.

En los lineamientos de la objetividad, la droga es referida como un objeto sustitutivo del objeto primordial, como transicional, como apuntalado por la pulsión merced a una fijación oral de la libido, entre otras consideraciones plausibles, sin precisar una definición o una cualificación de lo que implicaría pensar la droga en reemplazo de alguno de esos lugares de los objetos psíquicos.

Por su parte, en las consideraciones de lo sintomático, la droga se menciona como un elemento que favorece una suerte de ruptura entre el sujeto y lo simbólico, que le reitera el lugar de la falta, vivida para éste como insoportable.

En el ahondamiento necesario que exigieron ambas posturas, indicadas previamente, se encontraron diversos elementos teóricos en los que se reconocieron diferentes posturas; a modo de ejemplo, en su texto de 1912, Freud⁷ afirma que, tras la represión del objeto originario de deseo, éste será suplido por un número interminable de objetos que nunca satisfacen plenamente a la pulsión, diferente sucede con objetos que pueden considerarse tóxicos: *“Considérese, por ejemplo, la relación del bebedor con el vino. ¿No es verdad que le ofrece una pareja satisfacción tóxica [...que se ha comparado...] a menudo con la erótica y [...con la...] concepción científica [...y más adelante agrega...] Prestemos oídos a las manifestaciones de nuestros grandes alcohólicos, Bocklin (185) por ejemplo, acerca de su relación con el vino: suenan a la más pura armonía”* (Freud, 1912); vemos cómo el autor da un carácter de objeto totalizante a la droga en contraposición del objeto de amor parcial, así, puede afirmar que el carácter de satisfacción parcial, y no total, permite la sublimación de la libido:

“En efecto, ¿qué motivo tendrían los seres humanos para dar otros usos a sus fuerzas pulsionales sexuales si de cualquier distribución de ellas obtuvieran una satisfacción placentera total? Nunca se librarían de ese placer y no producirían ningún progreso ulterior” (Freud, 1912. p. 183).

Desde las consideraciones psicoanalíticas enmarcadas en la reflexión sintomática, se encuentra la idea de concebir un modo funcional diferente en los toxicómanos, desde el cual no se conciben de manera determinante las toxicomanías como una relación de objeto, estas teorías que no han sido tan exploradas, pero que se sustentan principalmente en los postulados lacanianos, giran en torno a la aproximación que en 1975 realizó Lacan (citado por López, C. 2006) sobre la droga:

“la única definición que hay de la droga, y éste es el motivo de su éxito, es que la droga es aquello que permite romper el matrimonio del cuerpo con el pequeño-pipí, el matrimonio del sujeto con el falo”

De esta forma, se esboza que la droga permite generar una ruptura en relación con la significación en la que se busca la presencia del objeto que se supone inalcanzable, sin tener mediación desde las representaciones ligadas a lo simbólico y lo

⁷Freud, S. (1912) *Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa. Obras Completas*

imaginario que vienen siendo constitutivas de un ser humano como sujeto, puesto que representan un objeto faltante (falo) que llega a inscribirse en un sentido a través de éstas.

Si bien lo planteado por Lacan ha tomado diferentes interpretaciones, Sylvie Le Poulichet (2005) reitera el borramiento de las representaciones, dado que el sujeto, por medio de la droga, logra una *cancelación tóxica del dolor* que, de manera progresiva, va implicando un anulamiento del propio sujeto, de su propia imagen, en tanto determinada por un orden simbólico, del lenguaje; en este sentido, la operación *farmakon*—caracterizada por ser veneno y antídoto— se presenta como una formación narcisista por medio de la cual, o puede frenarse transitoriamente los conflictos que remiten al hecho simbólico de la castración, o puede constituirse en obturador de un agujero para proteger al psiquismo del goce trágico del Otro.

La revisión de los panoramas teóricos expuestos, considerando las inquietudes respecto de la mencionada falta de precisión teórica acerca de lo referido como “objeto droga”, resalta el camino de la objetividad como vía posible para su consideración seria, rigurosa y que, apoyada en las teorizaciones freudianas, permite un campo amplio de discusión. En razón de ello, se traza como límite de la investigación el abordaje del concepto de Objeto en psicoanálisis, para pensar la cuestión de la droga en la dinámica tóxica que el sujeto instaura, tomándola como objeto con el fin de un trámite resolutivo. Además, la perspectiva de la objetividad permite profundizar en aspectos intrínsecos a las dinámicas psíquicas, que *a priori* se consideraron sólo posibles de asir en una consideración del concepto *síntoma*.

Las diversas maneras en que se ha comprendido el objeto en las teorías psicoanalíticas lo matiza con distintas cualidades que ofrecen al sujeto diversas condiciones en la relación y, a su vez, le permiten diferentes funcionamientos o modulaciones en sus avatares libidinales. Lectores dedicados de la obra freudiana como Rabinovich, Baranger, Laplanche, entre otros, retoman aspectos de la manera en que Freud alude al objeto en su obra, de las cuales interesan tres maneras particulares: en relación con el Deseo, con la Pulsión y con el Amor.

Así, considerar la droga y la función tóxica que favorece, en cada una de las principales consideraciones del objeto, permitiría una comprensión amplia respecto del estatuto de la droga en las toxicomanías y lo que el sujeto intenta en su relación con la misma; lo cual, a su vez, posibilitaría una mirada distinta frente a la terapéutica de las

adicciones, aunque esto último no corresponde al interés investigativo de la monografía se articula como una reflexión extensiva que invita a futuras investigaciones.

Tras mencionar lo anterior, que implica una concepción diferente del funcionamiento o el lugar de la droga en la organización psíquica del toxicómano y las dificultades que acompañan los modelos terapéuticos, que se basan en el carácter objetual, se hace necesario debatir por medio de una revisión teórica, que permita plantear las diversas posiciones y propicie la reflexión sobre el fenómeno de las toxicomanías; para este trabajo monográfico, surge el siguiente cuestionamiento:

¿De qué maneras es posible considerar la droga como objeto en las toxicomanías?

5. OBJETIVOS

5.1. *Objetivo General:*

Considerar algunas de las posibles maneras en que se puede pensar la droga como objeto en las toxicomanías.

5.2. *Objetivos específicos:*

- ψ Realizar una reflexión respecto de la droga en tanto objeto del deseo, de la pulsión y del amor.
- ψ Reflexionar en torno a las implicaciones de hablar de un “objeto droga” en las comprensiones teóricas de las toxicomanías.
- ψ Discutir el lugar de la droga frente al recurso *farmakon* y el valor de lo tóxico para el sujeto.

6. METODOLOGÍA

El presente trabajo monográfico se inspiró en una preocupación por la falta de rigor teórico que presentaban los modelos de intervención y algunas actuaciones profesionales que configuraban tratamientos para sujetos toxicómanos, en los que el objetivo central radica en la ruptura de la relación del sujeto con la droga, sin una comprensión clara sobre el por qué y el para qué del consumo de la droga, y depositando sobre “el objeto droga” toda una suerte de cualidades que lo configuraban como un virus que atacaba al sujeto y que en su eliminación advendría la cura. En esta inspiración, la monografía encontró como horizonte investigativo una revisión teórica respecto del tan poderoso “objeto droga” que circundaba los imaginarios y los planteamientos de las terapéuticas de las adicciones.

Como primera medida, los autores de la monografía se permitieron un acercamiento a las teorizaciones sobre toxicomanías, en las cuales se encontraron principalmente dos condiciones para pensar las toxicomanías. Por un lado, surgieron postulados teóricos que referían las toxicomanías como una relación objetal, caracterizada por un vínculo altamente dependiente del sujeto con la droga, “objeto” al cual se le atribuía generalmente la condición de sustituir otro objeto perdido, pero que no se definía ni se particularizaba. Por otro lado, emergieron teorizaciones que denunciaban en las toxicomanías un carácter de enfermedad, en el que la droga aparecía como un posibilitador de algo para el sujeto que, aunque nociva, le restituía una ganancia. Frente a tales hallazgos se toma, como camino a trasegar en la investigación, la comprensión de las toxicomanías considerándolas bajo dos categorías conceptuales que se percibían implicadas ahí: el concepto de *objeto* y el concepto de *síntoma*. Esto, con el propósito de tomar una postura para comprender las toxicomanías y, en especial, el lugar que la droga venía a ocupar en la dinámica que implica tal actuación del sujeto.

Como primer sendero teórico por recorrer, se tomó el concepto de Objeto en la teoría psicoanalítica. La revisión del concepto de objeto en psicoanálisis abrió un panorama de amplias posibilidades para reflexionar las implicaciones de la atribución de condición de objeto a la droga, además, permitió comprender en el asunto de la

objetalidad una dimensión que permitía tejer consideraciones en torno a aspectos más profundos de las dinámicas del sujeto que una mera relación en el plano de la realidad y de lo manifiesto, aspectos que en un inicio se concibieron posibles de asir de una manera más pertinente en la revisión del concepto *síntoma*.

Frente a nuevas posibilidades de comprensión y de profundizar en los aspectos que se consideran dinámicas subjetivas que en las toxicomanías, en la relación del sujeto con la droga, se configuran de una manera particular, y de cara a una mirada clínica que orientada desde el psicoanálisis obliga a trascender la lógica de un estado patológico engendrado por el poder maléfico del tóxico, se precisa el camino hacia una consideración y un cuestionamiento por los intentos que el sujeto hace mediante el acto toxicómano, en el recurso tóxico del que se vale para favorecer algo en su condición de vida, y que en ese sentido otorga un valor a la droga.

Tras la revisión teórica se propone un direccionamiento argumentativo en torno a una consideración del asunto de la droga, como ese objeto malo que retiran en los tratamientos de las adicciones en aras de una curación del individuo, en una suposición *a priori* de que tal objeto no supone para el individuo nada más que un virus; de ese “objeto droga” que se refería y se nombraba sin cesar y sin particularizar en una definición que indique lo que es, en las teorías de las toxicomanías; direccionamiento que se ampara en las conceptualizaciones y desarrollos teóricos del objeto en psicoanálisis, principalmente desde la obra freudiana, en un intento de aproximación a lo que podría entenderse, en teoría, cuando se dice “objeto droga”.

Así, como línea de desarrollo metodológico del trabajo, se propone una revisión del concepto de objeto en psicoanálisis, especialmente en las teorizaciones freudianas, de las cuales se reconocieron tres maneras en las que el objeto era teorizado, tres posibilidades conceptuales en las que se permite una lectura particular en consideración de la *droga como objeto* en las toxicomanías. Estas tres formas en las que se particulariza el objeto y la relación del sujeto con éste, suponen los ejes de comprensión que sostienen el desarrollo monográfico: el objeto del deseo, en tanto eje de la funcionalidad económica del psiquismo; el objeto de la pulsión, en tanto medio o lugar en el cual la pulsión encuentra su satisfacción; y el objeto del amor, en tanto lugar primordial en el que se metaforiza la relación con los objetos y su relación en enlace con el deseo.

En esta vía, partiendo del concepto de objeto en la teoría psicoanalítica, se pretende una mirada de las toxicomanías en tanto condición clínica (y no en tanto entidad teórica) para intentar responder al problema de investigación que invita a pensar con rigor las implicaciones de hablar en teoría de un “objeto droga”, en desconocimiento o despreocupación frente a lo que la condición de *objeto* de alguna “cosa” puede entrañar para el sujeto que con él se relaciona.

Las reflexiones que de ahí derivan dan cuenta de la reflexión teórica que los autores se permiten mediante las lecturas y discusiones en las que la teoría de la objetividad señala algunos encuentros y desencuentros con la droga, como un elemento que cobra un lugar particular en la condición clínica de las toxicomanías, en su comprensión teórica y en la orientación de la clínica de las mismas.

Una vez expuestos los principales argumentos teóricos de conceptualización del objeto, se hará, en cada uno de los apartados, una reflexión de la droga como objeto para el sujeto en cada una de las dinámicas y los avatares, que implican la revivificación de la satisfacción, en un encuentro con el objeto del deseo, en los circuitos y apuntalamientos pulsionales y en la vivencia amorosa.

En función de lo anterior, en cada uno de los capítulos se abordaron conceptos y temas centrales que se articularon con el propósito general de la monografía, con las reflexiones logradas merced a los antecedentes investigativos, las lecturas realizadas y las discusiones entre los autores. Los temas fueron seleccionados en consideración del concepto central abordado y de los encuentros que su entramado teórico permitía con la reflexión de la droga en las toxicomanías. Además de posibilitar la construcción y sustentación de las ideas logradas respecto de la droga como objeto, permitieron generar otros cuestionamientos que, si bien no se resuelven en el presente trabajo, dejan abiertos interrogantes y nuevos horizontes investigativos.

Los ejes de reflexión, las cuestiones que orientaron el desarrollo de cada apartado de la monografía y las lecturas consideradas como principales para ello, fueron:

Capítulo I: LA DECLINACIÓN DEL DESEO EN LA HOMEOSTASIS DE UNA ECONOMÍA TÓXICA

En este primero de tres grandes capítulos, se procurará generar una reflexión sobre el estatuto de la droga como objeto del deseo en el sentido económico del desarrollo teórico freudiano. De este modo, se iniciará con una exploración sobre el origen del deseo en la teoría de Freud y algunas maneras en que el aparato psíquico va depurando su procura de satisfacción y optimizando su modelo de realización a la luz del desarrollo del sujeto. De igual manera, se presentarán algunas particularidades de la *operación del farmakon*, como la presenta Le Poulichet en su propuesta investigativa y desarrollo teórico sobre las toxicomanías, apoyando esto en algunos otros autores psicoanalíticos que abordan el fenómeno. Finalmente, se desarrollarán dos maneras en que se pueden concebir las toxicomanías, a la luz de la económica expuesta previamente desde la teoría, procurando precisar ciertas características de la operación tóxica en cada una y las implicaciones de éstas, en la final caracterización de una forma de la droga como objeto en cada una de las propuestas.

Lecturas principales:

Bassols, M. (2011). *Adicciones: un dormir sin sueño*. Pharmakon 12, Chifladuras adictivas. Grama ediciones.

Braunstein, N. (2006). “@-Dicción del Goce”. El goce. Un concepto lacaniano. Siglo XXI editores. Buenos Aires.

Freud. (1900). *La interpretación del los sueños*. Capt. 6 y 7. Amorrortu editores. Buenos Aires

Freud. (1920). *Más allá del principio del placer*. Amorrortu editores. Buenos Aires

Freud. 1950). *Proyecto de una psicología para neurólogos*. Amorrortu editores. Buenos Aires

Freud. (1950). *Manuscrito G. Melancolía*. Fragmentos de la correspondencia con Fliess. Amorrortu editores. Buenos Aires

Rabinovich, D. (2003). *El concepto de Objeto en la Teoría Psicoanalítica. Sus incidencias en la dirección de la cura*. Manantial. Buenos Aires.

Le Poulichet, S. (2012). *Toxicomanías y Psicoanálisis. Las narcosis del deseo*. Amorrortu editores. Buenos Aires.

Capítulo II: LA PULSIÓN OBTURADA POR EL TÓXICO: UN DISFRAZ SATISFACTORIO

En este capítulo se aborda el concepto de pulsión como devenir del *objeto pulsional*, procurando una línea argumentativa que diera cuenta de los apuntalamientos pulsionales, de las características de la relación de la pulsión con los objetos en los estadios pregenitales de la libido, las condiciones por las que la pulsión resulta fijada a un objeto, la manera en que el contacto con algunos objetos permiten una gratificación autoerótica y algunos supuestos frente a la resistencia a la pérdida de los objetos. Expuestos los planteamientos teóricos, se propone una comprensión articulada a las teorías de las toxicomanías, para reflexionar sobre las dinámicas pulsionales y subjetivas que se instauran cuando la droga se presenta como objeto de la pulsión. Además, se expone una posible comprensión de la naturaleza del dolor que el toxicómano pretende cancelar por vía tóxica, como un sufrimiento melancólico por la pérdida de los objetos. Y finalmente se propone una consideración de las implicaciones de los avatares pulsionales puestos bajo el influjo tóxico y el estatuto de la droga, para el individuo toxicómano en su posicionamiento subjetivo.

Lecturas principales:

Baranger, W y cols. (2001). *“Los conceptos de objeto en la obra de Freud”*. Aportaciones al concepto de objeto en psicoanálisis. Amorrortu editores. Buenos Aires.

Braunstein, N. (2006). *“@-Dicción del Goce”*. El goce. Un concepto lacaniano. Siglo XXI editores. Buenos Aires.

Freud, S. (1905). *Tres ensayos para una teoría sexual*. Amorrortu editores. Buenos Aires.

Freud, S. (1915). *Pulsiones y destinos de pulsión*. Amorrortu editores. Buenos Aires.

Freud, S. (1917). *Duelo y melancolía*. Amorrortu editores. Buenos Aires.

Le Poulichet, S. (2012). *Toxicomanías y Psicoanálisis*. Las narcosis del deseo. Amorrortu editores. Buenos Aires.

Capítulo III: OBJETO DE AMOR Y TOXICIDADES

En la realización del presente capítulo se llevó a cabo una aproximación a la forma en que se constituye el objeto de amor, teniendo en cuenta la complejidad de los avatares libidinales, la manera en que convergen como unidad las pulsiones, posibilitando la relación del yo total con los objetos ahora en su integralidad. De manera transversal se toma en consideración el papel primordial del narcisismo, la manera en que su organización procura el reconocimiento de la imagen propia y del otro. Lo anterior que supone los vestigios del amor, y del objeto al cual va dirigido, terminan siendo abordados, teniendo en cuenta que su consolidación está sustentada por todo lo que atraviesa el sujeto en la experiencia edípica y como esto también viene inscribiendo una revivencia del dolor de pérdida de satisfacción, que atestigua la falta de plenitud. Finalmente, se aborda la cuestión narcisista que supone la operación toxicomaniaca, la renuncia al investimento del mundo exterior, sobre todo como se juega la reversibilidad y la continuidad de si consigo, y la implicación de esto en la consideración de la droga como objeto de amor.

Lecturas principales:

Baranger, W y cols. (2001). *El narcisismo en Freud*. Aportaciones al concepto de objeto en psicoanálisis. Amorrortu editores. Buenos Aires.

Collin, F. (1991). *Sobre el amor: conversación con Julia Kristeva*. Revista Debate Feminista. Año 2. Vol. 4. Septiembre.
http://www.debatefeminista.com/articulos.php?id_articulo=976&id_volumen=41 Recuperado el día 16 de diciembre del 2012.

- Dolto, F. (1986). *Las imágenes inconscientes del cuerpo: Las castraciones*. Pág. 132 – 160. Paidós. España.
- Freud, S. (1905). *Tres ensayos para una teoría sexual*. Amorrortu editores. Buenos Aires.
- Freud, S. (1912). *Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa, contribuciones a la psicología del amor II*. Amorrortu editores. Buenos Aires
- Freud, S. (1915). *Pulsiones y destinos de pulsión*. Amorrortu editores. Buenos Aires.
- Freud, S. (1915). *Introducción al narcisismo*. Amorrortu editores. Buenos Aires
- Freud, S. (1924). *La disolución del complejo de Edipo*. Amorrortu editores. Buenos Aires
- Freud, S. (1930). *El malestar en la cultura (Apartado II)*. Amorrortu editores. Buenos Aires
- Kristeva, J. (1995). *Elogio de Amor*. Historias de amor. Editorial Siglo XXI
- Le Poulichet, S. (2012). *Toxicomanías y Psicoanálisis*. Las narcosis del deseo. Amorrortu editores. Buenos Aires.
- Rabinovich, D. (2003). *El objeto de la pulsión parcial y el objeto de amor* (Cap. II). El concepto de Objeto en la Teoría Psicoanalítica. Sus incidencias en la dirección de la cura. Manantial. Buenos Aires.
- Sinatra, E. (2011). *Demoliendo sintagmas: la iniciación sexual y los drogadictos*. Grama Ediciones

Finalmente, con el propósito de unificar la reflexión construida, se discute sobre las consideraciones en torno a la droga como objeto en las toxicomanías, retomando las comprensiones teóricas y las reflexiones respecto a aquellas, que parten fundamentalmente de la lectura de “*Toxicomanías y psicoanálisis. Las narcosis del deseo*” de Sylvie Le Poulichet, concretando una postura de los autores frente al problema de investigación y dejando abiertas posibilidades de discusión que precisan futuras investigaciones.

7. CAPITULO I:

LA DECLINACIÓN DEL DESEO EN LA HOMEOSTASIS DE UNA ECONOMÍA TÓXICA

“No hay otra definición para la droga que ésta: es lo que permite romper el casamiento con el pipi” (Lacan, J. Citado por Braunstein, 2012. p.281). Mucho se ha dicho sobre las toxicomanías, y mucho se ha supuesto sobre la droga, pero esta afirmación lacaniana, remite a un elemento de primariedad fundamental, un más acá del decir, una renuncia al lenguaje mismo y al orden simbólico signado por la ley del falo.

Esta primariedad que en teoría brinda el pensamiento lacaniano, también reclama su lugar en las experiencias clínicas, así Blanco, Castañeda y Maldonado (2010) nos muestran el desencuentro de los sujetos de su investigación: con la espera, y su imposibilidad de asumir una temporalidad signada por el simbolismo de los rituales, recurriendo a un ordenamiento de estos según los tiempos y ritmos de ingesta toxica, que llegan a gobernar y gobernarse junto con “procesos primarios” como el dormir y el comer.

Por su parte, Ortegón (2010) plantea una hipótesis relacionada con la fusionalidad característica de la relación de los adictos y sus madres, al parecer en estos casos la droga se instauraba como un modo de escape a esa fusionalidad devoradora de la relación con sus figuras maternas, encontrándose con un objeto con el cual también podrían fundirse sin el riesgo de ser absorbidos en otro que se requiere pero que amenaza.

Le Poulichet (2012) enunciará la realización alucinatoria del deseo como una condición de toda toxicomanía, entre otras cosas, y esto toma mayor significatividad cuando se indica que este es el primer modelo que adopta el psiquismo para tramitar los estados desiderativos.

Ruptura con lo simbólico, temporalidad definida por la ingesta, relaciones fusionales, realización alucinatoria, son éstos ejemplos de reflexiones analíticas que apuntalan a una dimensión de primariedad de las adicciones y que, de algún modo, comunican algo sobre las características de un objeto que ha sido bastante nombrado

como objeto-droga pero que no ha sido tan profundamente pensado en tanto objeto, en unas posibles características que nos permitan comprender bajo determinados ordenamientos teóricos la manera en que podría entenderse la droga como objeto y la operación tóxica que conlleva.

Más allá de pretender asir las características del objeto droga, lo que implicaría pensar una toxicidad intrínseca al objeto, se debe apuntar a una comprensión de lo que en la constitución psíquica de un sujeto toxicómano puede estar aconteciendo, para así tratar de considerar de qué modo inviste la droga y, en esta investidura, qué acción o qué operación genera para el psiquismo.

En este caso, las consideraciones se direccionaron hacia una reflexión en relación con la economía del psiquismo y el modo en que se transforma, con el uso de un objeto tóxico; para esto se hace necesario devolverse sobre los procesos oníricos, puesto que en éstos logra encontrarse un modelo fundamental del funcionamiento homeostático del psiquismo, además, porque éste permite realizar un emparejamiento analógico con algunas propuestas explicativas de las toxicomanías.

Sin embargo, para poder llegar a la reflexión económica del sueño, debe pasarse por una revisión sobre el origen del carácter particular que engendra el trabajo del sueño, y éste es la satisfacción mediante realizaciones alucinatorias del deseo, lo cual a su vez obliga a remontarse a los orígenes del deseo mismo en la teoría freudiana, a la vivencia de satisfacción. En ésta última, se ubicará el nacimiento del deseo y, a la vez como correlato de este, la constitución más primaria del objeto.

Precisamente, al reflexionar sobre la constitución del objeto, su relación con la realización alucinatoria del deseo y la economía psíquica, particularmente la del modelo del sueño, se podrá dar un lugar a la reflexión de la droga como ese objeto en el que el sujeto busca encontrar una particular transformación de su economía psíquica, liberándose de un dolor aterrador y, a la vez, perdiendo la posibilidad de ser en el Lenguaje. Por supuesto, para esto, se debe pasar por una revisión sobre la operación del tóxico, sus vicisitudes, particularidades y claridades necesarias.

7.1. *Vivencia de Satisfacción, de la Necesidad al Deseo*

*Zona de la tensión perpetua.
Yo la atravesé con mi voz.
La atravesé en un misterioso gemido
para sólo llegar a una tensión perpetua
desconocedora del sol y sus milagros.
Pizarnik, A.*

El deseo surge avivado cuando lo que estaba antes se colma. La *vivencia de satisfacción* supone un momento estructurante de la vida psíquica, organizador y fundante de la subjetividad, el encuentro de un ser con algo ajeno que sacia un estado desiderativo y angustioso, encuentro sujeto – objeto, relación sujeto - otro. Encuentro que se organiza en la trascendencia de esa relación ser-algo, al encuentro del sujeto con el otro de la relación; adentramiento simbólico al lenguaje, a la cultura.

Cuando Freud, en 1895, intenta un “*Proyecto de psicología para neurólogos*”, plantea un esquema y funcionamiento del aparato psíquico que se va transformando y redefiniendo a lo largo de los años. Uno de los elementos que se mantiene refiere a la idea de un aparato que se sostiene procurando un funcionamiento homeostático, en el cual tanto las cargas que provienen del mundo exterior como las cargas endógenas deben procurar mantenerse niveladas. Así, un acontecimiento de la realidad produce la entrada de carga que encuentra salida en una acción refleja, que basta para evacuar la energía que ocasionó el estímulo (función primaria), por su parte, las cargas que se producen de manera endógena no se bastan con una reacción simple que dé salida a la carga, éstas exigen una acción específica que logre eliminar dicha sensación (función secundaria), disminuir el displacer, es decir apuntan a satisfacerse; por supuesto, el carácter endógeno de las cargas, y su emergencia constante, no permite una eliminación permanente (Freud, 1950).

El carácter homeostático de estas funciones se sostiene en dos principios. El primero de ellos, *principio de inercia*, indica que: lo que procura el aparato psíquico es tratar con menor cantidad de excitaciones, y por ende con menos cargas posibles, lo cual, en relación con las funciones primarias, es sostenible, puesto que la acción refleja permitirá una evacuación inmediata de la carga. No obstante, las funciones secundarias exigirán búsquedas de equilibración, que lejos de evitar excitaciones para el sistema las

encontrará, en su pretensión de satisfacción; estas funciones vendrán a subvertir el principio de inercia.

El segundo de éstos, principio de constancia, permitirá la regulación homeostática que no encuentra el de inercia. El principio de constancia, más que procurar la estabilidad o incluso la anulación de las cargas que estimulan el sistema mediante la evitación de las excitaciones, a lo que apunta es a la tramitación de las cargas por medio de procesos de descarga que permitan el retorno a un estado de carga constante. En 1920, Freud indicará que de este principio se deriva el principio del placer, después de afirmar que: *“Los hechos que nos han movido a opinar que la vida psíquica es regida por el principio del placer hallan también su expresión en la hipótesis de que una de las tendencias del aparato anímico es la de conservar lo más baja posible o, por lo menos, constante la cantidad de excitación en él existente”* (Freud, 1920. p.8).

Para distinguir la cualidad de las cargas que afectan el aparato psíquico, Freud (1915), en *Pulsiones y destinos de pulsión*, recurre inicialmente al campo de la fisiología, tomando de ésta el caso del estímulo y el arco reflejo. El autor explica cómo un estímulo, aportado desde el exterior a un organismo vivo, es derivado hacia el exterior por medio de la acción, así, el fin de la acción radica en sustraer al organismo de la influencia del estímulo; Freud invita a pensar la pulsión como un estímulo para lo psíquico, comparativo que rechaza al colocar la distinción de su procedencia en términos de exterior – interior, así queda de ésta la primera claridad que aporta el autor a la conceptualización de pulsión: se origina en el interior del organismo. Esta condición aporta nuevas características, la pulsión afecta de manera diferenciada lo anímico, y su eliminación atiende a distintas acciones. La distinción entre estímulos y pulsiones radica, por un lado, en que los intentos del organismo por sustraerse de éstos mediante la motilidad, resultan con eficacia para el primer caso pero no para el segundo.

“Así, cuando la retina es herida por una intensa luz, [...la reacción es parpadear, un reflejo; por lo cual...] no nos hallamos ante un estímulo pulsional. Sí, en cambio, cuando se hace perceptible la sequedad de las mucosas bucales o irritación de las del estómago” (Freud, 1915. p. 114).

Por otro lado, las pulsiones transforman el funcionamiento del sistema nervioso, que obedeciendo a principios homeostáticos intenta la supresión de toda carga

estimulante, asunto que se frustra en el caso de las pulsiones siempre constantes, que, en tanto tales, requieren de un modo distinto de descatectización, así, por ejemplo: un bebé ante su inmadurez biológica, acudiría a la manifestación emotiva del malestar que produce el estímulo endógeno (llanto y gritos). Sin embargo, como indica Freud en *El proyecto...* (1950), “ninguna descarga de esta especie puede agotar la tensión, pues a pesar de aquella persiste la recepción de estímulos endógenos que restablece la tensión [...] En este caso la estimulación solo puede ser abolida por medio de una intervención que suspenda transitoriamente [...] la carga... en el interior del cuerpo y una intervención de esta índole requiere una alteración en el mundo exterior”.

Es paradójico emplear el ejemplo del bebé (usado por Freud en *El proyecto...*) cuando lo que se quiere indicar es el modo en que se logra la satisfacción de la moción pulsional más allá del modelo de arco reflejo; paradójico, en tanto la biología humana impide que un bebé, neoténico, pueda llevar a cabo la *acción específica* (Freud, 1950) que permita satisfacer, aunque temporalmente, el malestar producido por la carga endógena, producto a su vez del requerimiento biológico. Sin embargo, como se indicó previamente, el camino de la alteración interna que lleva a la manifestación del malestar genera una descarga, que produce el llanto y, a pesar de lo ineficaz de esta descarga para regular el estímulo endógeno, su efectividad se evidencia en algo que sí permitirá una alteración en el mundo exterior en pro de satisfacer la *necesidad*, ese “algo” es lo que Freud (1950) denomina *asistencia ajena*.

Es precisamente merced a las motivaciones morales que un sujeto asiste con una acción específica, la cual interpreta, requerida por el joven ser que manifiesta su displacer; intervención de otro que transformará decisivamente el funcionamiento psíquico y el devenir subjetivo del infante, en el tránsito que se inscribe en la urgencia de la necesidad, su satisfacción y la inscripción desiderativa, el camino hacia los linderos del deseo.

La génesis del deseo, como lo ilustra la teoría freudiana, tiene lugar tempranamente, en las primeras experiencias significativas del neonato acogido en el seno del otro. El bebé, en su incompetencia biológica para la supervivencia, se encuentra vulnerable, en términos de Freud, en *desamparo*. Este estado supone una necesidad de asistencia ajena, pues el bebé no puede valerse por sí mismo y, sin embargo será suficiente el grito ahogado de descarga ante al malestar sentido, frente a la

angustia que supone amenaza de la existencia; el cual, escuchado, interpretado y atendido por otro que le dé sentido y lo reciba como aquello que tal ser demanda de él, para que así el malestar cese y se viva una experiencia satisfaciente.

Jamás supondrá esto un mecanismo estímulo-respuesta, en la medida en que no refiere un actuar mecánico, en el cual mediante una señal (grito o llanto) de un infante, el adulto agente acuda con una acción a fin de cesar la señal. Se trata del sentido y lo sentido, y de aquello que el sujeto significa en el margen del lenguaje y de la cultura que le es propia, y que se particulariza en su subjetividad y modos de relacionarse. En la medida en que el otro dota de significaciones aquello que del bebé emana como mera descarga, lo envuelve y acoge en la dimensión simbólica, a él quien necesita y aquello que reclama. Esta experiencia, supone la *vivencia de satisfacción* del joven ser, la cual produce en el psiquismo tres registros:

“Pues tres cosas acontecen dentro del sistema y: 1) es operada una descarga duradera, y así se pone término al esfuerzo que había producido displacer en w; 2) se genera en el manto la investidura de una neurona (o de varias), que corresponden a la percepción de un objeto, y 3) a otros lugares del manto llegan las noticias de descarga del movimiento reflejo desencadenado, inherente a la acción específica, Entre estas investiduras y las neuronas del núcleo se forma entonces una facilitación” (Freud, 1950. p. 363)

Facilitación que se genera también *“entre las neuronas del núcleo (que registraron el estado de necesidad y desde donde se promovió la urgencia), la imagen mnemónica del objeto deseado y los movimiento reflejados.”* (Krakov, 2001; p.7)

Para el *infans*, la vivencia de la satisfacción, que en tanto significativa deja una huella imborrable en su psiquismo, produce un resto en ese plus de placer, la ilusión del encuentro pleno con el objeto que procuró y colmó la necesidad. El registro mnémico de esta experiencia se tornará decisivo ante el resurgimiento de la tensión, ilusoriamente colmada, puesto que el psiquismo tenderá a recargarlo:

“cuando en el estado de deseo inviste de nuevo el objeto-recuerdo y entonces decreta la descarga, no obstante que la satisfacción por fuerza faltará, porque el objeto no tiene presencia real sino sólo en una

representación-fantasía. [...] Si el objeto-deseo es investido vastamente, y así es animado por vía alucinatoria, este signo de descarga o de realidad se produce lo mismo que a raíz de una percepción exterior.”
(Freud, 1950; p.p. 370-371)

A pesar de la ausencia en la realidad del objeto, la representación mnémica es cargada y con esto se produce un estado alucinatorio que concluye con el fracaso de la satisfacción del estado desiderativo. Finalmente, Freud denominará como deseo a la *“moción psíquica que querrá investir de nuevo la imagen mnémica de aquella percepción y producir otra vez la percepción misma, vale decir, en verdad, restablecer la situación de la satisfacción primera”*. (Freud, 1900; p. 557)

7.2. *Del crepúsculo al amanecer: los sueños, el Yo y el cumplimiento del Deseo.*

“Si el sueño fuera (como dicen) una tregua, un puro reposo de la mente, ¿por qué, si te despiertan bruscamente, sientes que te han robado una fortuna? ¿Por qué es tan triste madrugar? La hora nos despoja de un don inconcebible, tan íntimo que sólo es traducible en un sopor que la vigilia dora de sueños, que bien pueden ser reflejos trancos de los tesoros de la sombra, de un orbe intemporal que no se nombra y que el día deforma en sus espejos...”
El sueño - Borges J. L.

Lo expuesto anteriormente permite inferir que las conducciones que permiten recargar la representación mnémica de la vivencia de satisfacción se encuentran ampliamente facilitadas, por lo cual pareciera ser que el decurso de toda energía generada por estados desiderativos estuviera condenado a apuntar hacia esta misma meta y hacia idéntico fracaso. No obstante, este camino representa una amenaza puesto que: en primer lugar, no permite la satisfacción de la necesidad que pueda generar la carga; y en segundo lugar, terminará por generar una frustración harto displacentera para el aparato psíquico. Por esta razón, algunas de las neuronas, que por sus características permanecerán investidas y facilitadas entre sí, se encargarán en adelante de desviar el decurso de la energía que apunte a recargar esta vivencia primordial a otros elementos que si bien no conseguirán la re-vivencia de la satisfacción, permitirán la descarga. Estos enlaces y re-direccionamientos se traducen en un funcionamiento yoico primitivo:

“Representémonos al yo como una red de neuronas investidas, bien facilitadas entre sí, [...]: Una Qn que desde fuera penetra en [la neurona] a, y que en ausencia de influjo habría ido hacia la neurona b, es influida de tal modo por la investidura colateral en a, que sólo libra hacia b un cociente, y eventualmente no llega nada a b. Por tanto, si existe un yo, por fuerza inhibirá procesos psíquicos primarios.” (Freud, 1950. p. 369)

De este modo se podrán distinguir los procesos primarios de los secundarios, en tanto los secundarios necesariamente habrán pasado por un proceso inhibitorio que

evitara fenómenos alucinatorios, los cuales serán el resultado de un proceso primario, no inhibido por la defensa.

En términos del *Proyecto...*: “Llamamos procesos psíquicos primarios a la investidura-deseo hasta la alucinación, el desarrollo total de displacer, que conlleva el gasto total de defensa; [... en cambio...] procesos psíquicos secundarios a aquellos [...] posibilitados solamente por una buena investidura del yo y que constituyen una morigeración de los primeros.” (Freud, 1950.p. 372). Además, Freud indicará que: “La condición de los segundos es, como se ve, una valorización correcta de los signos de realidad objetiva, sólo posible con una inhibición por el yo.” (Freud, 1950. p. 372)

En el capítulo VII de su texto de 1900, *La interpretación de los sueños*, Freud dedica parte de su exposición a presentarnos desde diversos aspectos la importancia de una estancia que se vale de procesos inhibitorios y homeostáticos para lograr una regulación eficiente, entre las demandas que impone la realidad y los poderosos influjos que provienen de los deseos inconscientes. Freud, presentará un yo que impide que diversos impulsos, deseos inconscientes, logren la llegada directa a un plano de la consciencia del sujeto, en donde, lejos de hallar satisfacción, se encontrarán necesariamente con la frustración que impondrá la realidad externa a estas mociones. Sin embargo, las mociones provenientes de lo inconsciente contienen una energía fuerte y constante, y en determinadas ocasiones (más reiteradamente de lo que parece) algunas de éstas logran enlazarse a deseos, percepciones u otros fenómenos que acontecen conscientemente o preconsciousmente.

Cuando esto sucede el deseo toma un lugar en la consciencia, no obstante su advenimiento consciente no conserva el carácter total y completo, sino la esencia de lo que en este deseo se representa, esto se debe a que, para poder formar el compromiso entre el deseo inconsciente reprimido y la representación que se aproxima a la consciencia, la moción inconsciente debe transformarse y sufrir las modificaciones necesarias que le permitan hacerse apto para el devenir consciente; por supuesto, dichas modificaciones se relacionan con la función defensiva del yo, quien, sin embargo, mantiene lo inconsciente bajo el imperio de las sombras. No obstante, no podrían los impulsos inconscientes soportar este yugo de manera permanente, si no tuvieran un espacio en el cual pudieran manifestarse con mayor libertad, Freud propone que es

durante el dormir donde encuentran dicha libertad y su espacio es el del sueño, además indicará que:

“La experiencia nos enseña que durante el día la censura de la resistencia les ataja a los pensamientos oníricos este camino que lleva a la conciencia pasando por el preconscious. En la noche se abren el acceso a la conciencia, pero debemos averiguar por qué camino y merced a qué alteración. Si ello les fuese posibilitado por el hecho de que a la noche disminuye la resistencia que monta guardia en la frontera entre inconsciente y preconscious, recibiríamos en el material de nuestras representaciones unos sueños que no mostrarían el carácter alucinatorio que ahora nos interesa.”(Freud, 1900. p.535)

Pero, más allá de una disminución de la resistencia, el carácter del sueño permite elucidar algunas cuestiones que, de modos similares, vienen a ocupar un lugar en la vigilia. Un ejemplo de esto se encuentra en la cualidad alucinatoria del proceso del sueño, de la cual indicará Freud:

“...que tal mudanza de representaciones en imágenes sensibles no es exclusiva de los sueños, sino igualmente de las alucinaciones, de las visiones, que pueden emerger de manera autónoma en estado de salud o como síntomas de las psiconeurosis. En resumen, la condición que aquí investigamos en modo alguno es exclusiva; queda en pie, empero, que este carácter del sueño, toda vez que se presenta, nos aparece como el más notable, a punto tal que no podríamos concebir sin él la vida onírica.” (Freud, 1900. p. 529)

De igual manera, el flujo de cargas y/o excitaciones tendrá como característica la regresividad al momento del soñar, en el cual éstas no tenderán a una salida por la motilidad.

“Lo que ocurre en el sueño alucinatorio no podemos describirlo de otro modo que diciendo lo siguiente: La excitación toma un camino de reflujo {rücklaufig}. En lugar de propagarse hacia el extremo motor del aparato, lo hace hacia el extremo sensorial, y por último alcanza el sistema de las percepciones. Si a la dirección según la cual el proceso

psíquico se continúa en la vigilia desde el inconsciente la llamamos progrediente {progredient}, estamos autorizados a decir que el sueño tiene carácter regrediente {regredient}.”(Freud, 1900. p.536)

Sin embargo, el carácter regresivo del sueño también se evidencia en ciertos fenómenos propios de la vigilia, en los que pese a la acción inhibitoria, se pone en marcha una acción regresiva.

“También el recordar deliberado y otros procesos parciales de nuestro pensamiento normal corresponden a una marcha hacia atrás {Rückschreiten} dentro del aparato psíquico desde algún acto complejo de representación hasta el material en bruto de las huellas mnémicas que está en su base. Pero en la vigilia esta retrogresión {Zurückgreifen} no va más allá de las imágenes mnémicas; no puede producir la animación alucinatoria de las imágenes perceptivas. ¿Por qué ocurre de otro modo en el sueño?” (Freud, 1900. p. 536)

En el sueño, las mociones inconscientes encuentran asidero en las diferentes vivencias que durante el día se han presentado a la consciencia, así, se forma un compromiso entre un impulso inconsciente o varios, que prestan su poder pulsional a una o diversas representaciones conscientes, que durante el día por alguna carga afectiva, han adquirido una valoración suficiente para vincularse a dichas mociones o, por el contrario, su poca valía puede haberle permitido a las fuerzas inconscientes arroparlas y fortalecerlas con su propia energía, a cambio de permitirles advenimiento.

“Cuando hablamos del trabajo de condensación no pudimos evitar el supuesto de que las intensidades adheridas a las representaciones son trasferidas íntegramente de una a otra por obra del trabajo del sueño. Probablemente sea esta modificación del proceso psíquico corriente la que posibilita que el sistema de las P se invista hasta la plena vivacidad sensorial en la dirección inversa, partiendo de los pensamientos.”(Freud, 1900. p. 536)

Si en el trabajo del sueño, el influjo inconsciente se abre paso hasta generar manifestaciones en el sistema perceptual, pareciera ser que la defensa inhibitoria generada por el yo ha fallado en su finalidad. Contrario a esto lejos de fallar, la estancia

yoica participa de estos procesos oníricos en pro de la homeóstasis de la energía psíquica, aunque se dispone en el dormir para el reposo mantiene una carga que impedirá que lo soñado cobre una respuesta en la realidad externa por parte del sujeto. Respecto a esta inquietud, dirá Freud:

“Pero, ¿no es un descuido del guardián el que reduzca su actividad durante la noche, dejando así que lleguen a expresarse las mociones sofocadas del Icc y haciendo de nuevo posible la regresión alucinatoria? Creo que no; en efecto, cuando el guardián crítico se entrega al reposo -y tenemos pruebas de que no se adormece muy profundamente-, cierra también la puerta a la motilidad. Pueden ser permitidas cuantas mociones de lo Icc (inhibido en todo otro caso) quieran pulular en el escenario; ellas resultan inofensivas porque no son capaces de poner en movimiento al aparato motor, el único que puede actuar sobre el mundo exterior transformándolo. El estado del dormir garantiza la seguridad de la fortaleza en custodia” (Freud, 1900. p.559)

De este proceso se hace llamativo (entre otras cosas), el hecho de tener la posibilidad de recordar muchos de los sueños experimentados, es decir, de hacerlos conscientes. Sin embargo, como se ha venido indicando, a la instancia yoica se le atribuye la característica de ser el puente por el cual se da la conexión entre influjos del inconsciente y los procesos conscientes. Pero, dado que suponemos al yo durmiente, estas experiencias oníricas no deberían lograr un paso a la consciencia sino ser reprimidas en cuanto el yo se percate de ellas. Freud (1900) indicará que el mismo yo manifiesta características conscientes e inconscientes que evidencian diferentes caras del yo y su funcionamiento; esto permite pensar que es sólo una parte del yo la que duerme, ésta es, aquélla que se encuentra más relacionada con la instancia crítica.

De esta manera, el yo logra hacerse el garante de mantener una dimensión de censura no plenamente castigadora, que lleva a los deseos inconscientes a ligarse con representaciones, que si bien permitirán su cumplimiento, lo harán sin que éstos se presenten en sus formas más conflictivas, de este modo, esa carga que conserva podría llegar a interrumpir la elaboración onírica en caso tal de que esta se torne inmanejable,

resultando de esto el despertar; como sucede, por ejemplo, con el padre que sueña con el reclamo de su hijo recién fallecido: *padre acaso no ves que me abraso* (Freud, 1900).

Este proceso de ligazón, entre mociones inconscientes y registros mnémicos, es producto del trabajo del yo durante el sueño. En este, en lugar de desgastarse procurando inhibir las manifestaciones inconscientes, opta por cerrar las salidas motrices de descarga y permite realizar enlaces entre deseos que provienen de dichas manifestaciones y eventos que puedan aprestarse a ser cargados con su energía. Sin embargo, este trabajo le exige al yo particular atención, puesto que no toda moción inconsciente puede permitirse un lugar ni siquiera en los sueños. Algunas de éstas, deben ser censuradas completamente, a otras se les permitirá enlazar cierto contenido para manifestarse, otras encontrarán una mayor posibilidad de enlace. De igual modo, se hallarán algunas mociones con suficiente energía para realizar varios enlaces con las huellas mnémicas diurnas y algunas huellas que se prestarán para diversos influjos inconscientes.

Freud resume estos enlaces de este modo: *“Me imagino las cosas así: el deseo consciente sólo deviene excitador de un sueño si logra despertar otro deseo paralelo, inconsciente, mediante el cual se refuerza.”* (Freud, 1900. p. 545). Todo esto se da supervisado por el trabajo yoico durante el sueño, quien pareciera actuar como una especie de *atrapa-sueños*, elemento propio de algunas culturas indígenas norteamericanas, al cual le confieren el poder de proteger al durmiente de los sueños malos, sirviendo como un filtro que dejará pasar únicamente los buenos sueños.

“Ahora podemos vislumbrar que fue realmente más adecuado al fin y más económico tolerar al deseo inconsciente, despejarle el camino de la regresión, a fin de que formase un sueño, y después, con un pequeño gasto de trabajo preconscious, ligar este sueño y darle trámite, que no mantener enfrenado al inconsciente durante todo el tiempo que se dormía. Puede conjeturarse entonces que el sueño, aunque es su origen no fuese un proceso adecuado a un fin, dentro del juego de fuerzas de la vida anímica se adueñó de una función. y vemos la función de que se trata. Ha tomado sobre sí la tarea de traer de nuevo bajo el imperio del preconscious la excitación del lcc que había quedado libre; así descarga la excitación del lcc, le sirve como válvula y al mismo tiempo

preserva, a cambio de un mínimo gasto de actividad de vigilia, el dormir del preconsciente. Así se perfila como un compromiso, lo mismo que las otras formaciones psíquica de la serie a que pertenece: sirve simultáneamente a los dos sistemas cumpliendo ambos deseos en tanto sean compatibles entre sí.” (Freud, 1900. p. 570)

Con esto se resalta, fundamentalmente, el lugar que para Freud viene a ocupar la función del sueño: como uno de los procesos psíquicos primordiales en la consecución del deseo, es decir, como uno de los modos de realización del deseo, uno que conserva un carácter regresivo y alucinatorio. De este modo, *“El sueño, que cumple sus deseos por el corto camino regrediente, no ha hecho sino conservarnos un testimonio del modo de trabajo primario de nuestro aparato psíquico, que se abandonó por inadecuado. El soñar es un rebrote de la vida infantil del alma, ya superada.”*(Freud, 1900. p. 559).

Además del sueño, existen casos en que estos rebrotes no resultan tan inofensivos; en éstos, los movimientos de fuerzas no corresponden al proceso que se desencadena normalmente con el acto del dormir y su respectiva disminución de la censura, *“sino por un debilitamiento patológico de ésta o por un refuerzo patológico de las excitaciones inconscientes, mientras el preconsciente está investido y las puertas a la motilidad están abiertas.”* (Freud, 1900. p. 559). En estos casos, las mociones inconscientes imponen su yugo sobre la acción y las palabras *“o fuerzan la regresión alucinatoria y guían el aparato, que no les está destinado, en virtud de la atracción que las percepciones ejercen sobre la distribución de nuestra energía psíquica. A este estado lo llamamos psicosis.”* (Freud, 1900. p. 560).

7.3. ***¿Gozar no cuesta nada? ... La operación del farmakon: tránsito de conservación por el camino de la muerte.***

“La “esencia” del farmakon consiste en que porque no tiene esencia estable ni carácter “propio”, no es una sustancia en ninguno de los sentidos de este término [...] Inversamente, y aunque su legibilidad no sea inmediata, la cicuta, esta poción que en el Fedón nunca tuvo otro nombre que el de farmakon, es presentada por Sócrates como un veneno pero se transforma, por el efecto del logos socrático y de la demostración filosófica del Fedón en medio de liberación, posibilidad de salvación y virtud catártica”
Derrida, J. citado por Le Poulichet S.

Como se ha indicado previamente, el deseo nace tras una satisfacción mítica de la necesidad en su más pura esencia y su auténtica realización queda condicionada a las experiencias alucinatorias que culminarán en la frustración; como menciona Freud: *“Esta primera actividad psíquica apuntaba entonces a una identidad perceptiva, o sea, a repetir aquella percepción que está enlazada con la satisfacción de la necesidad.”* (Freud, 1900. p. 558).

Sin embargo, ante el precario resultado que brinda esta forma de tramitación, el psiquismo irá constituyendo modos y desarrollando recursos diversos que le permitan un funcionamiento psíquico mejor organizado frente a la realidad. Así, el pensamiento y los procesos cognitivos, los cuales se hallan fuertemente ligados al acontecer consciente del sujeto, se erigen como muestra de lo que el desarrollo ha permitido y vienen a ocupar el lugar que, para la realización del deseo ocupaba primariamente la alucinación:

“...toda la compleja actividad de pensamiento que se urde desde la imagen mnémica hasta el establecimiento de la identidad perceptiva por obra del mundo exterior no es otra cosa que un rodeo para el cumplimiento de deseo, rodeo que la experiencia ha hecho necesario. Por tanto, el pensar no es sino el sustituto del deseo alucinatorio...”
(Freud, 1900. p. 558).

No obstante, la realización alucinatoria no se constituye como un escalón superado y dejado atrás en los procesos psíquicos del sujeto, bien sabido es que el psiquismo lejos está de ser escalonado y progresivo, tiene carácter de repetición y como lo indica Freud en su texto *Duelo y melancolía*: *“universalmente se observa que el*

hombre no abandona de buen grado una posición libidinal, ni aun cuando su sustituto ya asoma.” (Freud, 1917. p. 242). En el sueño la alucinación continua siendo el modelo sobre el cual trabaja el psiquismo durante el dormir, por supuesto bajo las condiciones que imponen los procesos inhibitorios del yo y el lugar de la consciencia; aun así, en esencia: *“Las representaciones oníricas son de índole alucinatoria, despiertan conciencia y hallan creencia”* (Freud, 1950. p. 384). Todo esto ha evidenciado la importancia del lugar que tiene la realización del deseo por vías alucinatorias para el aparato psíquico, tanto en sus formaciones primarias como en su posterior homeostasis: función del sueño.

Bassols (2011), expone cierta idea frente a la función de la droga haciendo un paralelismo con la función del sueño, con el cual pretende indicar que: cuando el sujeto consume el tóxico, se está procurando la posibilidad de dormir sin soñar o de soñar sin dormir. Esta búsqueda apuntará a *“seguir durmiendo en la realidad”*, a posibilitarse una existencia en la cual no deba asumirse como un sujeto del lenguaje, como sujeto a la influencia de su inconsciente (Bassols, 2011). Para Bassols: *“la droga suele cumplir esta función de proveer al sujeto de “un dormir sin sueño”, en los dos sentidos de la expresión: dormir sin estar ya sometido al pensamiento (función de los hipnóticos) o soñar sin estar dormido (función de los alucinógenos o también de las anfetaminas).”* (Bassols, 2011. p. 16). Se presenta, así, una consideración sobre lo tóxico, en la que la reversibilidad de una función del sueño queda a merced del sujeto que se imparte la intoxicación, ya sea para dormir sin sueño o para soñar sin dormir, efectos de carácter claramente divergente.

Este carácter ambiguo, ambivalente de la función tóxica, es expuesto con mayor amplitud por Le Poulichet (2012), quien, en sus aclaraciones sobre el *“farmakon”*, indicará que éste funciona sobre un principio fundamental, el cual denomina *principio de reversibilidad*. Acerca de éste, mostrará que se sostiene sobre dos formas que se mantienen en comunicación y, a la vez, procurarán una tercera que es más bien un efecto de continuidad; la primera de ellas responderá a la idea de *“una reversibilidad entre lo psíquico y lo orgánico”*, la cual, más allá de demarcar una separación dualista, lo que busca indicar es que la operación del *farmakon* llevará a consagrar esta dicotomía, para luego concebir una *“sustancialización de lo psíquico”* (Le Poulichet, 2012). La segunda, implicará la reversibilidad entre el adentro y el afuera, en la cual *“es la partición yo/mundo la que tiende a desdibujarse”*, lo cual, a su vez, crea una *“nueva*

disposición del aparato psíquico que domina su modo de percepción y de satisfacción” (Le Poulichet, 2012). Estas dos formas involucrarán una tercera, la cual, más que una reversión, vendría a ser una borradura del sujeto:

“Esta operación del farmakon induce una esencial continuidad de sí consigo, desde el momento en que se realiza una relación de equivalencia o una forma de circularidad sin corte entre un tratamiento del organismo y tratamiento de las representaciones. Ella consiste finalmente en un tratamiento del cuerpo que, en su lazo, anula una división, burla una esquizis propia del sujeto hablante” (Le Poulichet, 2012. p. 72).

La operación del farmakon viene a evitar un encuentro del sujeto con eso de sí, que se ha constituido como intolerable; lo que debería obligarlo a ceñirse al régimen del lenguaje para tratar sus dolores metaforizándolos en un cuerpo erógeno, uno “*velado por las representaciones*”, “*se puede decir que esta operación presta alucinatoriamente cuerpo porque trata de cierta manera “al organismo” en la medida misma en que el cuerpo deja por entero de ser elaborado dentro de las cadenas significantes*” (Le Poulichet, 2012. p. 72).

“El cuerpo en todas estas formas de la sin-dicción es asiento de un goce que desaloja al sujeto y lo pone fuera del discurso como expresión de vínculo social” (Braunstein, 2006. p. 284) Ya no encuentra el sujeto en el Lenguaje la posibilidad de decir, mediante la representación de sus significantes algo que le introduzca en el orden fálico, mas aún, no encuentra a alguien a quien decirle, ni encuentra quién se percate de su *a-dicción* (Braunstein, 2006). El decir ahora está condicionado por otras posibilidades, por otro registro diferente al simbólico, primigenio y silencioso.

“El goce fálico, el del blablablá, el que podría abrir un camino para que, transitando por el deseo, se llegue al goce, está obliterado. Al ser impermeables las vías que llevarían al goce que está mas allá de la palabra solo queda el goce del más acá, el primigenio goce del ser, anterior a la palabra.” (Braunstein, 2006. p. 284)

De este modo, *la operación farmakon* abole el dolor que genera la imposibilidad del decir en el Lenguaje, de hacer manifiesto un deseo y de ligar su goce a éste,

procurando una satisfacción de carácter alucinatorio, fundamentada en el sentido más primario de la satisfacción, en una anulación de las tensiones. Para Le Poulichet, lo que ha hecho de estas tensiones algo realmente insoportable es el hecho de que el dolor proviene de una efracción.

La efracción viene a presentarse como un agujero en el psiquismo, que evidencia una imposibilidad que se ha presentado desde la estructuración, para lograr ligar las representaciones que configuran la organización psíquica del sujeto, las cadenas significantes que le permiten ser nombrado en un plano simbólico. No es un eje de sensación displacentera en el sentido del aumento de la tensión en el par placer-displacer, más que eso, es una fuente desmesurada de dolor, en el sentido de una herida abierta:

“Las neuronas asociadas tienen que librar su excitación, lo cual produce dolor. [Figura 2.] La soltura de asociaciones es siempre doliente. Mediante una hemorragia interna, digámoslo así, nace un empobrecimiento de excitación, de acopio disponible, que se manifiesta en las otras pulsiones y operaciones. Como inhibición, este recogimiento tiene el mismo efecto de una herida (véase la teoría del dolor psíquico), análogamente al Dolor.” (Freud, 1950. p. 245)

“Según eso, el dolor sería la expresión de una “pseudo pulsión” que intenta ligar las “excitaciones” tras una efracción” (Le Poulichet, 2012. p. 64), procurando unificar las tensiones mediante una elevación constante de la investidura del *lugar doliente*, generando así un vaciamiento yoíco.

“en su esfuerzo por resistir la irrupción de las “excitaciones”, el aparato psíquico se ve obligado a concentrar toda su energía sobre el representante del punto doloroso, y así sobreviene una suerte de hemorragia y de parálisis psíquica. Con ello, la economía de este aparato psíquico queda enteramente modificada” (Le Poulichet, 2012. p. 64)

Con el circuito del dolor, el psiquismo debe modificar su dinámica, en la medida en que el dolor da cuenta de una perforación en la barrera que permite modular los estímulos del medio, *“lo que suspende la distinción entre “lo interno” y “lo externo”*”

(Le Poulichet, 2012. p. 62); de este modo se comprende que *“el dolor es también imperativo; puede ser vencido exclusivamente por la acción de una droga o la influencia de una distracción psíquica”* (Freud, 1915. Citado por Le Poulichet, 2012. p.63)

Puede pensarse que, en las toxicomanías, el sujeto consume la droga procurando la acción con que se vence el dolor, desligándose de las posibilidades del lenguaje, de las imposiciones de la subjetividad. Sin embargo cuando el tóxico falta, en la abstinencia, el dolor re-aparece, rememorando al sujeto su *“desvalimiento ligado a la efracción”* (Le Poulichet, 2012) como un límite que le devuelve su propio cuerpo, pero ante el cual responde mediante la intervención de *“una actividad alucinatoria como para negar la confrontación con esos límites”* (Le Poulichet, 2012).

De esta manera: *“Lo propio de la operación del farmakon sería establecer las condiciones de una percepción y de una satisfacción alucinatorias, así como producir una “cancelación tóxica” del dolor”* (Le Poulichet, 2012. p. 69); además, permitir una *“ruptura de los lazos entre el sujeto y el discurso[...] gozar sin desear impugnando así al falo y sus pretensiones unificadoras [...] vivir desconociendo esa deuda simbólica con que se les inoportuna”* (Braunstein, 2006.)

7.3.1. ¡Soñando despierto!... ¿Logran soñar los toxicómanos?

*“Yo sueño con los ojos abiertos, y de día y noche siempre sueño.
Y sobre las espumas del ancho mar revuelto, y por entre las crespas arenas del desierto
Y del león pujante, monarca de mi pecho, montado alegremente sobre el sumiso cuello,
Un niño que me llama flotando siempre veo!”*
Sueño despierto - Martí J.

Soñar sin dormir, es una de las propuestas sobre la cual Bassols (2009) invita a reflexionar en relación con el fenómeno de las toxicomanías; ¿acaso el sujeto encuentra en la droga un objeto del cual se puede valer para conseguir de maneras más directas aquello que la homeostasis del sueño pretende brindar al psiquismo?

Manteniéndonos en la idea de que hay algo en el sujeto que le resulta por completo doloroso, a tal punto que le genera una experiencia de dolor como la descrita previamente y que es esto una condición para que la *operación farmakon* se pueda llevar a cabo; es menester analizar de qué manera esta condición del fenómeno afecta una de las labores del psiquismo que garantizan una economía y una homeostasis para el aparato como lo es el sueño.

Ya se mencionó, previamente, que el proceso de investidura que se realiza sobre la representación doliente agota las reservas yoicas y encierra la libido y su dinamismo: “*En estas condiciones, se produce, según Freud, una “estasis libidinal”; dicho de otro modo, el deseo deja de circular*” (Le Poulichet, 2012. p. 61) ¿Qué puede suceder con los procesos oníricos cuando la libido se ha estancado, se ha agotado en procura de ligar una dispersión que desvalida el funcionamiento del psiquismo?

La dinámica propia del dormir y el soñar, responde a la relación de diversas cargas que juegan, se movilizan en el psiquismo, encontrándose unas con otras formando alianzas, inhibiciones, censuras, compromisos, todo esto en pro de la consecución de ciertos deseos que de otro modo no podrían manifestarse sin ocasionar situaciones patológicas en la vida de una persona, por medio del legado dejado por el primer modelo de satisfacción, la realización alucinatoria.

Sin embargo, al tratar el asunto de los sueños, con la premisa de una estasis libidinal, todas estas formaciones de compromiso, realizadas entre los diferentes registros psíquicos, quedan refutadas o por lo menos muy cuestionadas y, en su imposibilidad funcional, exigen pensar qué implica esto para el sujeto.

En primer lugar, una breve evaluación de la labor yoica durante el sueño permitirá pensar que este yo, que se encuentra vacío tras afrontar la efracción que sólo logra organizarse como genuino dolor, no se encuentra en condiciones para cumplir con los gastos que le implican los procesos oníricos, por lo cual se puede suponer que dichos procesos se desarrollarían con una libertad completa. Esto daría lugar a que se manifesten, en su forma más elemental, las experiencias más inmanejables para el sujeto, las que, en un estado normal, el yo se encargaría de censurar o transformar, permitiéndoles un rodeo por la vía del pensamiento para su sana manifestación. En otro caso, se podría pensar que el dormir pudiera constituirse de otro modo en un proceso completa y puramente represivo, en el cual no se diera lugar a ningún tipo de trabajo

onírico y, por lo tanto, este dormir no permitiría procesos elaborativos para diversas tensiones que no contarían con otro medio para su descarga.

“Es interesante, además, que la conciencia en el sueño brinde cualidad de manera tan imperturbada como en la vigilia. Esto muestra que conciencia no es inherente al yo, sino que puede añadirse a todos los procesos [...PSI...]” (Freud, 1950. p. 386). Por lo cual, se puede pensar que en el primero de los casos, la conciencia se verá atiborrada de toda clase de evocaciones perceptuales, incomprensibles e incluso desconocidas, de las cuales deberá hacerse cargo, aunque en sí misma no encuentre cómo. Y en el segundo, de los casos, se estará más cerca de *“la vertiente de la “pérdida de conciencia” como una forma especial del sujeto del goce”* (Bassols, 2009. p.16) sobre la cual habrá que precisar más en el siguiente apartado.

Sea cual fuere el caso, lo que se busca indicar, es que hay en el sujeto una amenaza de pérdida a causa de la modificación en la economía del aparato psíquico, lo que parece perderse es la forma depurada que había constituido como heredera de la realización del deseo por vía alucinatoria, a la cual no se renunció por completo. Así, como lo indica Le Poulichet, cuando se refiere a la errancia sonámbula de sus toxicómanos, a propósito de lo que amenaza con perderse, una de las cosas que debe permitir la droga, el tóxico, es conservar: *“Porque sin duda que se trata aquí de conservar en la vida despierta una forma de percepción alucinatoria como en el sueño, bajo la protección de una narcosis.”* (Le Poulichet, 2012. p. 58).

Incluso cuando se impone la abstinencia, el cese del consumo, *la operación del farmakon* continua garantizando la conservación de lo alucinatorio, puesto que, a falta de la ingesta del tóxico, cesa el efecto sedante sobre el dolor y éste reaparece junto con aquellas sensaciones corporales que el toxicómano había dejado de lado, y se empieza a representar la sustancia faltante, como una parte de sí, que de algún modo ha sido mutilada y viene a encarnar la razón de lo doliente. *“La abstinencia conserva alucinatoriamente el tóxico bajo la forma de un órgano ausente y doloroso [...] La palabra parece ocupada por una presencia alucinatoria del cuerpo, y dice la urgencia de una sedación del dolor para restablecer una forma de homeostasis”* (Le Poulichet, 2012).

Pero, esta conservación de la realización alucinatoria del deseo, que permite la *operación farmakón*, también introduce al sujeto en la lógica de la reversibilidad del

mismo, en una continuidad indiferenciada de un adentro desligado, desvalido frente a sus propias excitaciones, y un afuera que irrumpe pretendiendo la ligazón de éstas, “precisamente, esta operación del *farmakon* parece revelar un mundo esencialmente continuo. Lo intolerable en la abstinencia sería la irrupción de una discontinuidad, como un despertar que expulsara al soñante de su noche” (Le Poulichet, 2012. p. 58)

“Si todo hombre debe pasar cada noche por la alucinación de su sueño, las toxicomanías, por su parte, engendran una “satisfacción alucinatoria del deseo”. La operación del *farmakon* pone al cuerpo al abrigo de toda diferencia: el día y la noche del cuerpo no son más que una superficie continua, y todo efecto de ruptura resulta anulado.” (Le Poulichet, 2012. p. 59)

De este modo, esta idea de continuidad dicta que no puede haber ya, ni día ni noche, que no hay un sujeto en vigilia y un sujeto que sueña, el toxicómano habrá puesto en la *operación farmakon* un poder de direccionamiento, de tramitación y de búsqueda, será por medio de ésta que procurará un modo de satisfacción, de apaciguamiento y de conservación.

¿Logran soñar los toxicómanos? Como se ha expuesto, por todas las transformaciones económicas que viene a implicar el agujero en el psiquismo, cuya existencia expresa el dolor, el soñar como proceso normal de la vida anímica y como resto transformado de la búsqueda de la realización alucinatoria del deseo, se ve amenazado y su economía ya no tiene lugar por fuera de la *operación farmakon*, por lo cual viene a ser sustituida por una actividad alucinatoria que pretende restituir ese resto de realización alucinatorio, pero que no cuenta ya con las condiciones económicas de las formaciones de compromiso, las inhibiciones yoicas, la rememoración de la consciencia, el vigilar de una estancia crítica. Ante la imposibilidad de soñar, el toxicómano elige conservar la esencia alucinatoria de un modo de satisfacción ya conocido, pero ya no de carácter onírico, que pretenderá sustituir las elaboraciones de los procesos oníricos, pero que en cambio gozará de un funcionamiento que le garantiza ligar, en la toxicidad, lo que estructuralmente falló en sus representaciones, en su cadena significativa, con la tranquilidad de conservar algo que ya no habla de un manojito de manifestaciones subjetivas, sino de una funcionalidad que retiene cierto modo de satisfacción en su nuevo intento homeostático.

¿Qué viene a ser entonces la droga para el toxicómano, en esta dinámica? Desde lo expuesto en este apartado, se apunta a considerar el tóxico como un objeto al cual el sujeto le atribuye la posibilidad de conservación de algo que vive amenazado y a la vez amenazante. Amenazado, porque existe el riesgo de perder lo que queda de ese primer modo de realización, el que rememora un encuentro mítico y anhelado, pero ilusorio, un momento estructurante de la vida, significativo como ningún otro y correlato del deseo, testigo de que existió y existe en él un sujeto que requiere relacionarse con el deseo. Pero a su vez, se conserva algo que es en esencia amenazante, porque ahora, sin todas las condiciones económicas que implicaba el soñar, los influjos inconscientes se pueden constituir en tensiones que se suman a la des-ligazón y viene a fortalecerse la sensación doliente de la efracción psíquica.

Es ahí donde el tóxico viene a encarnar el objeto que para el sujeto provee un nuevo ordenamiento, no es un sustituto de la instancia yoíca fundamental para la regulación onírica, es el objeto que garantiza la perpetuación de un nuevo, y en buena medida diferente, circuito homeostático, de una nueva economía psíquica, que propende ahora por un retraimiento libidinal que se constituye en un *narcisismo absoluto* (Le Poulichet, 2012), que sólo es absoluto mientras el tóxico permita ligar el padecimiento doloroso de la efracción con un circuito homeostático que ya no trabaja en los linderos del lenguaje, en la metaforización de las representaciones, en el ordenamiento simbólico de la supremacía fálica, sino que procura la cancelación tóxica del dolor, de las excitaciones, procurando así finalmente, resguardar al sujeto, protegiéndolo de algo de sí que amenaza con mayor padecimiento que el de la muerte.

“Además, este farmakon tendría un poder de borradura o de disolución de las representaciones, como un filtro de olvido. Estos pacientes evocan de continuo la posibilidad de borrar imágenes, pensamientos, acontecimientos o decires gracias a esta operación del farmakon que incluso parece encontrar su justificación mas importante en ese beneficio” (Le Poulichet, 2012. p. 58)

7.3.2. *Un dormir sin sueño. Despertar a la muerte.*

*“Murieron las formas despavoridas y no hubo más un afuera y un adentro.
Nadie estaba escuchando el lugar porque el lugar no existía”*
Contemplación. Pizarnik, A.

En el anterior apartado se desarrolló una de las dos caras del planteamiento propuesto por Bassols (2009), ésta conllevó el pensar en las implicaciones que para un sujeto toxicómano podía tener la posibilidad de encontrar en la toxicomanía un soñar sin dormir, lo que permitió realizar una comprensión sobre el lugar que en este funcionamiento le brindaba el sujeto a la droga y la operación tóxica que con ella se procura para sí. Sin embargo, abordar esta cuestión llevó necesariamente a rozar los linderos de la otra cara de la inquietud que generó este autor, esto es, el concebir en la toxicomanía una suerte de dormir sin sueño.

Ya previamente se mencionó la manera en que, ante el agotamiento pulsional que supone el esfuerzo puesto por el psiquismo al centrar su energía libidinal en la única tarea de procurar ligar las representaciones desgarradas, como fuente de dolor, el yo terminaba sufriendo un efecto de vaciamiento que iba a ser determinante en el funcionamiento normal de los procesos oníricos, derivando de esto dos hipótesis sobre lo que podría acontecer en relación con la instancia yoíca y el plano de la consciencia, la primera de ellas se trató a lo largo del apartado previo y llevó a dar una razón a la elección tóxica del sujeto; mientras que la segunda se vio aplazada para la presente reflexión.

Retomando, esta segunda hipótesis apuntaba a un proceso onírico completamente represivo en el cual no podría pulular ningún tipo de representación subjetiva, perdiendo así todo valor homeostático para el sujeto y declinando la posibilidad de tramitar sus propios deseos de una manera funcional para la economía propia del aparato psíquico, descartando la posibilidad de los rodeos que permite la actividad cogitativa y optando por la pérdida absoluta de la consciencia, entregándose a un goce desligado del falo. Sin embargo, esta descripción del dormir sin sueño choca con una imposibilidad, que radica en el hecho ya expuesto del vaciamiento yoíco. ¿De dónde puede tomar el yo la energía para realizar tal operación de represión masiva,

cuando incluso en sus condiciones normales le es mucho más sencillo participar de la economía del sueño? Precisamente no puede hacerlo.

Queda preguntarse ¿qué es lo que permite que exista esta posibilidad de dormir sin sueño?, pues es justamente eso lo que pretende lograr el toxicómano cuando se aventura al encuentro, más bien a la entrega al tóxico. Pensar en que toda manifestación subjetiva necesite ser anulada, deja entrever que el sujeto está padeciendo un dolor insoportable, y en tanto lo es, ya no está (o tal vez ya no encuentra) en el circuito económico de sus propias estancias, el poder para afrontarlo, por lo cual se conduce a una cancelación tóxica del mismo, que, como ya se indicó, terminará procurando una borradura del sujeto mismo.

“Es que la operación del farmakon representa una “cancelación tóxica” del dolor y una restauración de un objeto alucinatorio. Sobreviene entonces como en repuesta a una falta de elaboración del cuerpo, que evoca, según las diferentes toxicomanías, una perturbación del narcisismo o, como después lo veremos, una falta de elaboración del cuerpo pulsional ligadas ambas directamente a una insuficiencia de la función simbólica.” (Le Poulichet, S. 2012. p. 67)

Esta carencia en la elaboración de lo pulsional, deviene en detrimento del orden del deseo, de la incompletud que jalona hacia la alteridad, de la movilidad subjetiva que exige la sexualidad y su incipiente búsqueda satisfactoria. De igual manera, devuelve al sujeto sobre sí, sobre su propio dolor, lo empuja a una estasis narcisista dolorosa y reduce su búsqueda a una directa pretensión anulatoria de las tensiones, y es que *“cuando “la psique” solicita “un estado ideal de inercia”, toda clase de “excitaciones” adquieren el valor de efracciones” (Le Poulichet, S. 2012.p. 67)*

“Así, el dolor no es una simple reacción mecánica frente a la efracción; engendra una organización nueva del “aparato psíquico” éste ya no responde al proceso de la represión sino que solicita, por ejemplo, una cancelación tóxica” (Le Poulichet, 2012. p. 64)

El psiquismo ya no puede sostenerse en sus habituales funcionamientos, dinámico ni económico, y cuando el sujeto acude a la cancelación tóxica renuncia a éstos, los que han encontrado en una falla estructural el bache que les impide lograr un

funcionamiento homeostático. Sin embargo, esta renuncia parece ser mortal y condenatoria, si ya no se funciona en los términos económicos de la sexualidad, la represión, ni el deseo, pareciera que nada puede sostener la existencia del sujeto, sin embargo, en el recurso del tóxico logrará encontrar un nuevo modo de existir, desligado de los menesteres que le exige el lenguaje para su goce, sin lo rodeos, desavenencias y desencuentros con el otro, una posición segregante, en tanto separada del orden simbólico, pero que le permite vivir gozosamente; respecto a esto, Braunstein (2006) dirá:

“El sujeto queda abolido, reducido a la condición de desecho, @. La droga no es un objeto sexual sustitutivo, carece de valor fálico; es, por el contrario, un sustituto de la sexualidad misma, un modo de apartarse de las coacciones relacionales impuestas por el falo.” (Braunstein, 2006. p. 280)

Es una búsqueda por desligarse de cualquier posibilidad de encuentro con su propia subjetividad y con las demandas simbólicas que acompañan a ésta, y encuentra en la droga el objeto con que el logra sustituir un modo particular y fallido de funcionar, pero además uno con el cual logra resguardarse de manera parcial de los malestares que implica ese fallo. De esta manera, la *operación farmakon* permitirá al sujeto sustraerse de dos elementos constitutivos de su malestar actual, la percepción y el dolor, (Le Poulichet, 2012), generando la única necesidad de re-tener y re-tomar el objeto cuando el malestar reaparezca, cuando su efecto falle.

“Así, una “cancelación tóxica” regularía la homeostasis de un “aparato psíquico”, una forma de goce, más acá de un dialéctica de la necesidad, del deseo, de la demanda y de la falta. En suma, este circuito del tratamiento del dolor narcisista no recurre al rodeo del Otro” (Le Poulichet, 2012.p. 68)

Esta manera de gozar, en la que se prescinde de las posibilidades sensibles de la percepción, sin la cual el trabajo cogitativo y cualitativo de la consciencia se pierde, y en que se rescinde cualquier opción de significar el dolor (en el sentido fallido de ligarlo a significantes), evidencia un trabajo de anulación de las tensiones, cargas, excitaciones o cualquier molestia que se considere propulsaría una dimensión del deseo o de la búsqueda en el sujeto.

Por un lado, esta caracterización rememora la breve mención de Freud (1912) sobre lo que pareciera ser el *arquetipo de un matrimonio dichoso*: el del bebedor con el vino. Es una relación armoniosa en la que el sujeto encuentra en su objeto la *satisfacción tóxica* que busca, en la medida precisa (Freud, 1912); de esta manera lo que se encuentra en el tóxico es ese elemento paliativo al dolor, preciso en su función y pasajero, que el sujeto procurará una y otra vez conseguir. En palabras de Braunstein: *“Encontramos ahí una diferencia fundamental entre el objeto de la toxicomanía y el objeto de la pulsión o del fantasma. La falta en ser no parece ser provocada por un objeto innominado e irrecuperable sino por una mercancía que se compra en el mercado”* (Braunstein, 2012. p. 280). Por otro lado, rememora otra indicación freudiana, este funcionamiento pareciera restablecer estados previos en donde el aparato se encontrara exento de excitaciones (Freud, 1920), como correspondiendo al apuntalamiento del *thanatos*, de la pulsión de muerte, la misma que se dirige por medios destructivos y directos al restablecimiento de la inercia propia de estados primigenios del ser y que, por ende, amenaza la vida psíquica, a diferencia de aquellas manifestaciones de la pulsión que por medio de diversos rodeos eluden una consecución directa de la inercia y ante *“los primeros reclamos de la cultura pasa a ser la fuente de los más grandiosos logros culturales, que son llevados a cabo por medio de una sublimación cada vez más vasta de sus componentes pulsionales.”* (Freud, 1912 p. 183)

Vemos la doble vertiente que contiene una misma búsqueda del sujeto toxicómano, la de un estado inalterado de corte con la realidad, consigo mismo, con el deseo y la falta, estado que le implica una búsqueda de auto-conservación paradójica, en la cual protege su existencia tramitando, por anulación, eso que de sí le transgrede y le impide vivir, pero para esto elige transitar por los linderos amenazadores de un goce que lo pone cara a cara con la muerte, que lo retrae a los estados más primigenios de la existencia, donde todo lo que pueda alentar el vivir queda por fuera, se ve subrogado a un segundo plano. *“En efecto, ¿qué motivo tendrían los seres humanos para dar otros usos a sus fuerzas pulsionales sexuales si de cualquier distribución de ellas obtuvieran una satisfacción placentera total? Nunca se librarían de ese placer y no producirían ningún progreso ulterior.”* (Freud, 1912 p. 183) Es un juego mortuario de seducción, de la posibilidad de ir y venir de la muerte, de la incertidumbre de viajar sin un regreso seguro, y sin embargo, queriendo siempre embarcarse en este viaje a un territorio que no pertenece más al lenguaje o a algún enlace social.

¿Vive el toxicómano un dormir sin sueño? En cuanto al dormir, más que vivirlo, se induce a éste, puesto que, como se ha indicado a lo largo del apartado el uso tóxico de la droga con esta finalidad, lo que puede llegar a generar es un estado temporal de inercia, en el que se pretenden engañar los dolores, la manifestaciones restantes del acaecer psíquico y perder la consciencia, neutralizando así las sensaciones y aboliendo los rodeos del pensamiento. Incluso es difícil suponer un dormir, en tanto no responde a un proceso propio de las funciones psíquicas, sino que corresponde más bien a un corte del sujeto con la temporalidad, con la falta, a un desencuentro con la subjetividad: es una manera de Gozar!. En tanto tal, no es en sí este estado gozoso la forma de regulación instaurada con la operación del farmakon, sino más bien el testimonio de que dicha operación ha conseguido una homeostasis en la toxicidad, logro económico que derivó en este estado. Ahora bien, dejando de lado la idea del dormir, este requerimiento de goce camina de la mano con la entrega del cuerpo al Otro como un resto cárnico, un despojo desprovisto de vitalidad que se atreve, como Odiseo, a navegar en el Hades por el río de los muertos, para volver a la superficie, al dolor de una vida a la que le ha transcurrido un tiempo del que no se percató, que no vivió, que no fue de su vida y sin embargo sucedió; navegando sin más opción en la barca donde Carontes transporta a los muertos, por un río que nace y desemboca en el Hades, camino del cual pudiera no volver.

¿Qué lugar otorga el toxicómano entonces a la droga en esta manera de gozar? Precisamente, es esta manera de gozar con lo que el sujeto caracteriza al tóxico y éste será vivenciado como tal, como un instrumento de goce. Por supuesto, no es tan simple indicarle como un objeto de goce, este en particular viene a obturar un agujero, una ruptura en la cadena significativa, una que no pudo ligarse mediante el orden simbólico, y que por ende obligó a una reorganización de la mismísima economía psíquica. La droga es el instrumento que viene a encarnar la existencia de un nuevo orden, es el representante externo de este, pensado como un ordenador de las tensiones psíquicas e investido del poder de escribir y de borrar, de tranquilizar y de hacer falta. Es ese elemento que se procura incorporar, que ante su falta se le alucina, para ligar como fuente un dolor del que no es causante y que en su uso deviene calmante del mismo. Este objeto se ha convertido en el eje de una operación transformadora que lo devuelve a estadios de primariedad, que le envuelve en la fantasía de un narcisismo absoluto y lo anestesia a la vida. De igual modo, este instrumento le permite distanciarse de la

relación con los objetos que le puedan devenir insatisfactorios, por ser semblantes de algo deseado movilizador del deseo, pero que en el juego del Lenguaje no puede ser alcanzado, sólo rodeado. Finalmente, la operación de la cual el tóxico se hace representante para el sujeto, es un ir y venir de la inercia, de lo inerte, como un entregar y quitar su organismo a modo de garante de una deuda que no pretende pagar.

“El alcohólico, el droga-a-dicto, impugna la deuda simbólica, deuda eterna y externa que no contrajo y que no quiere pagar. Porque, para él, es impagable. [...] ...el sujeto se presenta como un parpadeo, un guiño reiteradamente hecho al Otro, fort y da, que es lo que pone en acción a ese Otro del que nada quisiera saber y que, las mas de las veces, asume y se hace depositario y administrador de su desesperación.”
(Braunstein, 2006).

8. CAPÍTULO II:

LA PULSIÓN OBTURADA POR EL TÓXICO: UN DISFRAZ SATISFACTORIO

“...el vino es el elixir que pulveriza los
pestilentes deseos de
mi cuerpo...”
Voy cayendo -
Pizarnik.

Una consideración del estatuto de la droga en las toxicomanías (como condición clínica), las lecturas de diferentes autores que proponen un marco de comprensión para la experiencia del toxicómano y las lecturas de los modos de intervención privilegiados para el tratamiento de las adicciones, dirigieron las búsquedas orientadas por los *Antecedentes* hacia la consideración de la droga como un objeto que se aparece para la relación con un sujeto. Como se formuló en el *Planteamiento del problema* de esta monografía, llama la atención la evocación por doquier de un supuesto “objeto droga” que en ninguna postulación teórica se define ni se le presta atención a las implicaciones que reporta el reconocer la droga en calidad de objeto para el sujeto toxicómano. Siguiendo el argumento planteado, se intentará una comprensión de *la droga como objeto de la pulsión*, teniendo en cuenta las particularidades que ocupando dicho lugar con respecto al sujeto pueda cobrar el tóxico.

Más allá de su experimentación sensible en tanto objeto de la percepción, lecturas académicas y visiones sociales presentan la droga adornada de significantes y entretejida en historias que implican algo más. Considerando los usos corrientes de la droga, aparece ésta ligada a un marco farmacéutico que la ofrece como remedio ante malestares principalmente somáticos y que, merced a los avances de la psicofarmacología y la psiquiatría, aparece también aportando a malestares y enfermedades de carácter psíquico. Le Poulichet (2012) enseña este panorama en que el psiquismo aparece adscrito a tratamientos de naturaleza somática, la psiquis tratada como órgano revela una comprensión de las toxicomanías que enfoca su mirada en “*la violencia del comportamiento*”, en donde la droga se supone un virus que, en interacción con el organismo, engendra un dis-funcionar tóxico; así el toxicómano es

tratado como un organismo enfermo, afectado por un virus-droga, desdibujando la dimensión subjetiva de lo que, en el acto toxicomaniaco, el sujeto pone de sí.

Por otra parte, la sociedad de consumo presenta las drogas como objetos de consumo generadores de placer, el disfrute en el cuerpo del éxtasis de las sensaciones; presentando su consumo abusivo y crónico como un actuar autodestructivo (en el que la droga se inviste como veneno) mediante intoxicación. Presentando así a la figura del adicto como representante del flagelo social de la drogadicción, de un comportamiento auto-destructivo, que deja al individuo que se adentra en tal accionar mortuorio marginado del entorno social, sindicado de problemáticas legales y padeciendo de una enfermedad que se cura con el cese del consumo de la sustancia.

Trascendiendo una lectura de la drogadicción como flagelo social, se presentan las toxicomanías como evocación de un placer desmedido, del plus de goce y del adormecimiento de aquellos agujeros que hacen esplendor del deseo, de aquello que no se tiene, y que impulsan al sujeto en su búsqueda; un disfrute del sin-límite, de la borradura de las diferencias que se viven dolorosas, un goce que sólo refiere como límite posible la muerte. Se instala una pregunta por la subjetividad del toxicómano, por la pasión adictiva y se articulan cuestionamientos, alrededor de lo que el sujeto viene a intentar para sí en el consumo desmedido del tóxico; ¿qué tratamiento pretende en la ingesta de un veneno-remedio? (Le Poulichet, 2012).

Una reflexión sobre la relación y de las implicaciones de la misma, entre un sujeto y la droga, aporta en una consideración de ésta como objeto medio de satisfacción, objeto pulsional. Frente a esta condición pulsional, parcial del objeto, surgen diferentes interrogantes frente a la particularidad del tóxico visto desde tal categoría conceptual: ¿Podría ser la droga un objeto en el cual el sujeto se permite una satisfacción inmediata, objeto primario que permite una satisfacción de carácter pregenital y un disfrute autoerótico del cuerpo? ¿Podría acaso la droga favorecer un taponamiento de las fuentes pulsionales y la suspensión del curso del deseo?, y en ese sentido, ¿es plausible que la droga permita una suerte de conservación del cuerpo como organismo, merced al tratamiento de las tensiones o aumentos de carga (léase: conflictos o dolores subjetivos) mediante una operación que aporta transmudaciones en lo real de la carne y una postiza metamorfosis psíquica que intenta ocultar el rostro del sujeto, tras la máscara del toxicómano?

En la vía de estos cuestionamientos es plausible considerar en las toxicomanías, la droga como objeto totalizante que permite un falaz encuentro de plena satisfacción, merced a su incorporación y la borradura de las diferencias que alienta; donde lo que se privilegia es el re-plegamiento narcisista que aleja al sujeto de aquello otro, que le rememora su pérdida y la falta (condición de carencia que sufre dolorosamente), quedando cuestionada la condición de objeto atribuible a la droga en sí, en tanto depositario de investiduras libidinales que le devuelven al sujeto algo en una reciprocidad económica de una relación; situándose más bien como instrumento, diría Le Poulichet (2012): prótesis para una formación narcisista.

Interesa, entonces, hacer un recorrido por el concepto de *objeto pulsional* en los postulados analíticos, considerando la droga como objeto de la pulsión y de las implicaciones que en su cualidad de objeto farmakon introduce en los avatares pulsionales del sujeto toxicómano, con el propósito de una consideración de las toxicomanías a la luz de las comprensiones logradas a partir de la revisión del mencionado concepto.

8.1. *El objeto de la pulsión, la estasis de la pasión en sí y la renuencia a la pérdida.*

Es precisamente la condición de desamparo del ser humano, que hace inherente a su biología la condición de necesidad, lo que impulsa al individuo a la minoración de aquel estado de tensión y en cuyo intento, mediante la motilidad que manifiesta la acción de descarga, en la resonancia de la presencia del otro, se traduce en un llamado, que le permite al sujeto asir algo por fuera de sí que le asista en el apaciguamiento del displacer sentido, y así le plazca.

La primerísima satisfacción del estado de necesidad, que implica la asistencia ajena mediante una acción específica que sacia el estado desiderativo, deja marcas perennes en la historia subjetiva, un registro imborrable, recuerdo de un encuentro de plena satisfacción, que inscribe al sujeto en el campo del deseo; trascendiendo a la necesidad, no se requerirá de una acción que la colme, se anhelará la aparición de aquel objeto que la colmó, objeto que se pierde en el mencionado pasaje y que se instaura como un imposible -objeto perdido del deseo- objeto que (es) falta (Rabinovich, 2003).

Tal experiencia constitutiva, que signa un modo de relación del sujeto con el mundo, con los objetos en una sensibilidad propiamente humana, que supone la incursión en el campo del deseo, garantiza al sujeto unas posibilidades de ser y de vivirse en relación con los otros que obedecerán a su particularidad y la organización subjetiva que en él se favorezca. Su relación con su deseo, y los modos de realización que intente del mismo, trazarán los hitos que lo historizan, que le hacen historia, que lo subjetivan. En este capítulo, los términos de tal relación estarán en consideración de la organización pulsional, los circuitos pulsionales como correlatos en el cuerpo de un acontecer subjetivo, que historizan la vivencia del sujeto representando su relación con el mundo, con los otros, en los re-encuentros y desencuentros que su pasión por revivificar el primer encuentro con el objeto le reiteran la brecha que los separa.

8.1.1. Del objeto erótico, sustituto de un imposible

*“La pulsión no se satisface, insiste, se repite,
tiende a un blanco que siempre falla y su objetivo
no se alcanza con la saciedad, con la paz (Friede) de
su aplacamiento (Befriedigung) sino con el nuevo disparo
de la flecha, siempre tirante, tenso, el arco de su aspiración”*
Braunstein, N.

La trascendencia de una dimensión de la necesidad al campo del deseo, implica una huella mnémica, un registro, no se trata ya de un organismo que oscila en la lógica del placer-displacer, es entonces un ser, un psiquismo que rememora una primera vez, de ese “*había una vez*” con que se inician los cuentos, que da apertura a la historización subjetiva. ¿Qué es eso que historiza?

El sujeto que es sexual, no en el sentido reduccionista de un modo de satisfacción genital, sino en el sentido de la sexualidad como modo de ser y estar sujeto al Otro, en relación con otro, a algo otro; de lo que inicialmente depende para su subsistencia, su estado de desamparo en su condición de sujeto le supone inherente una fuerza que le invita a la relación con los objetos, a la relación con los otros, una fuerza que jalona a la búsqueda de satisfacción: La *pulsión*, un “*empuje (carga energética, factor de motilidad) que hace tender al organismo hacia un fin*” (Laplanche y Pontalis, 2004; p. 324), fin que se aparece ya no en la satisfacción de un estado desiderativo, fin que supone la reavivación de un recuerdo, la reaparición de aquel *objeto* y de la sensación idéntica que proporcionó su presencia alguna vez.

En “*Los instintos y sus destinos*”, Freud (1915) apunta a la construcción de la significación de un principio básico y fundamental en su teoría, el de *pulsión*, que plantea inicialmente como un estímulo que surge en el interior del organismo, al que propone nombrar como *necesidad*, ante la cual una motilidad de huida o fuga resulta inútil y cuya supresión se logra en la *satisfacción*, que supone una transformación en la fuente del estímulo interno. Resulta sumamente importante intentar una diferenciación de la pulsión y la necesidad, esta última aparece aquí como un estado suscitado por el empuje pulsional, refiere al estado de tensión y no a la carga endógena que lo genera. Así, la pulsión supondrá la energía del organismo que, en función de su carga constante,

toca al umbral del displacer y se traduce en necesidad. A la pulsión, el autor atribuye unas cualidades específicas, de las que se ha insistido ya en dos: es *perentoria*, supone una fuerza constante, y su *fuerza* es de carácter endógeno, resulta un proceso somático que se desarrolla en el cuerpo y es representado psíquicamente.

Freud (1915) alude a su *fin*, la satisfacción, que se logra con la supresión de la estimulación de la fuente pulsional; un fin que se advierte imposible en la consideración de la naturaleza del estímulo como carga constante, y que el autor, en el texto, refiere como plausible y a su vez anuda tal imposibilidad sólo para algunos estímulos que nombra como *coartados en su fin*, a los que corresponderá una *satisfacción parcial*. Las implicaciones de una satisfacción plena, fin último de la pulsión, supondría la inexistencia de la misma, como cancelación en la fuente de todo estímulo endógeno; además de la adecuación del objeto que la colme plenamente, objeto perdido, inexistente; así, la satisfacción correspondiente a la pulsión será siempre parcial.

Respecto del *objeto* que, subordinado a la pulsión, se presenta como medio o “lugar” en el que ésta se satisface, Freud lo propone como lo más variable de la fuerza pulsional en tanto no se liga a ésta originariamente, sino en tanto se adecue al logro de la satisfacción. El *objeto de la pulsión* puede ser externo o inherente al sujeto, a alguna parte de su cuerpo y “*es susceptible de ser sustituido indefinidamente por otro*” (Freud, 1915).

“[...La pulsión...] *Nunca cesa de aspirar a una satisfacción plena, es decir que la pulsión siempre está buscando aquel objeto que termine de colmar dicha satisfacción. No obstante, esta satisfacción pulsional, únicamente puede llegar de manera parcial ya que no existe el objeto que venga a satisfacer totalmente la pulsión.*” (Iriarte, L., 2011; p. 67).

La pulsión, que emerge en el encuentro del sujeto con el objeto de la primerísima satisfacción, se halla ligada a éste en tanto personaje protagónico del *érase una vez* de la satisfacción plena y hacia él se orienta su búsqueda, una búsqueda que se presenta inagotable en tanto su hallazgo es imposible, pero que no obstante se alienta en el re-encuentro de satisfacciones parciales con los objetos que aparecen, posibles para ello. Inicialmente, estos objetos posibles, en tanto se prestan a la pulsión, al sujeto, se hallan en favorecimiento de requerimientos de índole vital, al servicio de la satisfacción

de estados desiderativos que comprometen el organismo. Estas *pulsiones de conservación o del yo* (Freud, 1915) se dirigen a objetos que responden a las necesidades biológicas y tienen un carácter *determinado y específico* (Baranger, 2001), pudiéndose hablar en este caso de una correspondencia entre el requerimiento del sujeto y las particularidades que el objeto le ofrece: al apetito nutritivo (condición del sujeto), se dará un objeto alimenticio (cualidad del objeto) que cancele el estado desiderativo.

En el encuentro satisfactorio de tales estados desiderativos se suma un resto del encuentro del sujeto con el agente que lo asiste en la otorgación del objeto. La madre no sólo alimenta al bebé, lo sujeta en su abrazo, lo reconoce en su mirada; el niño vive sensaciones que le catectizan en una cualidad distinta, merced a ese plus de placer que va más allá del cese de la sensación de hambre. Así, surgen, en apoyo de las pulsiones de conservación, las pulsiones *sexuales*; éstas, refiere Freud (1915), son numerosas y proceden de distintas fuentes orgánicas (zonas erógenas), en un principio actúan de manera independiente, su fin es la consecución del *placer del órgano* y, tras sintetizarse, su fin pasa a ser la procreación. Aquí la relación de la pulsión con el objeto no implica una complementariedad tan eficiente como la correspondiente a las pulsiones del yo y sus objetos.

“...no se trata de un objeto sobre el cual se dirija el sujeto, con sus pulsiones y a través de sus zonas erógenas, en forma “natural”... si bien la zona erógena debe poseer cierta “aptitud”...“para la producción de una sensación placentera la cualidad del estímulo es más importante que la complexión de las partes del cuerpo”...depende más del objeto que del sujeto... [...aunque...] la pulsión sexual es al comienzo independiente de su objeto, y tampoco debe su génesis a los encantos de éste.” (Baranger, 2001; parafraciando los “Tres ensayos para una teoría sexual” Freud, 1905; p. 9).

En este sentido, las pulsiones sexuales se ligan a un objeto, una vez un objeto ha marcado una huella mnémica que rememora la satisfacción y así sus búsquedas se orientan como repetición de la vivencia con tal objeto y, en su ausencia, con uno que aparezca como sustituyente del mismo, de cuyo encuentro será posible una satisfacción parcial, merced al carácter polimorfo (inicial) de la pulsión.

La satisfacción que el sujeto logra asir, merced a sus apuntalamientos pulsionales, signará modos particulares de placerse en los que el sujeto encontrará gratificaciones distintas, gratificaciones que inicialmente tendrán un carácter autoerótico, en la medida en que las pulsiones aun no se han integrado y la búsqueda de la satisfacción se ciñe a la repetición del placer de órgano; un autoerotismo que puede valerse de objetos en tanto instrumentos que aportan una adecuada estimulación.

La persistencia en un modo particular de satisfacción lograda mediante el uso de un objeto, señala condiciones en la relación del sujeto con sus objetos, signa las cualidades de la gratificación que prefiere y que lleva a cuestionarse por la fijación que puede llegar a aportar a la dinámica pulsional.

8.1.2. Un objeto que fija lo auto-erótico

“El objeto no es determinante de la pulsión – preexistente a él- pero sí es determinante de la zona erógena. La zona erógena (cuerpo erógeno) se estructura a partir del objeto, que cuenta para ello con la pulsión”.

Baranger, W.

Las zonas erógenas, en tanto áreas privilegiadas con una sensibilidad especial, se hallan implicadas en funciones vitalicias a las que corresponde una función orgánica que apremia la satisfacción de una necesidad, que, en el encuentro con su objeto contingente, produce un poco más que el cese de la tensión orgánica, resultando su estimulación placiente al individuo. El placer de órgano se instala como un disfrute parcial de sensaciones en la superficie del organismo a la que se adecuan algunos objetos en función del estímulo que proporcionan. Así, más allá de los fines conservatorios de las pulsiones yoícas, las pulsiones sexuales apuntalan hacia una satisfacción mediante la estimulación de la zona erógena de que se trate, sustituyendo el prurito acentuado en el área del cuerpo determinada por el estímulo que lo cancela procurando una sensación de satisfacción (Freud, 1905).

La erogeneidad de su organismo, permite al sujeto un disfrute de su cuerpo en tanto objeto de satisfacción autoerótica. El apuntalamiento de las pulsiones sexuales en

las pulsiones de conservación, invitan al individuo a la experimentación de su organismo y a la obtención de satisfacción mediante y en él mismo.

“El niño no se sirve, para la succión, de un objeto exterior a él, sino preferentemente de una parte de su propio cuerpo, tanto porque ello le es más cómodo como porque de este modo se hace independiente del mundo exterior... y crea, además, una segunda zona erógena, aunque de menor valor” (Freud, 1905; p. 165).

En la teorización de las manifestaciones sexuales infantiles, Freud (1905) ilustra cómo el circuito pulsional, que originado en las funciones vitales, se orienta a la experimentación del placer de órgano mediante la estimulación de la zona erógena; placeres parciales que se experimentan en una sensibilidad que está en proceso de integración y que, en vías del desarrollo, se configurará más adelante bajo la primacía de la zona genital y al servicio de la reproducción, de una sexualidad adulta.

Entretanto, el individuo se place de manera autoerótica, merced a la separación de las pulsiones sexuales de las pulsiones de autoconservación (últimas que signaban un objeto específico); la pulsión alcanza la satisfacción *“sin recurrir a un objeto exterior...sin referencia a una imagen unificada del cuerpo, a un primer esbozo del yo...”* (Laplanche y Pontalis, 2004; p. 40). Es el órgano que constituye la zona erógena la fuente y el lugar donde encuentra la satisfacción el empuje pulsional, ocupando aquél el lugar que podría atribuírsele al objeto de la pulsión, siendo una cualidad importante de la pulsión su parcialidad.

A cada zona erógena, que refleja un estado desiderativo en relación con la función de órgano, corresponde entonces como fin satisfactorio, la repetición de la experimentación del placer de órgano, conocido antaño en el cese de las tensiones producto de procesos auto-conservatorios en los que resultaron implicados objetos; así, la pulsión parcial también se orienta a objetos externos que procuran de igual manera una estimulación que apunta a la consecución del placer de órgano.

Freud (1905) aludirá a estos circuitos pulsionales como organizaciones pregenitales de la libido, distinguiendo una *organización oral* y una *organización sádico-anal*. En la fase del desarrollo de la organización sexual *oral*, la actividad sexual de la pulsión se encuentra ligada apoyando los procesos de autoconservación, a la

absorción de alimentos, así, el fin sexual que se presenta es la *asimilación* del objeto, o incorporación del objeto que suprime su existencia en tanto separado; mientras tanto, en la organización *sádico-anal* surge una formación de la polaridad sexual de actividad-pasividad con respecto a un objeto exterior, y supone además un intento de apoderamiento del mismo, en indiferencia de las repercusiones que puedan afectar al objeto (Freud, 1905).

El objeto pulsional, en tanto subordinado a la satisfacción de la pulsión, se constituye en la medida del éxito que procure al fin, por ello, la pulsión puede resultar fijada a un objeto, en cuanto se establezca una ligazón estrecha con el mismo, y por tanto una oposición a su separación, que frena la movilidad pulsional. De esta estasis de la libido en un circuito pulsional, resulta una *fijación* que privilegia un modo particular de satisfacción de la pulsión o su ligazón a un objeto determinado. Una fijación de carácter oral de la libido supondría, entonces, la persistencia en el modo de satisfacción que implicaría la *incorporación* de los objetos, siendo la zona oral la fuente pulsional en tanto superficie erógena; así, se privilegia la estimulación de la misma, aunque “*también puede vivirse en relación con otras zonas erógenas*” (Laplanche y Pontalis, 2004; p. 196) y el modo de satisfacción.

La incorporación supone “*tres significaciones: darse un placer haciendo penetrar un objeto dentro de sí; destruir este objeto; asimilarse las cualidades de este objeto conservándolo dentro de sí.*” (Laplanche y Pontalis, 2004; p. 196). Estos sentidos atribuidos a los entramados inconscientes implicados en este modo de satisfacción pulsional, característico de la organización oral, da lugar a unas consideraciones en torno al control y dominio del objeto implicados en la organización pregenital de carácter anal y el modo de satisfacción que ésta entraña y que se refleja en la polaridad del daño al objeto o su expulsión, y en la conservación del mismo mediante el dominio o su retención. Así, podría considerarse la persistencia de la pulsión en modos de satisfacción pregenitales, sin distinción de la fase de que se trate en tanto, una fijación a un objeto pueda considerarse matizada por modos orales y a su vez anales.

Lo anterior permite dos consideraciones: en primer lugar, más allá de un estancamiento en una determinada fase de la progresión genética que se supone a la libido, interesa la fijación en tanto “*modo de inscripción de ciertos contenidos representativos (experiencias, imagos, fantasías) que persisten en el inconsciente en*

forma inalterada, y a los cuales permanece ligada la pulsión” (Laplanche y Pontalis, 2004; p. 157). La fijación a un momento *pregenital* de la libido, a las maneras de satisfacción y a los objetos que les corresponden; fijación que se permuta a favor de la conservación de un placer ganado o bien como resistencia al abandono de los objetos, que se precisa para una posterior integración de las pulsiones en la constitución de un orden fálico y una sexualidad adulta.

En segundo lugar, una estasis de la pulsión en un modo de satisfacerse pregenitalmente, sin aludir a distinciones de las fases consideradas (oral y anal), invita a considerar un objeto que permite la convergencia de tales pulsiones, en tanto “*puede ocurrir que el mismo objeto sirva simultáneamente a la satisfacción de varias pulsiones*” (Freud, 1915. p118). A este respecto, resulta importante reflexionar en torno la cualidad de *parcialidad* propia de la pulsión, de sus objetos y de las satisfacciones mediante éstos alcanzada. ¿Podría un objeto entrar a corresponder a las distintas pulsiones que se particularizan en razón de su fuente, procurando así una satisfacción pulsional “total”? ¿Sería plausible que un objeto burlara la parcialidad de la pulsión, instaurando una suerte de zona erógena generalizada (en la extensión del cuerpo pulsional) a la que viniera a satisfacer plenamente?

8.1.3. Del arraigo del objeto y el sufrir su ausencia

“las pulsiones son el eco en el cuerpo del hecho de que hay un decir”
Lacan, J.

La noción de fijación aparece implícita en la lógica del deseo, en tanto la experiencia con el objeto de la primera vivencia de satisfacción quedó registrada, trasmutando las dinámicas de la necesidad en aras del surgimiento del deseo; así la pulsión, puede decirse, se encuentra fijada al objeto perdido del deseo (fijación sujeta a la *represión primordial* según Freud, 1915) y a la satisfacción plena que procuró una vez, y orientada a la repetición de tal satisfacción, que intenta con objetos sustitutivos que, en la medida en que más se acerquen a tal identidad de percepción pretendida, se privilegiarán en los circuitos pulsionales y las elecciones de objeto.

“...las pulsiones...no son buscadoras de nada...sino después de que un objeto inicialmente exterior marcó en el sujeto el deseo por el objeto, es decir, la repetición de la experiencia con ese objeto, u otro que los sustituyera.” (Baranger y cols., 2001. p 10).

Rememorando aquella vez y otras satisfacciones, el sujeto tenderá a conservar los objetos y los modos de satisfacción que en ellos logra asir, presentando ante su ausencia o pérdida una sensación displaciente (Baranger y cols., 2001). Por tal razón, surge un cuestionamiento frente al por qué de la fijación pregenital, qué intenta conservar el sujeto, qué re-huye en la evitación del abandono de los objetos pregenitales, qué se precisa en la integración de las pulsiones que colocan al sujeto frente a la cuestión fálica, reiterando la diferencia y la falta que le constituye y le sujeta.

Frente a la pérdida de los objetos y el displacer que deviene tras éstas, Freud (1917) en *Duelo y melancolía*, refiere dos posibles reacciones ante la pérdida del objeto: el duelo como proceso “normal” y la melancolía en tanto formación de compromiso que permite enfermar. En el proceso de duelo, que sucede ante la pérdida del objeto en el plano de la realidad, supone una desligazón libidinal del mismo, merced al principio de realidad que revela su actual ausencia, desligazón que precisa tiempo en tanto se imponen resistencias a abandonar la posición libidinal alcanzada en la relación de objeto que se pierde; y que una vez lograda deja al yo “*libre y deshinibido*” (Freud, 1917).

En la melancolía, la pérdida del objeto es de carácter más *ideal*, en tal caso el sujeto “*sabe a quién perdió, pero no lo que perdió en él*” (Freud, 1917; p. 243), situando la pérdida en sustracción de la consciencia. Implica un empobrecimiento del yo que denuncia una pérdida en sí mismo; así, en este caso, frente a la pérdida del objeto, en tanto depositario de la libido, el sujeto no logra una remoción de los afectos a éste ligados y, en su resistencia a dicha desinvestidura, se incorpora cualidades del objeto, favoreciendo una identificación del yo con el mismo, instaurándose en el yo una suerte de relación entre el yo afectado por la identificación y una instancia crítica que se dirige a éste como lo haría con el objeto que se perdió. “*La identificación narcisista con el objeto se convierte entonces en el sustituto de la investidura de amor*” (Freud, 1917; p. 247), operación que se forja económicamente, merced a una formación narcisista, con el propósito de evitar el dolor de no saber qué se ha perdido, resistiéndose a la ausencia del objeto.

Considérese un intento de incorporación del objeto, según el modelo oral sádico, que le permite al sujeto la retención y el control, de modelo anal, del objeto, en tanto “lo hace parte de sí” oponiéndose a la sustracción del mismo, que deje al sujeto carente del mismo. Freud distinguirá como característica de la melancolía *“la regresión desde la investidura de objeto hasta la fase oral de la libido que pertenece todavía al narcisismo”* (Freud, 1917. p. 247), y *“el predominio de la angustia de empobrecimiento... que deriva del erotismo anal arrancado de sus conexiones y mudado en sentido regresivo”* (Freud, 1917. p. 250). Resultando de nuevo privilegiado un modo de relación del objeto, específicamente del modo en que el sujeto puede hacer frente a la ausencia del mismo, en el marco de unas dinámicas pulsionales implicadas en una organización pregenital.

En el caso de la melancolía, en tanto reacción patológica frente a la pérdida del objeto que supone una condición sufriente del sujeto, Freud (1917) menciona cómo el revés del cuadro sintomático en el cual se intenta una disipación del dolor es la manía. La manía se presenta como una figura del triunfo en que los objetos se tornan asequibles, están a disposición y se toman pero en la medida en que no se logra un investimento de los mismos se desechan instantáneamente; pero que igualmente escapa a la consciencia del sujeto que no sabe sobre lo cual ha triunfado. En referencia a la manía como un estado narcisista, Freud escribe:

“A la borrachera alcohólica, que se incluye en la misma serie de estados, quizá se la pueda entender de idéntico modo (en la medida en que sea alegre); es probable que en ella se cancelen, por vía tóxica, unos gastos de represión.” (Freud, 1917; p. 251).

Ante esto surge un cuestionamiento: ¿Podría considerarse aquí una tóxico-manía, como una figura de triunfo en la que la droga aparece como objeto, que además de favorecer una cancelación tóxica del dolor frente a la pérdida del objeto que no se logra simbolizar, preste un objeto a la consciencia sobre el cual se dirijan las investiduras de aquello perdido, de lo que poco se sabe, logrando así el sujeto asir un saber: le falta la droga?

Ahora, en consideración de una vivencia melancólica frente a la pérdida de los objetos, que aliente una fijación en un modo de satisfacción pregenital ante la posibilidad de vivenciar de nuevo la pérdida que se exige en pro de la constitución de

una genitalidad y una sexualidad adulta, denuncian además una compulsión a la repetición, que puede verse anudada en el acto toxicomaniaco.

Las revisiones teóricas realizadas en torno al objeto de la pulsión, articuladas a los *Antecedentes* y los cuestionamientos que orientan el trabajo monográfico, que se han ido planteando desde la comprensión de las dinámicas libidinales y del lugar que el objeto cobra en los circuitos pulsionales, supone una ruta de comprensión de la droga en tanto objeto de la pulsión, ruta que se pretende esclarecer conjugando las comprensiones trazadas sobre el objeto pulsional. Retomando las ideas plasmadas, se encuentran ciertos elementos relevantes para la discusión, de los cuales derivan algunos interrogantes.

Desde la estimación de los avatares pulsionales como correlatos en el cuerpo de un decir subjetivo, se intenta una consideración de la droga como un objeto para la pulsión, que en su particularidad aporta un singular funcionamiento del que se desprenden varias preguntas: ¿podría ser la droga un objeto primario que permite una satisfacción pregenital en la que se conserva paradójicamente una dimensión del organismo? ¿Sería la droga un objeto determinante de una “zona erógena generalizada” a la que aporta una armoniosa satisfacción? ¿Si se trata de una fijación, oral o anal, a qué responde tal resistencia en el abandono del objeto? ¿Qué denuncia este acontecer que toma como escenario el cuerpo del posicionamiento subjetivo del toxicómano?

Son cuestiones que es posible que no se agoten en una respuesta particular en las siguientes líneas, pero de las que se intenta una reflexión teórica, la propuesta de posibles caminos para su comprensión y la apertura de nuevas inquietudes ante la cuestión de la droga, si se piensa como objeto en las toxicomanías y en la clínica que para éstas se orienta.

8.2. *El tóxico como objeto: prótesis para un montaje pseudo pulsional y un disfraz en que ocultar-se(r)*

Pensar la droga como objeto para la pulsión, en tanto sustitutivo del objeto perdido del deseo, como se consideró en el capítulo anterior, invita a una reflexión desde un punto de vista distinto, pero que guarda estrecha relación con lo expuesto en el capítulo precedente; se trata aquí de un color distinto dentro de los matices con que se aparece el suceder subjetivo, un color que denota las dinámicas pulsionales en relación con los objetos, para el propósito de la presente monografía, en relación con la droga como objeto de la pulsión.

En este apartado se presentan algunas consideraciones en torno a la droga como objeto de la pulsión, tejidas a partir de las discusiones de los autores de la monografía, procurando un encuentro entre lo expuesto respecto del objeto pulsional y de las posibles articulaciones con cierto orden pulsional; y las comprensiones en torno a las toxicomanías que parten principalmente de una lectura de Sylvie Le Poulichet.

8.2.1. *Un velo que obtura la emergencia pulsional*

“En las toxicomanías, el cuerpo debe encontrarse atravesado por un Pharmakon que regule una forma de homeostasis. La operación del Pharmakon no se inscribe en una forma de contingencia; sostiene, muy precisamente, una "economía" de la homeostasis. Por eso las toxicomanías se asemejan en definitiva a tentativas de conservar algo del cuerpo. ¡De manera antinómica, el “organismo” al que en apariencia destruyen resulta conservado en ese mismo acto!”
Le Poulichet, S.

En los linderos que comprometen los avatares pulsionales, donde la satisfacción se presenta como un imposible en su totalidad, en tanto no es la pulsión aquello que se satisface en los re-encuentros con los objetos sustitutos del objeto perdido del deseo, sino los estados desiderativos que se traducen en un aumento de tensión que dejan al sujeto en posición de urgencia, de necesidad de algo otro en lo que se permita una transformación para sí, el objeto cobra un importante lugar, pues siendo lo más variable

de la pulsión, su cualidad, aquello que el sujeto encuentra en él mismo, aquello que en el objeto deposita, permitirá la configuración de circuitos pulsionales y modos de satisfacción que advendrán desde una historia subjetiva que traza cursos en la organización subjetiva y las elecciones de objeto del individuo.

Algunas propuestas teóricas e investigaciones retomadas en los *Antecedentes* de la monografía colocaban la cuestión del “objeto droga” como un sustitutivo del objeto materno, en el que el sujeto revivifica las condiciones de su relación temprana con la madre en tanto objeto totalizante. Incluso se encuentra en algunos la hipótesis de la droga como un objeto transicional que fracasa, en la medida en que en el plano de lo social favorece una inicial separación del sujeto respecto del vínculo con su madre, que permite al sujeto un afrontamiento del deseo de permanecer en un tipo de relación primaria, sin tener que entregarse al deseo del otro, pero que en el trasfondo lo que opera es una suerte de retorno que deja al sujeto de nuevo fusionado (Ortegón, 2010; Rodríguez y cols. 2010; Blanco y cols. 2010).

¿Se trata la droga entonces como un objeto totalizador, como un objeto transicional que fracasa? Respecto de la sustitución que aporta, resulta innegable que los objetos a los cuales el sujeto apunte en su dinámica pulsional supondrán sustitutos de un objeto primordial que fijó al sujeto en el campo del deseo, pero estos sustitutos aportarán un modo de satisfacción determinado que les particulariza y que singulariza las elecciones del sujeto. Por otra parte, la posible transitoriedad que aporte la droga en las adicciones es considerada por McDougall, J. (2001) como un intento que no encuentra más resultado que un fracaso, fracaso que la autora atribuye al carácter “*mas somático que psicológico*” de la sustancia con la que se intenta hacer frente al sufrimiento psíquico.

Los procesos transicionales que implican las posibilidades del individuo de vivirse en separación e independencia, que en este capítulo no se retoman en su especificidad, son planteados por la autora como procesos afectados en los sujetos que acuden a la solución adictiva, en que los objetos de la adicción supondrían objetos “*transitorios*” en los que se intenta la incorporación del otro materno, con la “*esperanza de que el objeto de adicción pueda recrear la ilusión nostálgica de la beatitud fusional de la infancia*” (McDougall, 2001, p. 13).

Al explorar la droga como objeto de la pulsión y la operación que el sujeto realiza en su incorporación, se propone para la discusión un “como sí” de satisfacción, una falacia de un supuesto encuentro con el objeto, con un objeto que restituye las mismas condiciones en el vínculo que proporcionó el objeto primordial. ¿Pero en qué radica tal encuentro?, y ¿por qué se le atribuye condición de falsedad?

La consideración de la droga como un objeto sustitutivo de un vínculo primario con la madre, trae a consideración la cuestión de la incorporación de los objetos y la fijación en un modo de gratificación oral. Surge la cuestión de qué se incorpora en la ingesta tóxica y de las posibilidades de considerar un apuntalamiento pulsional hacia un objeto que se desea incorporar como fin de una satisfacción pulsional de carácter oral o si se trata, por otro lado, de una modificación tóxica de los sentires del sujeto en aras de una satisfacción en el propio cuerpo. Esto ya se había puesto en cuestión en los *Antecedentes*, cuando se hacía notar que en la incorporación de la droga al propio cuerpo, el goce es totalmente auto-erótico, la alteridad de “otro”, de un objeto para un sujeto parece desvanecerse instantáneamente. Este cuestionamiento se apoya además en las investigaciones de las cuales surge, pues no dejan de advertir la relación del sujeto toxicómano con los otros, marcada por tintes utilitaristas que los instrumentalizan.

La droga, que comprendida como un objeto primario que reivindica un tipo de satisfacción en razón de una fijación en una etapa del desarrollo libidinal, vendría a situar la incorporación como modo de satisfacción privilegiado en las adicciones, que reiteradamente se ha teorizado como una fijación en el estadio oral. La incorporación, como se planteó con anterioridad, en tanto aporta un placer asimilando un objeto dentro de sí, destruyéndolo o conservándolo, se podría considerar como extensión de una gratificación no sólo oral sino también matizada por los componentes libidinales que advierten una configuración anal.

Discúrrase que en el consumo de la droga, en la incorporación de un “objeto droga”, el individuo que se adentra en la experiencia adictiva, no sólo obtura las pulsiones orales, el toxicómano no sólo consume en aras de mitigar la sensación de hambre o, por el contrario, con el propósito de abrir su apetito, el consumo circunda una generalidad de las condiciones vitalicias y sexuales del sujeto, se consume antes y después de comer, se consume antes o después de ir al baño, de tener sexo, de estar solo

o en compañía...todo lo recubre la droga y despreocupa al sujeto de aquellas condiciones y circunstancias del vivir.

Esta generalidad, advierte una totalidad en la relación tóxica que permite entrever una disposición del individuo ante las actividades que garantizan su existencia, que compromete su posición deseante (Agudelo, J., Castañeda, D. y cols., 2012) y que dejan un interrogante frente a la cuestión de la parcialidad, que parece burlada en las toxicomanías, favorecida por la incorporación del tóxico. Ha de plantearse, entonces, una mirada de las toxicomanías como una fijación en un modo de satisfacción pregenital, sin distinción de una de las organizaciones libidinales, en tanto consideración de la droga como un objeto de la pulsión, se teje en la relación posible del sujeto con el mismo, una incorporación propia del modelo oral que habla de un deseo de hacer parte de sí el objeto, y de la angustia de vaciamiento y el control sobre el mismo a manera defensiva que opera en un estadio anal.

Además de esta indistinción de las fases oral y anal, para referir la fijación de la cual podría tratarse en la relación adictiva del sujeto con la droga como objeto de la pulsión, respecto de la satisfacción de las pulsiones, puede notarse que en el caso de las pulsiones de autoconservación, tienen en correspondencia un objeto específico, resultan “satisfechas” en la ingesta tóxica, como si al drogarse el sujeto saciara su apetito nutritivo, y es obvio que no es en razón de la transformación en la fuente merced al estímulo adecuado, pues al estómago no ha llegado un bolo alimenticio del que se nutra el organismo, y sin embargo, ¡se está lleno! ¿Qué ocurre entonces? ¿Por qué la droga puede venir a satisfacer un estado desiderativo que emana de una fuente orgánica a la que corresponde un objeto determinado y no precisamente ella misma?

Se plantea entonces que, mediante la droga, el sujeto se hace a una ilusión de satisfacción merced al adormecimiento de los agujeros pulsionales que le reportan su condición de falta y le rememoran la diferenciación que lo signó como sujeto a un Otro. La droga, entonces, aparece como un objeto que burla la parcialidad de la pulsión, como si “satisficiera todo”, y no porque la cualidad del objeto se acomode a la particularidad de cada una de las fuentes pulsionales generando una transformación en sí mismas, sino porque taponar todas las fuentes pulsionales, frenando la emergencia pulsional e imposibilitando la percatación de los estados de tensión. La droga favorece una “*defensa contra la emergencia pulsional*”, procurando una suerte de anestesia que

permite una transformación en los estados de conciencia por la percepción del cuerpo modificada por el tóxico (Olievenstein, 1986).

Para figurarse lo anterior, se propone pensar un cuerpo agujereado (cuerpo pulsional), en tales agujeros (zonas erógenas) calan algunas piezas (objetos pulsionales) que reducen temporalmente el magnetismo (pulsión) que supone la fuerza que las atrae, en tanto su colocación en aquellos orificios esta circunscrita a un margen temporal en el que ocurre el cese del magnetismo y, tras el cual, el agujero queda de nuevo en ausencia de la pieza que le corresponde en su forma y se reanuda la fuerza magnética. Se comprende, entonces, un cuerpo pulsional urgido de satisfacerse, mediante la obtención del placer de órgano, correspondiente a la adecuada estimulación de las zonas erógenas merced a un estímulo u objeto adecuado que, una vez contribuye a la descatectización del estado desiderativo, da lugar de nuevo a la emergencia pulsional y con ella a la reanudación del deseo.

Ahora, en consideración de un circuito pulsional ligado a la droga en tanto objeto, podría suponerse que con la ingesta tóxica se lograría una suerte de cortina, que cubre a manera de silueta al cuerpo agujereado, taponando los agujeros y cancelando la emanación del magnetismo que atrae las piezas correspondientes a los mismos. No se requerirá, por ende, buscar las piezas, pues ¡todo ha sido cubierto! En este sentido, la droga no vendría a ocupar el lugar de pieza para uno de los agujeros, cuya colocación reiterativa en el mismo se lea como una fijación del magnetismo emanado del agujero correspondiente, en tanto su efecto se extiende a la totalidad de la superficie del cuerpo agujereado. Además, en cuanto no cala en la parcialidad de cada uno de los orificios fuentes de magnetismo, no opera una transformación en el estado desiderativo de los mismos, no procura su satisfacción en la medida de la correspondencia de la acción específica requerida a cada una de las formas de los agujeros; empero, recubre al cuerpo agujereado en la extensión de su superficie, sin adentrar en los orificios pero taponándolos irrumpiendo la emergencia magnética que busca la atracción de las piezas. En ausencia de una verdadera satisfacción, se impone un montaje que pareciera obturar la emergencia de las cargas endógenas, dificultando su percepción en un disfraz que brinda un “como sí” de satisfacción, que obtura los agujeros fuentes del magnetismo; se produce una estasis del mismo, estancamiento pulsional, estasis del deseo. *“Allí donde hay un vacío (privación del goce) el individuo elige taponarlo con la droga”* (Sinatra, 2011. p. 26).

En este sentido, la droga como objeto de la pulsión, pareciera adecuarse a la satisfacción de todo estado desiderativo, a manera de montaje ofrece un cese de la emergencia pulsional, provocando en verdad sólo su taponamiento, dejando tales afectos fuera de la percatación consciente del sujeto, cobrando así un lugar importante en la economía libidinal. Las satisfacciones parciales son relegadas en pro de una falsa satisfacción total que permite al individuo “no darse cuenta de” que hay algo que le falta, en tanto no se da cuenta del dolor que le provoca su ausencia. No obstante tal “satisfacción” resulta igualmente efímera, temporal, y ante la ausencia del tóxico, en los periodos de abstinencia se percibe de nuevo la condición de falta, pero ahora lo que falta no es el alimento, u otro a quien desear, o algo de lo que no se sabe, o cualquier objeto que se acomode a las demandas pulsionales, lo que falta es la droga, cuya ausencia se siente como un dolor en el cuerpo, una mutilación orgánica que se restituye en su incorporación.

Se podría pensar que en las toxicomanías el cuerpo (y esto para plantearse con mayor rigor requeriría una indagación respecto del concepto de *cuerpo* en psicoanálisis que agota los límites de la presente monografía) opera como una zona erógena al que corresponde de forma armoniosa la droga como objeto que procura la satisfacción y, así, en tal relación, la cuestión de la separación, la hiancia entre el sujeto y el objeto aparece burlada, en tanto su fusión es posible por incorporación y se encuentra sujeta al antojo del sujeto, quien se satisface sin tener que lidiar con intermediarios; un placer autoerótico, una supuesta satisfacción plena que denuncia una innecesaridad del otro que asiste y sujeta, y que anuncia un objeto correspondiente posible, ofrece la ilusión de un encuentro que se dictaminó imposible.

En la medida en que la droga le posibilita al sujeto tal remedo de satisfacción plena, deja susceptible al sujeto a privilegiarla para su satisfacción, si se consideran las facilitaciones que se tejen en la medida en que la pulsión historiza las vivencias del sujeto. Se insiste en un modo de satisfacción pregenital que fija la pulsión cuando se resiste al abandono de los objetos, que se promulga como exigencia para la integración de las pulsiones bajo la primacía genital que enfrenta de nuevo al sujeto ante la interpelación de su deseo y la castración.

Supóngase que, con la droga, el sujeto se permite generar una suerte de circuito pulsional, en el que tras la primera experiencia tóxica, se produjeron facilitaciones para

la satisfacción, donde la ausencia del tóxico se viva como un dolor en el cuerpo. En este sentido, el ansia por el tóxico pareciera funcionar como una pulsión, pero que en la medida en que anula al otro, no registra en el campo del deseo; no resultaría un equivalente a este “*representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma*” (Freud, 1915; p. 108). Podría tratarse de una pseudo-pulsión que jalona en vías de la conservación de un cuerpo, del organismo que se repara en la satisfacción de un estado desiderativo al que corresponde un objeto específico. Así como al apetito nutriz corresponde plenamente el alimento, así parece corresponder la droga a la urgencia tóxica producto de su ausencia. (Sanmiguel, 2007; Le Poulichet, 2012).

El planteamiento de Sanmiguel (2007), retomado en los *Antecedentes*, permite una reflexión frente a lo planteado; el autor propone que, en las toxicomanías, el sujeto intenta hacer surgir una nueva pulsión por medio del impulso generado desde los objetos de consumo, que no tienen un carácter imaginario sino que, al presumirse reales, vienen a manifestar un “hueco en lo real”; con este lo que intenta instituirse es la inscripción del cuerpo para lograr advenir sujeto.

En esta vía, la droga supondría un objeto mediante el que el individuo procura generar un nuevo agujero, en lo real del cuerpo, que funciona como una fuente pseudo pulsional que se taponan con el mismo objeto que la perpetra; “...*pseudo porque organizan en todo caso un goce pero sin pasar por el obligado circuito por el Otro para su constitución. Esa especie de goce es aquí el dolor que acompaña desde su emergencia la paulatina aparición del agujero real y que se cancela con el tóxico...*” (Sanmiguel, 2007; p. 117); y que entraña un intento que reivindica una omnipotencia narcisista y que fracasa en su intento por su prescindencia del Otro que instaura la falta.

Esta reflexión trae a colación un interrogante, que no parece posible de responder en la toma de partido por una de las posturas que supone: ¿Se intenta la saturación de los agujeros pulsionales, la revivificación de un estado de completud; o se intenta hacerse a un agujero, a un impulso que haga las veces de jalonamiento pulsional, de anhelo desiderativo que lance al sujeto a la búsqueda de algo y lo saque de su indiferencia?

Si lo que se figura en el acto toxicomaniaco corresponde a un deseo de estar colmado, de no desear, o si se trata de un intento del sujeto por hacerse a un deseo,

desear un objeto que sí le es plausible de alcanzar, de tomar a su antojo y cuya pérdida responda solamente a su voluntad, resulta una cuestión que de momento no se alienta a pronunciar una respuesta determinada en esta monografía y que invita a una futura reflexión, en la que se apele a la reversibilidad del *farmakon* y al compromiso en el plano del deseo frente al que los sujetos toxicómanos intentan un posicionamiento subjetivo. De momento se puede considerar que estas posturas, que pueden leerse en algunas propuestas de comprensión de las adicciones, reivindican o insisten en la consideración de la droga como un objeto sustitutivo; asunto que se ha puesto en cuestión y ante el cual se apuntará más adelante a una consideración que dé cuenta de la reflexión tejida tras el presente abordaje.

Los planteamientos de Sanmiguel (2007) resultan de gran valor para la actual reflexión de la droga como un objeto de la pulsión. Articulándolos con las teorizaciones de Le Poulichet (2005), centrales para la comprensión de las toxicomanías en esta monografía, permiten nuevas reflexiones al respecto.

Antes de acudir a tales postulados, es oportuno plantear la cuestión que se viene enunciando, y es la posibilidad de que en el consumo de la droga, y tomándola como objeto de la pulsión, se trate de un intento de organización pulsional que reivindica un modo de satisfacción pregenital, de carácter primario, tanto por ofrecer condiciones en el vínculo semejantes a las vividas por el sujeto en su relación primordial con la madre, en tanto objeto de la pulsión por excelencia (Baranger, 2001), como por introducir una lógica de la inmediatez, del pasaje directo propio de los procesos primarios, en los que la mediación y la intervención de un tercero se muestra desdibujada.

Esta cuestión de lo inmediato admite anudar hallazgos investigativos, retomados como *Antecedentes*, que permiten entrever lo angustioso que resulta para el toxicómano la espera, ante la cual todo proceso ritual relacionado con la toma de la droga resulta insoportable (Blanco, Castañeda y Maldonado, 2010), la espera despierta una angustia mutilante ante la pérdida del objeto, angustia que es vivida como mortuoria (Agudelo, J., Castañeda, D. y cols., 2012). Esta cuestión de la espera para la satisfacción también es retomada por Le Poulichet (2012), quien plantea en las toxicomanías una “*errancia sonámbula*” que “*se presenta como una experiencia de abolición de la temporalidad... Como si el *farmakon* introdujera el orden de una real*

inmediatez, es la dimensión de la <<ausencia>> la que resulta excluida.” (Le Poulichet, 2012; p. 58).

Además del modo de gratificación pregenital, de la relación primaria con los objetos y del orden de la inmediatez, esta configuración de los avatares pulsionales proyecta, en otras dinámicas del sujeto, un imperativo narcisístico que coloca al sujeto en una posición onnipotente frente al mundo, que niega un estado de desamparo, y en la que urge proteger un narcisismo primario que lo salvaguardaba de la ausencia de lo deseado y que, en esa medida, no daba lugar al cuestionamiento del sujeto frente a su deseo ni a un posicionamiento frente al mismo; urgencia vivida como dolorosa y que intenta encontrar, en el consumo maniaco del tóxico, una cancelación.

Este intento de organización pregenital apoyado en la incorporación del tóxico, la adicción propiamente dicha, se ha comprendido en las teorías psicoanalíticas como un *“montaje pseudo pulsional”*, según Pedinielli, J. y Bonnet, A. (2008)⁸, en el cual explican que la adicción funciona como una pulsión parcial, encontrando en ella las características atribuidas por Freud (1915) al circuito pulsional que implicaba una fuente, un empuje, un fin y un objeto. Y pese a esta similitud en el funcionamiento, no deja de ser evidente cómo la cuestión parcial es algo que se desborda cuando se trata de considerar la droga como objeto para la pulsión. Se podría pensar entonces en un montaje pseudo-pulsional que se apoya en el funcionamiento de la pulsión parcial, pero que la obtura en sus fuentes, manifestaciones y destinos particulares, instaurando un imperativo tóxico como único devenir “pulsional”. Pedinielli, J. y Bonnet, A. (2008) plantean cómo dicha organización pseudo-pulsional instaura, en su estado de urgencia, una suerte de neo-necesidad.

“La neo-necesidad sugiere con insistencia el funcionamiento pulsional, como si la existencia del objeto material viniera a suscitar, al mismo tiempo, la necesidad y a parecer ilusoriamente como lo que puede satisfacer la pulsión. La Adicción, presentada según esta definición clásica, es lo irreprimible, lo imperioso, es la necesidad insaciable, experimentada físicamente, que impulsa a la acción y desaparece tras el acto, dejando al sujeto en una especie de

⁸ Traducción del artículo « Apport de la psychanalyse à la question de 'Addiction » , de Jean-Louis Pedinielli y Agnès Bonnet, publicado en *Psychotropes*, 2008/3 Vol. 14, pp. 41-54, por Pierre Angelo González, Profesor del Instituto de Psicología de la Universidad del Valle. Octubre de 2012.

morosidad, de aburrimiento, de cierto hastío... hasta que reaparece gradualmente". (Pardinielli, J. y Bonnet, A., 2008; p. 4)

Una "*pasión de la necesidad*" (Pardinielli, J. y Bonnet, A., 2008) de la que también habla Vera (2007) como "*pasión adictiva*" donde la droga se inviste como "*objeto de necesidad*", aunque no equivalga al mismo⁹, pues como se ha venido argumentando, esta lógica homeostática, que se apoya en una obturación pulsional mediante una cancelación tóxica de la percepción de los estados desiderativos, que Le Poulichet (2012) figurará como una "*cancelación tóxica del dolor*", va más allá de la configuración de una neo-necesidad, comprometiendo la dimensión del deseo y el lugar de la falta.

Para Le Poulichet, ese montaje de circuito pseudo-pulsional se engendra en una dinámica no del placer sino del dolor, donde este se instala como imperativo, podría pensarse una sustitución del dolor que implica la pérdida del objeto que no logra simbolizarse y se presenta insoportable, a un dolor en el cuerpo que urge anestesiarse. Para apoyar esto, la autora toma un planteamiento freudiano, del texto "*La Represión*", que explica tal acontecer:

"Puede ocurrir que un estímulo exterior sea interiorizado, por ejemplo si ataca o destruye a un órgano; entonces se engendra una nueva fuente de excitación continuada y de incremento de tensión. Tal estímulo cobra, así, notable semejanza con una pulsión. Según sabemos, sentimos este caso como dolor. Ahora bien, la meta de esta pseudo pulsión es sólo el cese de la alteración de órgano y del displacer que conlleva. Otro placer, un placer directo, no puede ganarse con la cesación del dolor. El dolor es también imperativo; puede ser vencido exclusivamente por la acción de una droga o la influencia de una distracción psíquica". (Freud, 1915; citado por Le Poulichet, 2012; p. 63).

⁹ Es importante insistir en que la droga no comporta un objeto en sí, en el sentido psicoanalítico, que le otorgue un valor propio para una relación recíproca con un sujeto; la droga es una sustancia que opera en tanto objeto en la medida en que el sujeto así la inviste y catectiza; por lo cual se insiste en argumentar la droga *como* objeto y no se pretende una definición del "objeto-droga", tan difundido en las teorizaciones de las toxicomanías.

Este miramiento muestra cómo, en las toxicomanías, el sujeto acude a un acto que se vale de la droga, que en las teorizaciones de las adicciones se ha osado situar en el lugar de objeto, y que se aparece a veces como instrumento de una operación que instaura un ordenamiento distinto a la pulsión, que salvaguarda el narcisismo del sujeto, que protege un anhelo de integridad, de completud y que le permite eludir los estados desiderativos que colocan al sujeto todo el tiempo frente a una interpelación por su deseo y le exigen un posicionamiento frente al Otro. Ahí donde los recursos simbólicos se agotan, donde la pérdida se vive mutilante y la ausencia del objeto como efracción, el sujeto acude a la droga, a una cancelación tóxica que lo adormece de sus condiciones existenciales.

El recurso de la droga, la *Operación del farmakon* que plantea Le Poulichet (2012), implica una modalidad de solución a la cual el sujeto acude por la imposibilidad de una elaboración por medios simbólicos de una experiencia que se vivió como efracción; la labor de un mecanismo de defensa como la represión, la defensa del psiquismo es encargada a una sustancia tóxica que se inviste con tal posibilidad. El farmakon es usado como un instrumento para lograr una homeostasis, que favorece una suerte de disposición pulsional en la que se conserva el cuerpo como organismo, y en ese sentido los procesos primarios y las vías inmediatas de satisfacción. El circuito pseudo pulsional, que la autora refiere como un “*montaje paradójico que neutraliza todo resto de castración*” (Le Poulichet, 2012; p. 68), propone la droga como un *miembro fantasma* que en abstinencia se percibe doloroso, ligando en tal formación alucinatoria la libido del sujeto a favor de un replegamiento narcisista que preserva el organismo.

“Los discursos de los pacientes [...toxicómanos...] inducen más bien la perspectiva de un proceso de autoconservación... Y es sin duda una forma de desvalimiento la que se manifiesta cuando falta el tóxico, como si el cuerpo, en lugar de modelarse en las cadenas significantes, demandara la restitución de un órgano que <<ligara>> las excitaciones. El tóxico reaparece como para restaurar una protección frente a acontecimientos o pensamientos que de repente se viven amenazadores...” Le Poulichet (2012, p. 57).

Se trata entonces de una suerte de transformación respecto de la naturaleza de los conflictos, pues el dolor psíquico, que emerge ante la pérdida del objeto como algo intolerable para el sujeto, se vale del modelo del dolor corporal y en la vía de lo somático intenta un tratamiento de conservación. Esta transformación o desplazamiento es posible por la *reversibilidad* que aporta el *farmakon* a las dinámicas del sujeto; una reversibilidad entre lo psíquico y lo orgánico que, parafraseando a Le Poulichet, favorece una sustancialización de lo psíquico, “*allí donde una sustancia tóxica es investida como una función psíquica, se verifica la reversibilidad propia del farmakon... su acondicionamiento como prótesis psíquica, cuando se instrumentaliza en su relación con el cuerpo.*” (Le Poulichet, 2012; p. 70). En la vía argumentativa de la autora, la droga se distancia por su naturaleza misma de una condición de objeto para un sujeto, pero que, investida libidinalmente por éste, favorece que el recurso tóxico se engendre como una prótesis narcisística.

“... el tóxico no tiene nada para significar, pertenece al campo de lo real. Es una figura de lo incógnito. Por eso no se presenta como un objeto en el sentido de la relación del objeto que supondría un sujeto.” (Le Poulichet, 2012; p.100)

De este modo, la droga como instrumento para generar una suerte de zona erógena que ésta misma estimula y satisface, donde el placer de órgano supondría un disfrute generalizado de la superficie del organismo, cancelando toda emergencia pulsional mediante el taponamiento de sus fuentes; supone un disfrute no de un objeto, sino de las transformaciones que se logran en su ingesta, un disfrute del borramiento de las diferencias en el propio cuerpo, goce autoerótico.

Un goce en el cuerpo que, prescindiendo de los otros, reivindica un modo de satisfacción pregenital, donde la separación del sujeto, reconociendo las diferencias, y la hiancia entre él y el objeto de su satisfacción, se presentaban aun desvanecidas. Este tipo de satisfacción autoerótica resulta más directa, primaria y le aporta al sujeto una cierta independencia de lo exterior, de los otros; una reivindicación narcisista, un sostenimiento onnipotente de una economía homeostática en la que el sujeto mismo regula su unificación con la sustancia en lo real de su organismo.

La satisfacción hallada en la dinámica toxicomaniaca no supondría un apuntalamiento de la libido hacia la droga en tanto objeto que permite una suerte de satisfacción en su incorporación. Supone un goce autoerótico logrado merced al adormecimiento pulsional del sujeto operado mediante la cancelación tóxica de la percepción de los estados desiderativos que se viven como dolorosos. ¡El toxicómano no goza de la droga sino del sin-límite en su cuerpo! Adormece los estados desiderativos que comprometen una dimensión orgánica y permite un sentimiento de omnipotencia en renuncia a los objetos del mundo exterior que se viven como innecesarios, como si el sujeto negara la noticia de su condición de desamparo, un replegamiento narcisista que reivindica un narcisismo primario.

“El verdadero toxicómano no necesita de lo sexual, no necesita del contacto con otro, sino que se satisface con su propio cuerpo por la ingesta del tóxico... no necesita pasar por otro... El sujeto ya no necesita gozar de su órgano porque goza del tóxico, goza de todo su cuerpo con el tóxico...”¹⁰ (Vignoli, C., 2012).

Más allá de la consideración del montaje pseudo pulsional mediante la incorporación del tóxico, el recurso del tóxico, el uso de la droga como instrumento de tal montaje y la instalación de una operación del farmakon, evocaron cuestionamientos frente al dolor que se intenta cancelar y frente a la vivencia insoportable de la pérdida del objeto, y para ello se consideraron como reacciones ante la misma el duelo y la melancolía. Si desde la comprensión lograda en las toxicomanías se hace una lectura de un dolor insoportable frente a la pérdida de los objetos y se instaura una resistencia a su abandono, la figura de la manía se mostraba como una manera de lidiar con el dolor melancólico de la pérdida de los objetos, un dolor que se figura fuera del plano de la consciencia y que, se podría pensar, encuentra un desplazamiento posible mediante la manía tóxica.

Estas consideraciones permiten plantear la posibilidad de pensar las toxicomanías, como una solución ante el sufrimiento melancólico frente a la pérdida de

¹⁰ Fragmento de la entrevista *Consumo de drogas y adicción*, realizada a Carolina Vignoli psicóloga clínica, psicoanalista en formación (EOL) y miembro del CEIP, por “Psicoanálisis Entre-Vistas” en el 2012.

los objetos, donde la droga, además de procurar una cancelación tóxica del dolor que supone la percatación de la falta, del sentimiento de pérdida que no se logra ligar a algún objeto en la cadena significativa y que se encuentra desligado del orden simbólico, se presenta como objeto asible en el plano de la conciencia sobre el cual el sujeto supone un saber y lo inviste como aquello que le falta y sobre el cual deposita todas las demandas y reclamos, que no puede dirigir al objeto que se perdió, así el dolor melancólico de no saber que se perdió sufre un desplazamiento a una representación consiente del objeto perdido sustituido entonces por la droga y cuyo dolor se percibe y se cancela en la dimensión corporal mediante la ingesta tóxica.

Estas cuestiones trascienden una dimensión teórica y acusa en la clínica un horizonte posible de comprensión. Algunos de los hallazgos en los trabajos investigativos que se toman como *Antecedentes* y que también han sido objeto de reflexión en el grupo de estudios “*Subjetividad y adicciones*” en el cual participan los autores de la presente monografía, apuntan una comprensión desde la perspectiva de lo planteado en sus investigaciones:

“...los sujetos toxicómanos han establecido relaciones con objetos de manera melancólica, precisando lo que Le Poulichet (1996) indicó en los sujetos que bajo abstinencia transformaban el tóxico faltante en un miembro fantasma... ubicando un anhelo del tóxico cuando este falta, no por los ofrecimientos recíprocos –inexistentes en él – de la droga, sino por la agonía crónica que el sujeto mismo crea ante la posibilidad de vivir una experiencia de vaciamiento...”¹¹ (Agudelo, J., Castañeda, D. y cols., 2012).

Esta consideración merece nuevas revisiones teóricas, que traspasan el límite de la presente investigación y precisa otro espacio, para la reflexión sobre las dinámicas bajo las cuales el sujeto pueda verse urgido de acudir a un recurso tóxico.

¹¹ Fragmento del artículo “*Algunas consideraciones en el abordaje de las toxicomanías*”. Elaborado por los miembros activos del grupo de estudios “*Subjetividad y adicciones*”; presentado por Agudelo, J. y Castañeda, D. en la ponencia realizada en el Primer Encuentro Regional de Psicología de la Universidad San Buenaventura. 2012.

8.2.2. *Se teje un disfraz...*

*Esta manía de saberme ángel, sin edad,
sin muerte en que vivirme,
sin piedad por mi nombre
ni por mis huesos que lloran vagando.
¿Y quién no tiene un amor?
¿Y quién no goza entre amapolas?
¿Y quién no posee un fuego, una muerte,
un miedo, algo horrible,
aunque fuere con plumas,
aunque fuere con sonrisas?
Exilio, Pizarnik.*

La comprensión de la droga como objeto de la pulsión y del taponamiento que gesta la incorporación del tóxico, de la emergencia pulsional y de la percatación de los estados desiderativos; se entiende que esta operación, que engendra el montaje del circuito pseudo pulsional, promueve un modo de relación distinto del sujeto con los objetos, donde la cuestión de la diferencia y lo sexual se ve hartamente comprometida.

La consideración de la droga como objeto de la pulsión y las dinámicas que se han expuesto, pensando el tóxico como tal, direccionan los planteamientos a un lugar distinto para la droga, ya no en sustitución de un objeto primordial para el sujeto, sino en tanto prótesis que permite la instalación de un circuito distinto al pulsional, donde la parcialidad resulta burlada y la lógica de la satisfacción ya no apunta a la reanudación del flechazo que jalona la búsqueda de nuevos objetos, que aviva el deseo; sino en un éxtasis de plenitud, en un hastío de todo y nada que disfraza un cuerpo del deseo en puro organismo.

“La droga llega a ser el objeto de una necesidad imperiosa que no acepta... las diferencias de la satisfacción demandada. Encontramos ahí una diferencia radical entre el objeto de la toxicomanía y el objeto de la pulsión... la droga...enmascara o sustituye al deseo inconsciente que queda más desconocido que nunca al disfrazarse como una exigencia del organismo”. (Braunstein, N., 2006; p. 280).

Braunstein, N. (2006), en un planteamiento de las “@-dicciones” en relación al concepto de Goce, propone las toxicomanías como una sustitución de la sexualidad, en la cual el sujeto no sólo se libra de sus ansias, de sus requerimientos, de sus deseos ante

la subordinación a la droga, una “liberación de la sexualidad”, supone una liberación de su ser, de su posicionamiento como sujeto, de su identidad, encuentra en la droga un disfraz satisfactorio, un rechazo a la carencia que anima la búsqueda, al deseo y la utopía que sostiene un caminar hacia un horizonte de mentira, un caminar que supone el vivir la vida, en los re-encuentros que placen y desencuentros con los otros, que relanzan al sujeto en una nueva búsqueda; trasegar del vivir que se reemplaza por montaje de existencia autótrofa, en un equilibrio de hastío entre la nada y el todo que es lo mismo, donde se tiene todo y se es nada, y viceversa.

El rostro del sujeto deseante se oculta tras un disfraz socialmente tejido, *El Toxicómano*, que es eso y que ya se encuentra definido, El Toxicómano a quien su objeto correspondiente será La Droga. El sujeto que acude a la *operación del farmakon*, sustituye sus senderos pulsionales por la ruta que traza el tóxico, se permite ocultar su rostro, un rostro que se le aparecía desdibujado y que se resistía a definir con su posicionamiento subjetivo, se hace a una máscara que le deja en el anonimato.

“‘soy toxicómano’ es un decir común para escabullirse de la pregunta por el ser... la toxicomanía misma cubre y elude esa cuestión confiriendo un semblante de identidad que no pasa de ser una máscara” (Braunstein, N., 2006; p. 280).

Encubierto en dicho artificio, la búsqueda se le agota al sujeto pues no hay nada que buscar cuando al huir del Otro, se funde en él para perderlo a la vez que se pierde, se teje un disfraz...

9. CAPÍTULO III:

OBJETO DE AMOR Y TOXICIDADES

Las aproximaciones realizadas sobre los autores (Ortegón, D. 2010, Rodríguez, A. et al, 2010, etc.) aquí abordados, han referido ciertas características acerca de las adicciones, sobre todo en la consideración del *objeto-droga*, aquellas emprenden una alusión a los modos particulares en que el sujeto establece una relación con la sustancia de consumo, dicha vinculación aparece bajo la marca de la dependencia hacia un objeto que resulta sustitutivo de la figura materna; Rodríguez et al, afirman que las formas de relación establecidas por sujetos adictos vienen a impedir de manera tajante un proceso de separación que parece operar fallidamente en el momento de la adolescencia, pues el establecimiento de una relación objetal no incestuosa se halla impedido; mencionan dichas autoras que, para estos sujetos hay una recurrencia de la angustia de separación y de los conflictos edípicos revivenciados, mismos que se posan alrededor de la figura materna; de ello manifiestan que una relación objetal no adolescente, para los sujetos adictos, debe ser favorecida por la renuncia a dicha figura. De otro lado, para Ortegón, D., la droga adquiere el lugar de un objeto que sustituye de forma totalizante al objeto madre, con el cual los sujetos se han vinculado simbióticamente, poniendo en juego la constitución del narcisismo y en adelante la relación con los otros; diferentes estudios (Le Poulichet, S., Vera, E., Sanmiguel, P., Olievenstein, O.) aludidos en anteriores apartados, también involucran en sus afirmaciones qué sucede alrededor de la alteridad y, con ello, del narcisismo y de la castración; estos discursos sobre las toxicomanías configuran, en algún punto, un decir pertinente acerca de ellas, por lo tanto se prestan oídos y se advierte que, de aquello que se escucha, cabe lugar a los cuestionamientos. No hay duda de que las afirmaciones realizadas por dichos estudiosos del tema, traen consigo la necesidad de considerar esta amalgama de hallazgos alrededor del narcisismo, el deseo y la castración, y en consecuencia del objeto de amor en correspondencia con la droga y la función que esto supondría.

El acercamiento ya hecho a las implicaciones que tiene considerar la *droga como un objeto* pulsional, trata de esbozar cómo se juega la constitución del objeto en y a través de los avatares pulsionales; hasta ese momento se entiende el jalonamiento de la pulsión hacia un fin-objeto que le procure una satisfacción, misma que se engendra en el

propio cuerpo, en zonas corporales privilegiadas que se ensalzan autoeróticamente. Ahora bien, no hay una desligazón entre aquello que se dice del objeto como correlato pulsional y el objeto que se avista como entrañado entre el amor y el odio, para cada sujeto hay un proceso constitutivo, en cuyo seno reposa un alcance a cualquiera de las formas en que aquel pueda trasmudar, no hay en ello una lógica lineal.

9.1. Amor vital... Amor sombrío

*“He desplegado mi orfandad
sobre la mesa, como un mapa.
Dibujé el itinerario
hacia mi lugar al viento.
Los que llegan no me encuentran.
Los que espero no existen.
Y he bebido licores furiosos
para transmutar los rostros
en un ángel, en vasos vacíos”
Fiesta - Alejandra Pizarnik*

Se hallan diferentes características que sostienen la posibilidad de atribución a un objeto como objeto de amor, y éstas se estrechan con lo que organiza cada sujeto alrededor de lo sexual, de una dinámica libidinal que viene al encuentro de la genitalidad en vías de consumir la satisfacción postergada a través de los años infantiles. Freud ya refería, a través de sus teorizaciones, la vía que toma la pulsión en y sobre la organización pregenital, que se apoya de forma acentuada en la experiencia que tiene el *infans* de la erotización de su cuerpo, y que posteriormente dará lugar a la genitalidad propiamente dicha; en aquel movimiento continuo y paroxístico de las pulsiones, interpelará la relación con *otro* que ha hecho presencia desde el desamparo e inmadurez biológica del ser humano.

Esta presencia, enmarcada en un interjuego constante y contingente de las ausencias, del placer y del displacer, propios al acontecer psíquico, entraña así, como parte de la primera experiencia de satisfacción, una primordial emergencia del objeto, aún este último ligado a la parcialidad: pecho materno (representación más aludida como tal) como parte de la persona total, ésta última que advendrá para el sujeto y se constituirá, sobre la base de una primera interpretación, autorizada por el grito desesperado del bebé y la vinculación con el seno; abriendo camino a una humanización prometedora, promisión del lazo social y cultural, de la experiencia de amor y entrada en el orden del Deseo

Cada uno de esos momentos primordiales en la *vida anímica*, viene marcando una posibilidad del psiquismo de configurar una integración de las pulsiones parciales, que van convergiendo paulatinamente en unidad; es entonces cuando el *placer de órgano* característico de la satisfacción autoerótica, se transforma en posibilidad de investimento libidinal hacia los objetos totales, que lo son en tanto hay una posibilidad del *yo total* de relacionarse con ellos, no determinada en términos de una supeditación a la satisfacción pulsional, sino contingente de una atribución de amor-odio que viene emergiendo desde los progenitores, por la erotización del pequeño (*corriente tierna*) y de la viabilidad de la meta sexual (entrañada bajo la *corriente sensual*) armonizando con la organización genital del sujeto (Freud, S. 1905, 1912).

Ahora bien, al hacer énfasis en lo anterior, se abre el camino para considerar una serie de elementos primordiales que permitirían la constitución del objeto de amor; entre ellos, es pertinente precisar la dicotomía que pareciera establecerse de lleno entre el amor y el odio, sin embargo ambos se hallan coligados al displacer; el principio que se evidencia característico para el psiquismo, aquel que se manifiesta para favorecer la proporción energética, al sufrir alguna conmoción, empuja la emergencia del odio, la displacencia yoica se manifiesta en relación con algo del mundo (Freud, S. 1915, Rabinovich, D. 2007). En esta medida, puede pensarse el que se constituye en contrario, el amor inicialmente bajo la acción de las pulsiones que en tanto parciales sobre las zonas erógenas, abren el paso a la ganancia de placer, satisfacción yoica en primacía del autoerotismo; de acuerdo con Freud “*Lo exterior, el objeto, lo odiado, habrían sido idénticos al principio. Y si más tarde el objeto se revela como fuente de placer, entonces es amado, pero también incorporado al yo*” (Freud, S., 1915; p. 27), vestigios del amor que luego se enfatizan alrededor del narcisismo, del cuerpo como unidad y del paso de los sujetos por la castración.

En esta medida, el objeto total hacia el cual la libido se dirige, se halla a merced de la integración de las pulsiones y su acaecimiento en la instancia yoica. Sin embargo, lo ya mencionado comienza por darse en la medida en que el infante hace una elección de sus primeros objetos “*A lo largo de todo el período de latencia,... aprende a amar a otras personas que remedian su desvalimiento y satisfacen sus necesidades*” (Freud, S., 1905; p. 217), es decir, modela poco a poco lo que será la elección objetual propiamente (Freud, S. 1912). Sin embargo, es preciso reconocer que la constitución de un objeto bajo la primacía del amor entraña inexorablemente la relación del sujeto con sí mismo y

con quienes, como asistentes ajenos, garantizan la inicial conservación del ser, y esto representa una alta consideración, pues aboga tener en cuenta lo que se juega sobre la libido, transformaciones que, por demás, se hallan matizadas por complejas experiencias psíquicas, que sobre todo sostienen una búsqueda bajo los rieles del deseo; el aprender a amar del que habla Freud, también trae consigo una referencia al sufrimiento y la aspiración a ser feliz que intenta alcanzar el hombre (Freud 1930), siendo esto una puesta en escena, por un lado, de aquello desiderativo que vela por la satisfacción plena (ilusoria), y, por otro lado –aunque no separado del primero-, de satisfacciones posibles atravesadas por lo prohibitivo, que pone freno al predominio de la *sensualidad* y que da rodeos a la plenitud aspirada, sólo rozando en los objetos la ganancia en el amor, lo que desemboca en la consideración del objeto de amor como medio posible para amar y, a través del cual, ser amado, y realizarse en la meta sexual.

Sufrimiento y felicidad se hallan liados a esa correspondencia en lo sustitutivo del objeto de amor por el objeto perdido del deseo, pues se encuentra lo inalcanzable de este, que en tanto perdido rememora la falta, la incompletud; se advierte aquí el desencuentro, y en ello la complejidad del objeto de amor en su constitución. Ya la poetisa Pizarnik lo pone como en el lugar en el que no halla: “...*Los que llegan no me encuentran. Los que espero no existen. Y he bebido licores furiosos para transmutar los rostros...*”, el sufrimiento y el vacío del no encuentro con los otros, y una salvaguarda de la que ya se hablará. En gran parte, la mutabilidad de la libido, de la que nace el objeto amoroso, impregna cierta viabilidad de la vida psíquica frente a la realidad, frente al mundo externo, ya bien se aludía en el “*Malestar en la Cultura*” (Freud, S. 1930; p. 28):

“Quien nazca con una constitución pulsional particularmente desfavorable y no haya pasado de manera regular por la transformación y reordenamiento de sus componentes libidinales, indispensables para su posterior productividad, encontrará arduo obtener felicidad de su situación exterior, sobre todo si se enfrenta a tareas algo difíciles”

El *reordenamiento* que debe trasegar la pulsión sexual es extenso para el sujeto, el cuerpo se juega como el escenario privilegiado del sentimiento de sí, vivencia narcisística en la que se apuntala el amor, que es imprescindible pero que no acapara el amor en ella misma, pues en éste hay una apuesta por el objeto, es decir, se dirimen; y ese privilegio sobre el objeto (del que se apresuran rasgos ya “conocidos” por huellas mnémicas del objeto primero) tiene desenlace por una brecha narcisística en la que el sujeto se sustrae del encantamiento de sí, de la omnipotencia y de la perfección, de su yo idealizado (Baranger, W. et al 2001); esto gracias al propio examen de realidad y, con él, a las experiencias vinculares con los otros, sobre todo las figuras parentales.

Todo vínculo con el objeto amoroso viene atravesado por el vestigio del objeto ya perdido, del deseo de la madre, por quien alguna vez empezó la confirmación de su propia existencia; no obstante hay un aspecto primordial que debe introducirse tras dicha alusión. Todo hasta aquí pareciera apuntar a que es la madre a través de quien se constituye el objeto de amor, aunque ésta traza las huellas fundamentales, debe abrir paso para que advenga como valedera la palabra del Padre. La interdicción del Padre en favor de la prohibición incestuosa (Freud, S. 1924), a la vez que introduce la Ley sobre el deseo, admite una elaboración simbólica de la falta (Dolto, F., 1986) y le brinda un lugar como deseante al sujeto frente a los objetos del triángulo edípico, hacia quienes éste dirige intensamente sus intereses sentimentales y con quienes se identifica (Freud, S. 1924). Hay aquí, entonces, una reconocimiento de objetos que suscitan una ambivalencia de afectos, que son investidos libidinalmente y que le exigen al infante una mirada fuera de su cuerpo y del placer que éste le produce; además, el despliegue de lo ya mencionado, es decir, la experiencia de castración como proceso simbolígeno, requiere el reconocimiento de la diferenciación sexual como significante de deseo. La primacía del falo, a la que se han subrogado las pulsiones parciales, pone de relieve la dicotomía que le supone al *infans* la vivencia de la castración, como ya lo exponía Freud (1924; p. 8):

“Si la satisfacción amorosa en el terreno del complejo de Edipo debe costar el pene, entonces por fuerza estallará el conflicto entre el interés narcisista en esta parte del cuerpo y la investidura libidinosa de los objetos parentales”

Así, el pene vendrá a ocupar un lugar de privilegio resguardado de la pérdida que le suponía la amenaza de castración, a la vez que las identificaciones son favorecidas y, en esa medida, la inclinación libidinosa hacia las figuras parentales se presenta coartada en su fin, parafraseando a Freud (1924; p. 8) resulta ser *desexualizada y sublimada*, el vínculo se presenta como amor tierno, es decir, dichas figuras asisten para el sujeto como objetos de amor; emergen de esta manera, por un lado, sobre la imposibilidad de colmar la falta y de captar a la madre como totalizante, y por otro lado, por la renuncia a la omnipotencia y la entrada de terceros a una relación primera vivida como plena; la falta estructurante, y definitivamente acentuada en el complejo de Edipo, da consistencia al objeto amoroso, pues aquello vivido como pérdida, como carente, arraiga la posibilidad del empuje hacia él, el sujeto halla en la experiencia de amor al objeto que figura manifiesto en el otro, reconocido como alter, enaltece el deseo de obtener algo en él y de amarle como persona total.

Hasta este momento, la referencia al objeto de amor y a las experiencias psíquicas arraigadas, de las que algo se dice (no es de ninguna manera, exhaustivo), entrañan numerosas armonizaciones, aún cuando inherentes a ellas se adhieren experiencias de dolor y pérdida; sin embargo, no quiere decir ello que haya aquí una determinación, llamará la atención parte del encabezado que titula: “*Amor sombrío*”, pues hasta el momento se muestra que no se niega el amor a través de los párrafos antecedentes. Basta si quiera, echar una mirada al poema retomado de Pizarnik, para no vacilar en aceptar lo dudoso de esta placidez del amor, en virtud de qué, Freud (1930), cerciora de que hay resquebrajos en la felicidad, y de que aquellos están íntimamente adheridos al psiquismo, de lo que sucede en su organización a nivel del transcurrir libidinal:

“Las pulsiones amorosas son difíciles de educar, y su educación consigue ora demasiado, ora demasiado poco. Lo que la cultura pretende hacer con ellas no parece asequible sin seria aminoración del placer, y la pervivencia de las mociones no aplicadas se expresa en el quehacer sexual como insatisfacción” (Freud, S. 1912; p. 48)

Es que desde tiempo remoto el psiquismo se encuentra expuesto al dolor, a la pérdida, en pocas palabras a la falta de plenitud en la satisfacción, y con base en ello

también se equilibra; observar la forma en que las presencias y ausencias se involucran en la temporalidad del niño pequeño e intervienen en su acceso al pecho materno, a la madre como objeto, es muestra de ello; para Julia Kristeva (1985; citada por Collin, F. 1991; p.1), dicho lazo entre madre-hijo es la “*Matriz de la relación amorosa*”, entraña un carácter dependiente vital, que no es al que se refieren comúnmente como algo patológico, sino una vinculación con el otro en la que, por las transformaciones libidinales, es reconocido en la alteridad. Una matriz que no por originaria se adhiere a una total integridad, apela el desencuentro, el amor abre una brecha: “*En la relación de la madre con el hijo se encuentra una identificación pasional, doliente y dolorosa al mismo tiempo que extática*” (Kristeva, J., 1985; citada por Collin, F., 1991; p. 1); sufriente, es altamente sensible de aquello que recuerda la incompletud, que se revivifica intensamente en el pasaje por el complejo edípico; esto supone allí que lo doloroso está impregnado por la entrada de un tercero-padre que, al triangular, precipitaría la abertura de aquella relación, rehuir estos avatares estallaría en la pasión mortífera, que admite una dominación de la madre sobre el yo, sumido en un escenario de fiesta de gozo, desgarradora.

9.1.1. Sombra amorosa...

Y he bebido licores furiosos para transmutar los rostros... dice Pizarnik, transmutar y convertir, rostros entre sí mediante licores; de lo aludido en el apartado anterior, el carácter ambivalente: del goce y lo doloroso, de la relación con la figura materna, huella de las vinculaciones venideras, puede asumirse como un dolor de sí y un dolor por el otro; la complacencia en el cuerpo de dicha figura, experienciada completa, bajo el poder fálico indefectible, marca ampliamente lo que viene a ser la sombra del amor, es la vertiente, dicho así, de ambas dimensiones del dolor, significado como *efracción* (Le Poulichet, S. 2012), la desligazón sucedida en los significantes, fundamentalmente desintrincación en referencia al significante fálico. En caso de la primera, el dolor se halla coligado a la falta de solidez del yo, al sometimiento yoico que acarrea un desamarre de las vinculaciones con el mundo, con los objetos y las investiduras que se pudieran atribuir a éstos, pero además, el anhelo intenso de vivenciar una satisfacción plena también introduce un dolor propio, y adviene por la falencia en la simbolización de la

ausencia del objeto primero del deseo (Le Poullichet, S. 2012), entonces allí donde el sujeto goza de la madre, sufre el propio cuerpo; de esta forma, la precipitación en ese vínculo de lo absoluto alienta la presencia del “amor” intensamente intrincado con la turbiedad del mismo.

Con relación a la segunda, que entraña el sufrimiento por el objeto-otro, aparece estrechamente de la mano con el anterior, pues en el pasaje que se supone estructurante en el orden del deseo, por el complejo edípico, y que viene gestándose en tiempo previo, lo que encierra el asunto de la prohibición marcaría una posible rehuída del corte con la figura materna, y en este soslayamiento aparece como carente la relación con los otros-objetos a los que pudiese acceder en el deseo y, por supuesto, en el amor; Le Poullichet al referirse a las toxicomanías, toma en consideración lo central de esta idea:

“Dicho de otro modo, cuando se revela el “agujero” o la falta constitutiva de la relación del sujeto con sus objetos, el dolor puede presentarse como una respuesta inmediata que engendra un “repliegue narcisista”. Esta respuesta se opone a la que organiza la represión a través del montaje del fantasma, que mantiene una relación erótica con los objetos” (Le Poullichet, S. 2012; p. 65).

Entrever las dos maneras percatadas en los párrafos precedentes, puede resultar en un abarrote de inquietudes por profundizar y diversas interpretaciones, sólo se aproxima esta reflexión a discernir lo que connota la falta de constitución del objeto amoroso, y ello en el sentido de la atribución de la alteridad, el otro como posible receptor del amor; si hay un rehúso narcisístico del proceso de castración, se halla la promisión de un goce sostenido por la consideración ilusoria de la satisfacción totalizada, que somete al yo y pone a vacilar, incluso desdibujar la alteridad. Y el amor, que insondablemente se erige sobre el narcisismo, vendrá entrañando heridas sobre sí intolerables, frustraciones que abren un camino que no tan remotamente ha transitado el sujeto, y despliegan un pasaje sobre la obscuridad del amor; transitar sobre la constitución del objeto amoroso, señala lo paradójico del mismo, tal como afirma Kristeva *“Si vive, nuestro psiquismo está enamorado. Si no está enamorado, está muerto”* (Kristeva, J., 1995; p.12)

9.2. *Una elección ilusoria*

*“Frente a los juegos fatuos del espejo
mi ser es pira y es ceniza,
respira y es ceniza,
y ardo y me quemo y resplandezco y miento
un yo que empuña, muerto,
una daga de humo que le finge
la evidencia de sangre de la herida,
y un yo, mi yo penúltimo,
que sólo pide olvido, sombra, nada,
final mentira que lo enciende y quema...
De una máscara a otra
hay siempre un yo penúltimo que pide.
Y me hundo en mí mismo y no me toco”
Espejo - Octavio Paz*

El repertorio teórico ligado a los fenómenos toxicomaniacos pareciera asemejarse a un buró, que al tiempo que pone a disposición un espacio para trabajar en él, él mismo se presta para cerrar a través de su sistema de persianas, y éstas, de una a la otra, conservan una brecha pequeñísima que evidencia un supuesto cierre; lo anterior remonta precisamente a aquello que discurre sobre las toxicomanías y que dejan la palabra por sentada como conclusión final y asertiva, pero, ahora bien, todo aquello tiene cierta validez que autoriza considerar que algo sucede entre la droga y el sujeto, hace falta entonces fijarse mejor en el buró y observar que hay saltos, igual que podría decirse sobre el fenómeno que aquí se trata, hay ranuras entreabiertas, inquietudes que despliegan la indagación acerca de la función del tóxico. De esta manera, es preciso desarrollar el siguiente cuestionamiento: si la droga es un objeto entrañado como si pudiese operar en la lógica de la relación objetal, ¿se articula como objeto de amor?

Resulta pertinente hablar de la singularidad de las toxicomanías, parafraseando a Le Poulichet (2012), hay una *operación farmakon* que se engendra de manera particular y que involucra al tóxico bajo la doble vertiente; el estatuto benéfico o malévolos que le intenta definir, ya muestra que no es la sustancia en su carácter químico lo que despliega dicha operación, sino la puesta en escena de una *metamorfosis* que se precipita psíquicamente. Se sabe que esta operación a la vez que involucra el organismo en todos sus niveles, envuelve así mismo al cuerpo, único posible por la entrada en el lenguaje, y

que en dicha vivencia pareciera sufrir una *reversibilidad*; existe entonces una cisura entre aquello que se ha ligado psíquicamente, es decir, de los significantes hasta el momento organizados; esta desligazón implica librar de “*toda diferencia*” marcada por el lenguaje, marca temporal que ha emergido en el acontecer de las presencias-ausencias. Apela entonces a lo que Freud (1895) alude en el apartado de la vivencia de satisfacción, como una realización alucinatoria del deseo, pues bajo el carácter primario, la quimera producida por el farmakon vendría desdibujando lo divisorio entre la instancia yoíca y el otro.

Lo anterior indica que lo que sucede bajo esa operación que cortocircuita el psiquismo, pone en juego las investiduras libidinales destinadas sobre el yo y el mundo, que por demás simulan una continuidad que es mantenida por el mismo carácter reversible ya mencionado. Precisamente cuando Freud, en 1914, remite a la manera en que se constituye el narcisismo, hace énfasis en cómo este último, al definirse como la investidura libidinal sobre sí mismo, indica de qué manera el cuerpo es apreciado como un objeto de amor, enlaza pues una continuidad en el propio yo en donde se unifican las pulsiones, que hasta el momento se hallaban bajo un carácter parcial y el predominio de las zonas erógenas; así, la sobrecarga de libido en el yo (que antes de libidinizarse era esencial a la autoconservación), es decir, el narcisismo, se constriñe a dotar libidinalmente a los objetos, pues según el funcionamiento psíquico, toda cuantía de energía que catectice la instancia de manera extremada, quebranta el equilibrio energético al que tiende la vida anímica (Freud, S. 1895); esta investidura del yo, mencionada como primera, refiere al narcisismo primario, y la que se alude en relación con los objetos, al narcisismo secundario.

Se entiende lo que se organiza para el sujeto en la posibilidad de atribuir libido a un objeto diferente del yo: “*Un fuerte egoísmo preserva de enfermar, pero al final uno tiene que empezar a amar para no caer enfermo, y por fuerza enfermará si a consecuencia de una frustración no puede amar*”(Freud, S. 1914; p. 18), y es anudando este involucramiento entre el yo y los objetos que se vislumbra la ecuanimidad por la que vela el psiquismo, catexias yoícas y objetales que se compensan en función de no enfermar. Sin embargo, al tomar en consideración estas alusiones, es pertinente esbozar que aquello que se remite como posible en el amor es apuntalado en la contemplación de sí mismo, como depositario de toda magnificación perpetuada por la libido, como sucede con el infante; aunque la última se apoya en la *libido yoíca* esta misma no deja

de existir, lo que si se produce es un efecto de balancín: cuando una se encuentra en mengua, la otra se halla enaltecida. Esta última condición, propuesta por el padre del psicoanálisis, permite pensar alrededor de la “*continuidad de sí consigo*” (Le Poulichet, 2012) que adviene tras la *operación farmakon*, aquella en la que hay una borradura de la diferencia entre el carácter pulsional que concierne a los objetos y al yo, si las investiduras en el narcisismo secundario iban sobre los objetos, la experiencia toxicomaniaca plantea nuevamente lo indiscernible de ambas.

Esa indistinción entre las pulsiones sexuales y yoicas, que Freud planteó en el momento esencial del narcisismo, que no es más que la libido puesta intensamente sobre la instancia yoica, advierte en las toxicomanías el arraigo al *narcisismo absoluto*, lo que sella temporariamente la relación con el mundo y admite un corte al deseo, un olvido inminente del otro, un detenimiento que no asiente un lugar externo a sí mismo. El sobreinvertimiento narcisista que descatectiza la relación con el objeto, en el intento de *ligar las excitaciones* (Le Poulichet, S., 2012; p.67) pierde al otro como garante del mundo externo, otro como objeto que introduce la diferenciación ganada en el narcisismo secundario y que ha permitido, a través de lo que Freud (1895) llamó asistencia ajena en las vivencias de satisfacción y dolor, las primeras representaciones que dan pie a una organización yoica más consolidada. Será, precisamente, este distanciamiento del narcisismo primario el que permitirá llevar a cabo el apuntalamiento libidinal que hasta ahora se ha referido: las elecciones objetales propias de esta etapa narcisística.

Sin embargo, al contemplar la alteración ya indicada, en que el sujeto se encuentra imposibilitado para enlazar las representaciones propias de la renuncia edípica, de la transformación narcisista, se hace complejo lograr determinar una auténtica posibilidad de elección, puesto que si el sujeto no ha accedido al plano objetal plenamente, queda en cuestión que ésta sea una opción posible, de manera que el sujeto se encuentra en la “libre decisión” de elegir entre una objetalidad imposible y la procura por conservar un modo de narcisismo ya conocido que le haga sentir pleno, el cual, por no encontrarse ya al alcance del sujeto, viene a ser inducido mediante una operación tóxica. He ahí lo ilusorio de la elección de la droga como objeto de amor, se elige cuando queda como única opción posible, por lo cual es imposición y no una genuina elección. Pero en este caso, ¿sería una elección posible para qué?, precisamente para

permitir ligar eso que estructuralmente no se logró en el paso por la castración, y que no se consigue de manera simbólica; Sinatra, lo menciona así:

“Allí donde hay un vacío (privación del goce) el individuo elige taponarlo con la droga, para así evitar dar las pruebas que de él se esperaban para acceder al encuentro con el Otro sexo” (Sinatra, E., 2011; p. 26)

La cuestión de la desligazón de la que atestigua tan particular operación toxicomaniaca, plantea que si aquello que intenta es preservar algo de sí a través del retraimiento narcisista, es en razón de un quebranto en la realidad organizada por la ligazón de las representaciones, ese desamarre avista intensamente un frente a frente del sujeto con el significante fálico y la castración, de esta forma, el tóxico se presenta como intentando reanudar el resguardo del psiquismo, en el que discurren acaecimientos experimentados como dañinos.

Le Poulichet esboza en las toxicomanías *“una falta de elaboración del cuerpo”* (Le Poulichet, S., 2012; p. 67), involucra entonces una dislocación en la imagen de sí, suponiendo una fragilidad en la que la exterioridad abraza un carácter angustioso, una cierta vulnerabilidad del narcisismo, que aunque perturbado plantea el interrogante sobre lo simbólico, de la relación indeterminada con el lenguaje; ahora bien, esbozar lo anterior vuelve la mirada sobre el carácter ilusorio de la elección (apoyada narcisísticamente), puesto que esa característica introduce un engaño, un señuelo en el que asiste un forzamiento de sí frente a la realidad que le presenta el mundo exterior, un movimiento psíquico precipitado que pareciera amortiguar la carencia de la función simbólica, del deseo, simulando álgidamente el alcance de la felicidad. En las transformaciones pulsionales que se dan en rededor de la humanización, de la cultura, Freud (1930) ya tomaría en consideración este escenario en el que se erige una relación co-extensiva entre la satisfacción y un objeto tomado en función de apoyo en aras de la misma:

“Quien en una época posterior de su vida vea fracasados sus empeños por obtener la dicha, hallará consuelo en la ganancia de placer de la intoxicación crónica...” (Freud, S., 1930; p. 28)

El énfasis puesto sobre el narcisismo y el amor, a través de los apartados previos, obliga a pensar que si la droga es un objeto de amor, necesariamente habría que detenerse en la reflexión que implica el reconocimiento de la alteridad (como se expone en el primer apartado de este capítulo) pues si bien se manifiesta un “*abandono del yo a un objeto único*”, como lo sustenta la “*pasión amorosa*” en la *formación de masa* (Le Poulichet, S. 2012; p. 108), este mismo abandono denuncia que no hay un acto de lenguaje en la sustancia, no hay una devuelta sobre la dimensión del deseo, y así, no sostiene el reconocimiento del otro en el amor, la droga no es otro como persona total. Ese mismo enlace narcisismo-amor, entonces, podría prestarse para considerar si hay dimensión amorosa en la relación del toxicómano con su tóxico.

9.3. *Un salvamento mortal*

*“Ya no baila la luz en mi sonrisa
ni las estaciones queman palomas en mis ideas
Mis manos se han desnudado
y se han ido donde la muerte
enseña a vivir a los muertos...”*

*Pero mis brazos insisten en abrazar al mundo
porque aún no les enseñaron
que ya es demasiado tarde”*

El Despertar – Alejandra Pizarnik

El dolor de sí y el dolor por el otro, mencionados en los apartados anteriores, adviene tras la constitución de una incierta experiencia amorosa, la imprecisión frente a la triangulación edípica, como ya se planteó, pone en cuestión el reconocimiento de la falta y, ligado a ello, la connotación de la sexualidad misma, una sexualidad que, animada por las implicaciones culturales y avasallada por la legalidad a la que se encuentra adherida, da tránsito a la experiencia vital. Esta última comprende necesariamente la vinculación de un sujeto con los otros, es decir, una diferenciación del yo y los objetos que le permita a la vez investirlos; la atribución libidinal puesta sobre éstos se enlaza profundamente con el involucramiento en el orden del deseo, y del amor como expresión metaforizada. Sin embargo, los avatares de la vida psíquica en los que parece reinar una lógica de lo antitético, de lo opuesto que sostiene una equilibración, no siempre habrán de conseguir una óptima conducción, como se vislumbra entre el sujeto y el objeto amoroso:

*“...El objeto total [...con el que el yo total se relaciona en el amor...],
lejos de aparecer como un perfeccionamiento final, nunca carece de
implicaciones narcisistas; en el origen de su constitución interviene
más una especie de precipitación, en una forma modelada sobre el yo,
de los distintos objetos parciales, que una feliz síntesis de éstos”*
(Laplanche, J. & Pontalis, J. 2004; p. 261)

Los alcances en las transformaciones pulsionales, advertirán para el sujeto la organización de múltiples formas de advenir y de empujarse hacia lo vital, en las que se encontrará entre esa parcialidad y esa totalidad en los objetos, y en las formas de relacionarse con ellos, marcando una manera de organizarse y de hacerle frente a la realidad, en la que, como sustenta Freud (1930), procurará el alcance de la dicha. En las toxicomanías se habla de una realidad que se le presenta dañina, y lo es, en tanto ella misma se encuentra atravesada por el lenguaje, y a través de ese orden simbólico y de su efecto en el psiquismo, se la debe significar, lo cual en las toxicomanías aparece puesto en cuestión; de las atribuciones al *farmakon*, se expone la autorización al encuentro de un placer máximo del cual el sujeto no desea sustraerse, y esto podría conducir a pensar que allí hay un anhelo de felicidad realizado, alcanzable de otra forma en el amor (*aspiración sexual como un todo*, de la que habla Freud en 1915; p. 24), sin embargo atestigua nuevamente lo ilusorio.

Ante dicha apreciación, es pertinente concebir que el retraimiento narcisista drástico en las toxicomanías, aun cuando genera un desinvestmento de los objetos, no procuraría una genuina expresión del amor a sí mismo, admitiríamos no sólo el desconocimiento del otro en tanto alter, sino una precaria posibilidad de unificar su cuerpo, y esto pone en aprietos las mociones pulsionales y la cuestión libidinal que organiza el propio narcisismo en el cuerpo, en otras palabras, la carencia que se halla al intentar tomarse a sí mismo como objeto de amor, implicaría lo que Le Poulichet (2012) llama *alienación especular*; por acción de ésta, la carne se reviste de cuerpo; toda la escena en la operación toxicomaniaca ¿acaso no entraña a la vez una añoranza de ser, y no resulta el ser, una posibilidad naciente del amor?, habría que alentar una aproximación más exhaustiva.

Desde allí, nace entonces la posibilidad de considerar que si la droga, lejos de ser un objeto de amor involucrado en una relación objetal, por la misma implicación del objeto amoroso, “*El toxico no tiene nada para significar y que pertenece al campo de lo real. Es una figura de lo incógnito*” (Le Poulichet, S. 2012; p. 100), involucra un funcionamiento extensivo que apela a tomar al yo, la imagen de sí poco sólida, de manera arcaica, para intentar aunar retazos de un cuerpo que, hecho carne, ha cedido falsamente el lenguaje y anulado a los otros, estaríamos bajo el hecho de que las toxicomanías engendran un salvamento, que hace una suerte de empuje para viabilizar un psiquismo que se haya bordeando un sinsentido absoluto, pero que a la vez avista un

crepuscular camino de la muerte, en el intento del salvar algo de su cuerpo impulsa al organismo a quebrantar su propia lógica vital. Hay un salvamento gozoso, por tanto actúa poniendo en jaque, y en ello Le Poulichet es precisa: “*El goce sería lo que se produce en ese encuentro con algo real en el seno de una dimensión alucinatoria: lo que no es simbolizado*” (Le Poulichet, S. 2012; p. 115).

Entendiendo lo anterior, no se desconoce lo mortuorio de la pulsión, pues envuelve un goce que no admite intervenciones, es entrañable en su esencia una desbocadura que reitera, como bien lo hace la toxicidad de la *operación farmakon*, la construcción de una ilusión profunda de satisfacción ininterrumpida y completa, que bajo la tendencia al vaciamiento de toda tensión, impone una derogación, una ruptura del sujeto en sí y del objeto, se descubren los significantes rotos. Se vislumbra en la operación farmakon, tras el establecimiento de una *formación narcisista*, una suspensión del mundo inaguantable por la gran cuantía de tensión, dicha abolición, asemejada a la forma en que emerge el odio, en la que lo desagradable del mundo perturba a la instancia yoíca.

Si en las toxicomanías el sujeto se toma a sí mismo como objeto de amor, bajo el carácter narcisístico, como la formación de la que da cuenta Le Poulichet (2012), lo hace bajo la forma ilusoria que le propicia el mismo montaje de la operación farmakon; de otra forma no es posible concebir “el objeto droga” en la lógica de la relación objetal, no se ama la droga, se abre una experiencia pasional donde lo que importa es la aspiración a un todo, que le devuelva el engaño amoroso que connota una no caída, sobre lo que aquí se le llamó lo sombrío de dicho afecto, la obscuridad amorosa, que no es otra que un acceso pasional en el que la imagen de sí se confunde con la del otro, lo ajeno y lo propio, la figuración materna y el yo, quien fue un primordial referente identificadorio, y que si se piensa la investidura de la droga como única posible, recuerda en ese acceso la posibilidad de amar-se y “amar” lo extraño, atenuando de esta forma el dolor de sí (imposible plenitud) y dolor de la vinculación con el otro (no reconocerle-no amarle).

10. CONCLUSIONES

La realización de los tres capítulos que componen esta investigación, ha arrojado diferentes cuestiones que se hacen necesarias precisar a modo de cierre; se han podido hilar ideas y constituir puntos comunes, que a su vez vienen a discutir algunos hallazgos de otras investigaciones y que albergan los propios. De esta manera, en este apartado se da cuenta de aquellos elementos en torno a la reflexión del estatuto objetual de la droga en sus diferentes acepciones teóricas.

En una dimensión consciente, el toxicómano genera una dinámica particular con su tóxico, que pudiera ser engañosa por el montaje relacional que supone. Como se ha visto, la droga, lejos de ser ese objeto transicional, o totalizador, que facilitaba el distanciamiento en la realidad de los vínculos filiales, permitiendo crear una suerte de fantasía de repetición del vínculo materno, como les permite concluir un abordaje clínico a Rodríguez; *et al* (2010), carece de esa cualidad objetual, y a pesar de que el sujeto logra aparentar un deseo por su supuesto objeto, como si le invistiera casi de manera amorosa, lo que se está atestiguando de hecho es un enmascaramiento del modo en que el sujeto hace uso de la droga como depositaria de su sufrimiento, haciendo de ésta la razón y la solución de su dolor; ante la pregunta por su ser y su deseo, el sujeto puede asir en la droga el objeto que le brinde el saber y la razón a su respuesta “soy toxicómano” y “requiero la droga”.

La droga viene a ser el representante en la realidad de una operación que cancela la falta, mediante el cual se lograrán tramitar los dolores psíquicos; así, considerada como objeto, su pérdida se sufrirá como propia. De igual manera, la droga se inviste como objeto de goce, atribuyendo ilusoriamente a su incorporación un efecto de ausencia de tensiones que se vive satisfactorio, y que deriva de la cancelación tóxica de los estados desiderativos. A diferencia de lo mencionado por Blanco, *et al* (2010), no es el imperativo gozoso de este “objeto de deseo” el que se representa en la imposibilidad de esperar o ritualizar, estas imposibilidades vienen a dar cuenta de una condición que da lugar a la resolución toxica, esta es, la ruptura con lo simbólico, la cual no viene a ser un efecto del goce obtenido en la intoxicación, sino que viene a ser un motivo de la declinación del circuito pulsional, que llevará a esta nueva economía que busca cancelación y deriva en el goce.

Por tal razón, la droga no es un objeto del deseo en tanto se ha podido considerar que, en el acto toxicomaniaco, el psiquismo se inaugura en una nueva manera de homeostasis; esta nueva regulación, le implica al sujeto una ruptura con la sexualidad, le implica abandonar la economía signada por la entrada al deseo (gracias a la cual se erige la de los procesos oníricos) y adoptar una economía tóxica, representada en la *operación farmakon*, nuevo circuito que se encargara en adelante de tramitar la excitaciones del sistema, ya no bajo el principio del placer (característico del deseo) sino en la procura de la inercia.

En términos de lo inconsciente, la droga se apresta a una ilusión diferente, en la que varios autores han caído. Por su ambigüedad funcional, la droga pareciese poder sustituir el lugar que otros objetos entrañan en el psiquismo, así puede brindar la ilusión de objeto de amor, parcial, transicional o del deseo. Cuando Ortegón (2010) planteó una lectura de la droga como un objeto que permite reconstituir un vínculo primario, semejante al del sujeto con el objeto materno, uno que a su vez impide la posibilidad de perderse en un goce mortífero entregado a éste, se vinculaba a dichas concepciones de sustitución objetual de la droga, sosteniendo la ilusión de un circuito pulsional que apuntala a este objeto de carácter transicional. Sin embargo, lo ilusorio de esta sustitución radica en el hecho de que la droga no adviene como un objeto, ésta llega a ser instrumentalizada por el sujeto quien procura establecer un montaje pseudo pulsional, en pro de instaurar una economía basada en una operación *farmakon*, de la cual la droga es el instrumento, correlato de una prótesis tóxica, que en la realidad representa la posibilidad al sujeto de llevarla a cabo.

En esta medida, al considerar la lógica con la que opera el tóxico en las toxicomanías, a la luz de la teorización freudiana en torno al objeto pulsional, se encuentra que la droga no se presenta como sustituto de algún objeto para el sujeto, sea un objeto primario o uno transicional. En este sentido, la droga no viene a satisfacer los estados desiderativos que emanan de los agujeros pulsionales de una manera totalizante. En su lugar, la droga opera como un elemento que se le aparece al sujeto como instrumento para engendrar una particular operación, en palabras de Le Poulichet, *operación del farmakon*; la droga no es un objeto en lo cual o mediante lo cual la pulsión halla su satisfacción.

En el uso del recurso tóxico, se instaura un circuito pseudo pulsional en el que el tóxico se establece como origen, fuente, vector y fin; se sustituyen los senderos

pulsionales por la ruta que traza el tóxico. La droga en sí misma no le aporta nada al sujeto en lo objetual (en el sentido de la reciprocidad), resulta un instrumento, que opera a manera de una suerte de defensa mientras ocurre una sustancialización de lo psíquico y una instrumentalización de los objetos. Tal dispositivo no apacigua ni el deseo, ni la pulsión, ni la necesidad; adormece un *estado de urgencia* ante una efracción dolorosa. ¡El tóxico cancela, no satisface nada! El sujeto se somete a un estatuto distinto que compromete la Ley de deseo y el régimen de la pulsión, donde lo que se goza no es de la droga, sino del montaje.

De toda esta particularidad de la dinámica que se manifiesta entre el sujeto y la droga puede afirmarse que esta última no logra constituirse como el sustituto de un objeto de amor, ni entraña una auténtica relación objetual. No hay un objeto-droga en el sentido de la experiencia amorosa, puesto que las mociones libidinales sobre sí mismo han sufrido una forma de dislocación, comprometiendo de manera compleja la posibilidad de un investimento de los objetos; de otra manera, dado que el advenimiento del sujeto se halla de manera incierta, por las implicaciones de los avatares vivenciados tras la primacía fálica, el complejo edípico y lo que de ello corresponde a la elaboración de la falta y la metaforización en el sentimiento amoroso, se presencia el quebrantamiento del objeto que le da sustento.

Sin embargo, lo que parece manifestarse en la elección de la droga, es un forzamiento narcisístico (que se remonta a cuando el sujeto que ha renunciado a tanto de sí, en pro del advenimiento de un mundo simbólico bajo la elaboración de la pérdida del objeto, se encuentra con una desligazón que le impide su entrada a éste, queda en un estado de desvalimiento, que le lleva a optar por un recurso tóxico que fuerza hacia una devuelta narcisista), tras el cual, el sujeto hace un intento de engaño amoroso: impregnado de la profundidad de su pasión, sostenida por la continuidad de sí consigo, reviste alucinatoriamente un amar-se en la unicidad atribuida a la droga, que ciñe al olvido el dolor de sí y el dolor por el otro, y se salva transitoriamente, hasta que fracasa la cancelación, la escena se cae en el cese del efecto tóxico: y es mortal descubrir la disgregación de algo al fin propio, y algo al fin ajeno, el soslayamiento del amor y el deseo, que se avista imposible alcanzar por el decaimiento de la función simbólica.

11. DISCUSIÓN

Del “objeto-droga” a la droga pensada como Objeto.

La referencia a un *objeto-droga* que se encuentra presente en los diferentes tratamientos y modelos de intervención para las adicciones, así como las constantes alusiones en teoría a la droga en tanto sustitutivo de algún objeto, sin una consideración rigurosa de la complejidad del concepto de objeto y lo que éste, entendido desde el psicoanálisis, implica en las dinámicas de la objetividad de un sujeto, fueron un punto de partida de la monografía en el que se procura una reflexión en torno a lo que tal apelativo implica. Tras las revisiones teóricas realizadas, las comprensiones en ellas logradas y la discusión de los autores de este trabajo, se propone una referencia más apropiada, correspondiente a las consideraciones que desde la teoría se lograron tejer en torno a lo que se ha denominado ligeramente *objeto-droga*; y se asume entonces una noción de la droga *como objeto*.

El *objeto-droga* como se desistió en llamarlo, remite a las ideas harto discutidas de una terapéutica, que toma su punto de arranque en la separación física entre el sujeto y su tóxico, es decir en la consideración de la droga como lo tóxico, como la sustancia en la que radica el poder de afectar a un sujeto que no se posiciona agente; consideración que entraña un pensamiento hipotético del fenómeno de La Toxicomanía, en el cual subsiste la noción de un objeto que en su ser encierra algo malévolos, oscuro y viral, que enferma al sujeto, quien se encuentra desvalido ante la poderosa acción de tal o cual droga. De este modo, la idea de un *objeto-droga* envuelve el discurso en la lógica del carácter tóxico intrínseco a la sustancia, entregándole en este sentido la razón del fenómeno toxicomaniaco a la droga por la cual o por las cuales se opta.

¡Una des-subjetivación de las toxicomanías! es esto lo que entraña pensar la droga en sí misma como el actuar del poderoso tóxico, que furioso constriñe las voluntades del sujeto y le envía a postrarse enfermo mientras tenga que acudir a él. Sí hay en la operación del *farmakon* una borradura del sujeto, con mayores veras, se presta este pensar sobre la toxicomanía a una omisión del sujeto. No obstante, ese borramiento del sujeto tras su acto toxicomaniaco es algo que por operar en él, no debe ser tomado

como un hecho irremediable por quienes se deben a una disciplina de la subjetividad; si bien el sujeto toxicómano se adentra en una experiencia de borramiento, tanto el clínico como el teórico comprenderá, tras ese acto, un acontecer subjetivo que se expresa, aunque carente de posibilidades más simbólicas.

Tal vez, desde una mirada superficial, parezca banal y caprichoso discutir alguna implicación en el orden o en la inversión de dos términos que al parecer con moverlos no se alterará el producto, pero ningún lector de psicoanálisis desconocerá que las palabras pueden tomar formas y sufrir transformaciones tal y como las permiten; de manera que usar una u otra forma para referir la droga, tendrá un sentido y una implicación. El posicionamiento que se apela al proponer una referencia a la droga *como objeto*, invita a dar lugar a la dimensión subjetiva que, aunque comprometida, subsiste. La droga aparece *como objeto* en la medida en que un sujeto así la inviste, y en que de alguna manera le otorga un lugar en su economía psíquica.

Considérese cómo no se le ha llamado a otros objetos, por ejemplo, objeto cena, objeto libro u objeto amor; éstos se hacen objetos para un sujeto cuando éste los inviste de alguna manera, no bajo ninguna otra circunstancia, no es la pareja un objeto predestinado a ser su amado, se hace tal en la medida que un amante lo inviste de este modo. ¿Por qué a éste si puede llamársele objeto-droga, acaso posee alguna particularidad intrínseca?, y ¿cuál es el giro que lleva a pensar la droga distinta del tóxico? ¿qué es eso que permite lugar a lo particular, a pensar sobre las toxicomanías?

Distante está de la concepción de objeto-droga pensar la droga como objeto, cuando se invierte esta polaridad, que previamente signaba el carácter implícito del objeto, se está devolviendo al mismo sobre el cuestionamiento de qué es lo que le hace objeto, o más precisamente ¿de quién viene a ser objeto?

La reflexión que se logra hilar permite argumentar que no es la droga un objeto, por su toxicidad intrínseca, ni siquiera llega a ser tóxica en sí misma, prueba de esto son los consumos sociales y recreativos que evidencian una función de embriaguez temporal, y no una intoxicación en el sentido de la operación *farmakon*. Realmente, lo tóxico de la sustancia está en esa operación que el sujeto requiere realizar por medio de ella, aquella en la que busca encontrar un remedio que lo cura, pero en la cual, a la vez, encuentra, como precio de éste, un veneno que mata. En este sentido, es la energía

libidinal, con la cual el sujeto inviste la droga como tóxico, la que permite una consideración de la droga como objeto para el toxicómano; sin embargo se comprende que la droga en tanto no opera bajo la lógica del deseo, ni en el circuito pulsional, ni se presta para una relación de amor; no sustituye ningún objeto, y funciona más bien como *instrumento* para un montaje económico, una *prótesis* para una formación narcisista (Le Poulichet, 2012).

El recurso farmakon y el valor de lo tóxico para el sujeto

El recorrido teórico enfatizado a través de los tres capítulos pone de relieve importantes reflexiones acerca de la escena toxicomaniaca en la que se involucra un sujeto y la droga; detenerse en las puntualizaciones sobre las diferentes formas en las que puede retomarse el objeto en psicoanálisis, supuso una serie de elementos primordiales que aseguran dos puntos de encuentro esenciales: el primero, la trasmutación de las pulsiones sexuales y de autoconservación se hallan comprometidas en su integración y ordenamiento, dado el cortocircuito pulsional que el psiquismo sufre al recurrir a la operación farmakon, dicha desequilibración adviene tras la incierta función simbólica, la ruptura de los significantes; bajo aquella connotación se podría asumir que la desligazón precipitada obedecería a un carácter mortuorio de la pulsión, y el valor que encierra este proceso de toxicidad, obedecería a la lógica de un *todo*, en la que se despliega la posibilidad de revivenciar un goce desmedido, en el cual se diluye alguna suerte de conservación en la organización psíquica y hay una procura por atender solamente la satisfacción total y plena, aposentada sobre el cuerpo-organismo, que nada del mundo exterior puede perturbar.

Hay una entrega pasional, y a su manera en las tres formas del objeto, esto puede comprenderse concibiendo, en el abordaje: del primer capítulo, que si las toxicomanías presentan dicha tendencia al goce, es precisamente en el sentido de que hay un efecto adherido a un estado de inercia, un vaciamiento de cualquier tensión posible de constituirse, y de eso goza el sujeto. En el segundo capítulo, se forja la idea de un *todo*-velo sostenido por la operación farmakon, que al realizar una obturación de las vías pulsionales, emprende un montaje sobre éstas y es desde ese disfraz de pulsión que procura la experiencia del sin-límite en el cuerpo, en que el sujeto se halla en la vivencia

de un goce. Y en el tercer capítulo, se admite que ese carácter gozoso al que se alude en las toxicomanías, tiene que ver con un desdén narcisista que, bajo el absolutismo, impone la abolición del sujeto y el objeto, y en esa medida, soporta ilusoriamente la plenitud de una satisfacción sin quebranto.

Ante dichas aserciones podría llegar a equipararse una perspectiva de las toxicomanías con la característica morbosa de un sujeto adicto, cínico y satisfecho en el sentido más laxo, convocando, como hace un gran número de terapéuticas, a la consideración moralista de lo perjudicial y de un juzgamiento excluyente. ¿Por qué, si alrededor de las toxicomanías se atestigua un goce sin límites, no adherirse a ese miramiento?, se considera que es el recurso de los sujetos que acuden al tóxico, el *farmakon* propiamente, contemplado por su operación dada en, y por, el sujeto, lo que permite concebir en las toxicomanías algo más que un flagelo o un acto cínico; los tres capítulos vislumbran un valor de lo tóxico para el sujeto, apartar eso que a primera vista resultaría dado por un carácter invasivo de un objeto-droga, posibilitó discernir, en cualquiera de las formas del objeto abordadas, una implicación harto compleja: primero, de la economía psíquica y un fracaso de otras posibilidades de defensa u organización que se sostendrían por el principio del placer; segundo, del trámite pulsional, pues se acentúa una obturación del ir y venir de las pulsiones en su vinculación profunda con el cuerpo. Tercero, del investimento libidinal sobre los objetos, que se ve implicado por la falencia en la consolidación de la propia imagen.

Así, resulta primordial cuestionar el hecho de que como acto manifiesto, el consumo que hace el sujeto de la droga, cualquiera que sea, pareciera derivar de una elección propiamente dicha, una que se elige tras varias opciones de mecanismos defensivos, objetos fantaseados, imaginarios, reales, etc., propia de los investimentos y de la organización yoíca frente a la realidad; pero no hay que olvidar, que ya hay en el sujeto algún tipo de imposibilidad en torno a la función simbólica y al deseo mismo, además de una relación compleja con la realidad y lo que ella le supone, en esta medida, no está de más señalar lo que a través de los capítulos se esboza de múltiples maneras: hay un forzamiento de sí mismo, para precipitar una salida al dolor, al dolor de la relación entre su psiquismo y lo que introduce el mundo exterior, los deseos de aquellos pertenecientes a éste y el suyo propio. De esto se deriva la importancia de reconocer, más allá del goce en el sentido del placer extremo, el goce bajo una connotación que implica a su vez una experiencia dolorosa e inasumible, una salida temporal e incierta

que anestesia, y que se produce en la forma en que se funden sujeto y droga... Mientras falla el tóxico, en este intento de autoconservación el *individuo* se sostiene, acaso anhelando desesperadamente *ser y tener*, esperando sin esperar, que en un corte de tal presencia-droga totalizadora emerja cualquier grito consternado al otro, para que, como dice Freud (1895) venga en su auxilio un *asistente ajeno* que como en esa primera vez, le intente devolver algo de sí mismo y algo de los otros, promisión nuevamente del lazo fundamental: "*El amor es demanda de ser, busca su complemento en la falta del otro con la esperanza de hacer Uno*" (Soler, C., 2011; citado por Causa Freudiana).

Importancia de una reflexión teórica para la clínica

Es una posición completamente distante al psicoanálisis, y a la psicología de orientación analítica, la de pretender una clínica desligada de una reflexión teórica, más aun, un tratamiento sustentado en el hecho de "haber vivido y superado la enfermedad", como se manejan algunos de los modelos más comunes de tratamientos para adicciones. Por supuesto, se debe partir de supuestos que permitan un direccionamiento de la comprensión, y del tratamiento, pero éstos no corresponden a las intuiciones que dictaminan únicamente alguna experiencia del terapeuta: un tratamiento, de cualquier índole, necesita partir de una base comprensiva y constantemente estarse rebatiendo, debatiendo, consolidando y reconstruyendo, pues sólo esta movilidad, separada de pretensiones generales podrá disponerse a comprender al sujeto en su subjetividad más allá de su padecimiento.

Al devolverse sobre los orígenes mismos del psicoanálisis, se encuentra cómo Freud logra desarrollar una teoría analítica, partiendo del registro y los análisis de sus trabajos clínicos sobre la histeria, basándose así en demostraciones argumentativas fundamentadas en hechos clínicos configura un corpus teórico que revoluciona la comprensión sobre los fenómenos psíquicos. Aquí, una de las grandes enseñanzas freudianas, en esta ocasión indica que la investigación analítica no funciona en los términos de la investigación científica tradicional; en el psicoanálisis se necesita una disciplina y un compromiso diferentes, la investigación y el desarrollo analítico se fundamentan en un co-ejercicio: del tratamiento clínico, el debate analítico y la comprensión teórica.

En el fenómeno de las adicciones, por momentos pareciera que este triple ejercicio terminara evidenciando mayor inclinación hacia uno de sus elementos, que muy pocas veces corresponde al teórico, ese desarrollo paralelo parece truncado para este fenómeno, y esto parece reflejarse en las incomprensiones y los desencuentros de los diversos autores. Con esta investigación, que nace como inquietud clínica y termina, en últimas, caminado por los linderos de la comprensión teórica de un fenómeno, se busca llamar la atención sobre la circularidad constructiva que implica la comprensión de las toxicomanías; el ejercicio aquí realizado es una invitación a una discusión recíproca entre la teoría que se ha asumido para acompañar una terapéutica y los encuentros y desencuentros que la clínica permite elaborar.

De este modo, el resultado de este escrito arroja ciertas comprensiones teóricas, que podrían determinar algunas posiciones frente a la clínica; por un lado, se logra replantear la determinación de la droga como objeto-agente que enferma y se replantea como un instrumento que el sujeto elige para engendrar por medio de éste una nueva operación económica, lo cual implica que el toxicómano, lejos de ser un sujeto enfermo por un virus que lo aflige, es un sujeto que ha encontrado una manera diferente de funcionamiento, y de esta forma, la adicción no sería la infección producida por el “virus droga”, sino una operación farmakon que denuncia una falla en las instancias psíquicas, que deberían poder dar cuenta por su propia homeostasis.

Los hallazgos, reflexiones, cuestionamientos o propuestas aquí planteadas, adquirirán su valor real en la medida que devuelvan sobre un pensamiento clínico y una comprensión de lo que cada sujeto pueda hablar en la relación transferencial, que propone el dispositivo analítico, yendo aún más allá del modo en que mediante la toxicomanía logra enmascarar su padecer; en ese encuentro como enseñó Freud se podrá configurar una comprensión analítica.

12. REFLEXIONES PARA UNA CLÍNICA DE LOS SUJETOS QUE APELAN AL RECURSO DEL TÓXICO

*“...silencio
yo me uno al silencio
yo me he unido al silencio
y me dejo hacer
me dejo beber
me dejo decir”*
Alejandra Pizarnik.

De una preocupación por la clínica orientada a la intervención con sujetos adictos, que condujo a preguntarse por las bases teóricas de la misma y que dirigían los cuestionamientos a la relación del sujeto con la droga, no sólo en vista del evidente deterioro de las esferas de la vida del sujeto que comprometían en el toxicómano sus posibilidades de estar en relación con los otros y consigo de una manera menos mortífera; surge un interrogante por la significación que el acto toxicomaniaco le implica al sujeto en las dimensiones de su vida y su subjetividad, yendo más allá de la percatación del daño auto-infligido. La discusión teórica a la que conllevó este cuestionamiento debe remitir por lo tanto a una reflexión de la clínica no desligada de la teoría, en la que se aborden esos asuntos del tratamiento que fueron un primer impulso para esta reflexión.

Un asunto que, pese a todas las posturas y planteamientos teóricos propios de las toxicomanías, no aparece definido, cualificado o explicitado es el de la droga; asunto que, por otra parte, aparece tomado muy a la ligera en las modalidades de intervención y en las propuestas terapéuticas para los toxicómanos, reduciendo un proceso clínico, que entraña una transformación subjetiva, a una suerte de proceso muy al estilo de la ciencia médica, donde un virus es retirado de un organismo y cuya erradicación total supondrá el éxito ideal de las terapéuticas, de manera que, en su “actuación médica”, los profesionales que conducen el tratamiento “psicológico” promulgan una complicada victoria, como si se enfrentaran a un virus novedoso, a una enfermedad que desafía las leyes lógicas con las que pretenden operar, y para “disminuir riesgos” y disimular su impotencia clínica (por confundir los procedimientos médicos con procesos clínicos desde

una preocupación por la subjetividad), advierten al sujeto la peligrosidad y complejidad de su padecimiento por su difícil dominio, mostrándole que, así como él, ellos (los profesionales) han caído en la cuenta de la ilusoria promesa de control.

Así como el sujeto se ha visto “in-capaz” de dejar la droga, el profesional no puede esconder su imposibilidad para extraerla. Se advierte que la droga cala muy adentro, no es la papeleta en el bolsillo, ni el polvo en una mesa, ni un líquido en la jeringa, no es eso o no sólo eso, la droga entraña un más allá de la sustancia química. Las adicciones son un más allá de un “*flash*” o un “*down*” que se disfruta al experimentar en la superficialidad de la alteración de los sentidos... implican algo sentido, algún sentido.

Esta revisión monográfica permitió una apertura de amplias posibilidades para considerar en torno a las toxicomanías, que no se agotan en la investigación. Para esta reflexión se retomarán tres puntos esenciales que se consideran afectados por la revisión y la reflexión teórica lograda, y que podrían afectar considerablemente la manera en que se piensan, se plantean y se desarrollan los procesos de intervención con los sujetos que se adentran en la experiencia tóxica.

En primer lugar, la concepción de *objeto-droga*, que se transforma en pro de una comprensión de la droga como objeto para un sujeto, evoca las diferentes propuestas en las que la droga aparecía como sustitutivo de algún otro objeto (primario, transicional, amoroso, etc.) y que, en tal medida, algunas modalidades de intervención optaban por retirarle de manera abrupta el supuesto objeto, como esperando que causalmente su retiro lleve al sujeto a retornar a la búsqueda del objeto re-emplazado o de uno distinto (aceptable socialmente), sin considerar en sus concepciones siquiera el valor de aquello que sustituye; mucho menos se consideraba el lugar funcional de la droga en los procesos psíquicos. En este sentido, cabe preguntarse ¿qué pierde el sujeto cuando se le retira la droga, cuando debe renunciar a ésta para ser atendido?

En esta misma apreciación, la revisión teórica muestra que la droga no aparece como sustituto de ningún objeto, sino como un instrumento al que el sujeto acude en pro de generar una solución a su sufrimiento, una *operación del farmakon*, en la que la droga, investida como un agente tóxico, le resulta al sujeto una *prótesis narcisística* para proteger cierta manera de funcionamiento homeostático. Así, en la clínica ha de considerarse que lo que se retira ocupa un lugar en la economía psíquica del sujeto, que

en tal medida puede suponer una situación vulnerable al funcionamiento psíquico, que el clínico debe considerar. No se puede pensar en una extracción irreflexiva de ningún objeto pues en estos reposa un investimento libidinal del sujeto, que en algo contribuye a su subjetividad. Artículos incluso carentes de “propiedades tóxicas”, como un accesorio por ejemplo, cobra para el sujeto gran importancia y un valor en su constitución identitaria.

Hasta el momento, la reflexión implica varias cuestiones, pues al ser la droga un instrumento que usa el sujeto para generar un montaje económico, en el cual la tramitación de su sufrimiento se le aparece menos dolorosa, se entiende que la droga tiene un valor para el sujeto y que ésta la toma con un propósito que trasciende un afán errático de divertirse de un modo poco aceptable socialmente o del hacerse daño. Y, además, se entiende que si aparece como una suerte de herramienta para una operación que cancela el dolor, es dicho dolor lo que constituye el sufrimiento del sujeto, por tanto el posible lugar de la intervención, en ausencia del modo de solución que el sujeto inventa mediante el recurso tóxico, es precisamente favorecer nuevas posibilidades.

En segundo lugar, se afecta la noción de *toxicómano*, esta denunciaba en algunos tratamientos y teorías una consideración del mismo como un organismo enfermo, atacado por la sustancia maléfica que lo inducía a un daño continuo de su condición de vida. Ahora se comprende cómo, en una *operación farmakon*, se presenta una contracara al actuar mortífero que daña el cuerpo y borra elementos de la subjetividad; se contrapone un modo de conservación de dicho cuerpo como organismo, y del narcisismo primario que salvaguarda al sujeto de una herida narcisística que vive mutilante. En este sentido, el sujeto se presenta eligiendo algo para sí que, paradójicamente, lo abole. No obstante, esta economía montada le puede fallar merced a los apuntalamientos vitales del sujeto que, a pesar de todo pugna por permanecer y no borrarse totalmente. En ambos escenarios, cuando el montaje económico le falla o cuando es retirado abruptamente, es preciso posibilitar una economía de la pulsión, marcada en el orden del Lenguaje, dando lugar a esos decires subjetivos que se habían trasmutado en puro acto.

No obstante, entendiendo que lo tóxico no es la droga, su retiro no garantiza el desmontaje de la economía instaurada y una restauración del orden pulsional. Lo tóxico aparecerá en el discurso del sujeto y es esto a lo que el clínico debe estar atento y abrirle

un lugar a la significación. Actuaciones y decires del sujeto darán cuenta de esa toxicidad implícita en su montaje económico, que la palabra debe invitar a reinventar en la relación ligada con el otro. “[...Hay que...] *renunciar al estereotipo de “la droga”, para pensar los lugares singulares de irrupción del tóxico en la palabra*” invita Le Poulichet (2010; p. 149).

En tercer lugar, la concepción de *toxicomanías* se transforma, de una idea de enfermedad, producto de un virus encarnado en una sustancia química, en una actuación del sujeto ligada a un modo de funcionamiento económico. En esta medida, la clínica debe interrogarse y replantearse.

¿Clínica de las toxicomanías? clínica para los sujetos que acuden al recurso del tóxico... este es el pasaje que se propone. Las consideraciones expuestas denuncian que el objetivo que generalmente aparece en los tratamientos para las adicciones, ya no puede ser erradicar la droga, extirpar de un organismo un virus; las comprensiones logradas invitan a favorecer una demanda del sujeto, por ligar la solución tóxica que ha elegido a los agujeros, las borraduras y las faltas que intenta obturar, procurar tejer sentidos de eso sentido que se anestesió mediante el montaje tóxico, procurar sacarlo del goce autista en el ofrecimiento de una relación, primeramente. Relación que, luego, en la medida en que el sujeto logre instaurar una demanda, se tornará terapéutica.

Así como en las intervenciones especializadas para las adicciones se ofrece una terapia para las adicciones pensadas para el adicto, los individuos que ahí se articulan, lo hacen como adictos cuyo problema es claro: la dependencia a la droga. Así mismo, sin la droga, el problema desaparece o se limita a la tendencia a depender del sujeto, para lo que se ofrece un grupo de apoyo institucional o se instaura la relación tóxica con otro elemento sin la censura social.

En esta lógica del tratamiento, lo que se pone en juego es la demanda institucional de los centros de rehabilitación, y la demanda del profesional o terapeuta:

“...la demanda institucional que busca que el paciente renuncie definitivamente al consumo de tóxicos, y de otro lado, la demanda del mismo terapeuta que busca que el paciente elabore un discurso que sustituya el consumo... El toxicómano no demanda nada, lo único que

pide es que le permitan consumir su “quitapenas” en paz...”
(Rengifo, F. 2007; 104).

Frente a esta particularidad de la clínica con los sujetos que acuden a una *operación farmakon*, Le Poulichet (2012) propone una *clínica preliminar*, pues el sujeto que se encuentra en la dinámica tóxica pocas veces asiste al encuentro clínico con una demanda, entre tanto, con su acto ha logrado librarse, en cierta medida de ésta; en su montaje ha puesto en cuestión la condición de desamparo y el requerimiento de la asistencia ajena, logra una “*supresión de la demanda propia del comercio con el objeto libidinal*” (Rengifo, F. 2007; p. 98), donde la alteridad se desdibuja. Es preciso hacer surgir la diferencia y palabrearla.

Cambiando las concepciones pueden cambiar los ofrecimientos, la clínica no puede ser una obligación para quien padece determinado síntoma (entendido éste en su concepción clínica de un modo particular de enfermar, y no en el sentido teórico estricto), sino un espacio posible para quien lo demande. Hay que abogar por una apropiación de la demanda y una aparición del sujeto, de ese que se oculta tras el disfraz del toxicómano, hay que escuchar la aparición del tóxico en las palabras (Le Poulichet, 2012), favoreciendo una transformación de ese montaje económico, de las toxicomanías, en una manifestación de algo más, en una alternativa de paliar un sufrir, y así, ligado tal acto a la historia del sujeto, favorecer el pronunciamiento de su palabra, de su demanda, de su deseo.

No obstante, Le Poulichet (2012) advierte que no se trata de una precipitación de palabras a modo de vaciamiento, sacar algo y vaciarse; se trata de un decir con sentido anudando historia historizando, no una hemorragia de palabras y confesiones a manera de depósito de goce, tras el que el sujeto desaparece (Le Poulichet, 2012), sino que esa palabra, el sujeto mismo, tenga lugar “*en el corazón de una nueva dialéctica*” (Le Poulichet, S., 2012; p. 148), dicho núcleo no es otro que el de una relación transferencial, que el sujeto requerirá sólo si el montaje tóxico viene extenuándose, sólo allí, tras ese desbaratarse de la escena, habrá algún llamado al otro, y en esa medida, el lugar del otro-psicólogo deberá sostenerse sobre una legalidad del deseo, de la falta, y con ello del amor de transferencia, aunque esto inicialmente suponga una enorme complejidad en el vínculo: “*No es la droga como objeto la que impide que se instaure*

una relación transferencial... sino que una operación del farmakon sigue siendo requerida, casi siempre, porque subsiste el miedo de una captación destructiva en esta relación” (Le Poulichet, S., 2012; p.168).

En esto se halla la importancia de no apelar a regular las elecciones que pone en juego el sujeto, quien podrá asumirse desapareciendo bajo ese saber supuesto, es una escena que estará inicialmente envuelta en una lógica de la toxicidad, pero que, desde las posibilidades transferenciales, podrá acompañar al sujeto, como afirma Le Poulichet, *“bajo la forma de su propia cuestión”* (Le Poulichet, S., 2012; p. 166). La relación transferencial, en otras palabras, implicará aquellas transformaciones y constituciones libidinales que sostienen cualquier investimento dirigido hacia los objetos, de deseo y amor, allí donde emerge el *sujeto*.

13. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aguilar, L. (2011). *La experiencia de éxtasis*. Pharmakon 12, Chifladuras adictivas. Grama ediciones.
- Agudelo, J., Castañeda, D. y cols. (2012). “*Algunas consideraciones en el abordaje de las toxicomanías*”. ¹Artículo elaborado por José Nain Agudelo, Alejandra Álvarez Bolívar, Diego Castañeda, Yesly Salazar, y Jonatán Osorio; todos miembros activos del grupo de estudios “*Subjetividad y adicciones*”. Ponencia presentada en el Primer Encuentro Regional de Psicología llevado a cabo en la Universidad San Buenaventura, el día 20 de Septiembre del 2012 en la ciudad de Cali, Colombia.
- Aksenchuk, R. (2006). *Toxicomanía y psicoanálisis. Del goce globalizado a la ética de la diferencia*. Psikeba: Revista de psicoanálisis y estudios culturales.. Recuperado en: www.psykeba.com.ar/articulos/RAtoxicomania.htm El día 20 de Enero de 2011 a las 9 horas
- Baranger, W y cols. (2001). “*Los conceptos de objeto en la obra de Freud*”. Aportaciones al concepto de objeto en psicoanálisis. Amorrortu editores. Buenos Aires.
- Baranger, W y cols. (2001). “*El Narcisismo en Freud*”. Aportaciones al concepto de objeto en psicoanálisis. Amorrortu editores. Buenos Aires.
- Bassols, M. (2011). *Adicciones: un dormir sin sueño*. Pharmakon 12, Chifladuras adictivas. Grama ediciones.
- Becoña E., Cortés M. et al. (2008). *Guía clínica de intervención psicológica en adicciones*. Guías clínicas Socidrogalcohol. Recuperado en: <https://encrypted.google.com/search?hl=es&source=hp&biw=1024&bih=468&q=Gu%C3%ADa+cl%C3%ADnica+de+intervenci%C3%B3n+psicol%C3%B3gica+en+adicciones.+Gu%C3%ADas+cl%C3%ADnicas+Socidrogalcohol.+&btnG=Buscar+con+Google&aq=f&aqi=&aql=&oq=>. El día 4 de Enero de 2011 a las 22 horas

Borges Jorge Luis El sueño – Poemas. Recuperado de <http://www.poemas-del-alma.com/el-sueno.htm#ixzz2I7LnQsLT> el día 8 de Enero de 2013

Braunstein, N. (2006). “*Los goces distinguidos*”. El goce. Un concepto lacaniano. Siglo XXI editores. Buenos Aires.

Braunstein, N. (2006). “*@-Dicción del Goce*”. El goce. Un concepto lacaniano. Siglo XXI editores. Buenos Aires.

Campuzano, M. (s.f). *Adicciones y Narcisismo*. Recuperado de: http://www.ampag.edu.mx/files/a__a__Adicciones__Mario__narcisismo_y_adicciones.pdf .El 7 de Noviembre de 2012.

Carmona, J. (1995). *Adicciones: la droga no es la sustancia*. Revista Dossier No. 4 Año MCMXCV Universidad Nacional De Colombia. Recuperado de: <https://www.facebook.com/l.php?u=http%3A%2F%2Fwww.revistas.unal.edu.co%2Findex.php%2Fpsicologia%2Farticle%2Fdownload%2F15909%2F16684&h=FAQHRNm7d>

Castañeda, D., Blanco, A. y Maldonado, I. (2010). “*La puesta en acto: transición, goce o modulación del conflicto psíquico*”. Trabajo de grado para optar al título de Psicólogo. Universidad del valle, Buga.

Collin, F. (1991). Sobre el amor: conversación con Julia Kristeva. Revista Debate Feminista. Año 2. Vol. 4. Septiembre. http://www.debatefeminista.com/articulos.php?id_articulo=976&id_volumen=41 Recuperado el día 16 de diciembre del 2012.

D’ Angelo, P. (s.f). *Cuerpo y psicoanálisis*. Recuperado de: http://www.centrooro.org.ar/co_archivos/Cuerpo_y.pdf el día 10 de Julio de 2011.

Diario el País. (1979) “La droga produce un gran placer y un gran sufrimiento” Entrevista realizada por Alfonso García Pérez a Claude http://elpais.com/diario/1979/01/25/sociedad/286066811_850215.html

Díaz, L. (2002). *El cuerpo: ese objeto marcado por el exceso del otro*. Rescatado de: <https://www.google.com.co/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=1&cad=rja&ved=0CCoQFjAA&url=http%3A%2F%2Fwww.revistas.unal.edu.co>

%2Findex.php%2Fjardin%2Farticle%2Fdownload%2F8273%2F8917&ei=PbH5UJqWKITO9QSXuICoBA&usg=AFQjCNEc95a9CuVohvN0j2BhJOJs2GqdgA&sig2=jkSi1gfI2SClDQUUjERsXw el día 14 de Agosto de 2011.

Díaz, L. (2007). *La embriaguez del goce*. Desde el Jardín de Freud. No. 7. Bogotá. Rescatado de: https://www.google.com.co/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=2&cad=rja&ved=0CDEQFjAB&url=http%3A%2F%2Fwww.revistas.unal.edu.co%2Findex.php%2Fjardin%2Farticle%2Fdownload%2F8378%2F9022&ei=_ZgCUauhFoyY9QSM6YCoDw&usg=AFQjCNFwVLCPUx9CKB9e4vo-X30xG7-Dhg&sig2=j-Kjj4Md_BsPuBw38U8c_A&bvm=bv.41524429,d.eWU el día 14 de abril 2012.

Dolto, F. (1986). *Las imágenes inconscientes del cuerpo: Las castraciones*. Pág. 132 – 160. Paidós. España.

Djambolakdjian, S. (2007). *Clínica psicoanalítica de las toxicomanías*. Desde el Jardín de Freud. No. 7, Bogotá.p. 161-174.

Fernández J., Secades R. (2000). *La Evaluación de los Programas de Tratamiento en Drogodependencias. Implicaciones Profesionales para los Psicólogos*. Papeles del Psicólogo. No. 007. Consejo General del Colegio de Psicólogos. Madrid, España. Recuperado de: <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/778/77807707.pdf> El día Septiembre 20 de 2010a la1 hora

Freud, S. (1917) “*Duelo y melancolía*”. En Obras completas. Amorrortu editores. Buenos Aires

Freud, S. (1912). *Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa, contribuciones a la psicología del amor II*. Amorrortu editores. Buenos Aires

Freud, S. (1905). *Tres ensayos para una teoría sexual*. Amorrortu editores. Buenos Aires.

Freud, S. (1915). *Pulsiones y destinos de pulsión*. Amorrortu editores. Buenos Aires.

Freud, S. (1915). *Introducción al narcisismo*. Amorrortu editores. Buenos Aires

Freud, S. (1915). *La Represión*. Amorrortu editores. Buenos Aires

- Freud, S. (1920). *Más allá del principio del placer*. Amorrortu editores. Buenos Aires
- Freud, S. (1900). *La interpretación del los sueños. Capt 6 y 7*. Amorrortu editores. Buenos Aires
- Freud, S. (1950). *Proyecto de una psicología para neurólogos*. Amorrortu editores. Buenos Aires
- Freud, S. (1950). *Manuscrito G. Melancolía*. Fragmentos de la correspondencia con Fliess. Amorrortu editores. Buenos Aires
- Freud, S. (1930). *El malestar en la cultura*. Amorrortu editores. Buenos Aires
- Freud, S. (1924). *La disolución del complejo de Edipo*. Amorrortu editores. Buenos Aires
- Girón S; Martínez, J. & González, F. (2002) *Drogodependencias Juveniles: Revisión Sobre La Utilidad De Los Abordajes Terapéuticos Basados En La Familia*
Recuperado en:
http://www.elsevier.es/watermark/ctl_servlet?_f=10&pident_articulo=13035592&pident_usuario=0&pcontactid=&pident_revista=182&ty=91&accio
Septiembre 20 de 2010 a la 1 hora
- Homero. *La odisea*.
- Iriarte, L. (2011). "Chifladuras adictivas: a propósito de la pulsión, psicosis y toxicomanías". *Pharmakon 12*, Chifladuras adictivas. Grama ediciones.
- Krakov, A. (2001). *Un modelo representacional en el psicoanálisis*. Recuperado de: <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/287/28730107.pdf> el día 15 de Junio de 2012.
- Kristeva, J. (1995). *Elogio de Amor. Historias de amor*. Editorial Siglo XXI
- Lacan, J. (1959), *El Seminario, Libro 7. Clase I, "Nuestro Programa."; Clase II "Placer y Realidad." Y Clase III "Una relectura del ENTWURF."*
- Lacan J. (1963) En *Ecrits, II Kant con Sade*. Recuperado de: http://www.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/psicologia/sitios_catedras/electivas/096_problemas_filosoficos/material/lacan_kant_con_sade.pdf

Laplanche, J., Pontalis, J. B. (1967). *Diccionario de Psicoanálisis*. Editorial Paidós SAICF. Buenos Aires-Argentina (2004). Conceptos consultados: pulsión, objeto, deseo, incorporación, autoerotismo, fijación, fase oral, fase oral-sádica, fase anal.

Laurent, E. (2011). *El objeto droga en la civilización*. Pharmakon 12, Chifladuras adictivas. Grama ediciones.

Le Poulichet, S. (2005). *Toxicomanías y psicoanálisis. Las narcosis del deseo*. Primera edición. Amorrortu editores. Buenos Aires.

Le Poulichet, S. (2012). *Toxicomanías y psicoanálisis. Las narcosis del deseo*. Segunda edición. Amorrortu editores. Buenos Aires.

Lippi, S. (2007) *Pérdida y adicción*. Desde el Jardín de Freud. No. 7. Bogotá. Recuperado de:
<http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/jardin/article/viewFile/8374/9018>
El día 17 de Julio 2012.

López, C. (2006). *La Adicción a Sustancias Químicas: ¿Puede ser Efectivo un Abordaje Psicoanalítico?* En Psykhe [online]. vol.15, n.1, pp. 67-77. ISSN 0718-2228
Recuperado en: <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/967/96715106.pdf> El día 20 de Enero de 2011 a las 9 horas

Lora M. y Calderón, C. (2010). *Un Abordaje a La Toxicomanía desde el Psicoanálisis*. Recuperado de: <http://www.ucb.edu.bo/publicaciones/Ajayu/v8n1/v8n1a8.pdf> el día 16 de Agosto de 2011

Martí, J. (S.F.). *Sueño despierto - Poemas*. Recuperado de: <http://www.poemas-del-alma.com/sueno-despierto.htm#ixzz2I8NCuLIU>

Maleval, J. (2001) Particularidades del uso de drogas en las psicosis. Entrevista a Jean Claude Maleval por Mario Sanchez. Una primera versión fue publicada en

Ann.Med.Interne, 2001. 152, suppl. Au n° 7, pp. 2S53-2S58, Masson, Paris, 2001. <http://www.descartes.org.ar/murci14/sinthoma-entrevista.htm>

Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales – DSM-IV (1995). Realización de la versión electrónica: Instituto Municipal de Investigación Médica, Departamento de Informática Médica Barcelona. Masson S.A. Barcelona – España. Recuperado en: www.manualespdf.es/manual-dsm-iv/ El día 21 de Septiembre de 2009 a las 20 horas

McDougall, J. (2001). *La economía psíquica de la adicción*. « L'économie psychique de l'addiction », fue publicado originalmente en *Anorexie, addictions et fragilités narcissiques* (bajo la dirección de Vladimir Marinov), París: PUF, 2001 y reproducido posteriormente en la *Revue française de psychanalyse*, 2004/2 Vol. 68, p. 511-527. Traducción de Pierre Angelo González, Profesor del Instituto de Psicología de la Universidad del Valle. Cali, Octubre de 2012.

Ministerio de la Protección Social y Dirección Nacional de Estupefacientes, (2009) “*Estudio nacional de consumo de drogas en Colombia: resumen ejecutivo*” Rescatado de: www.descentralizadrogas.gov.co agosto 27 de 2010.

Moreno, B. (2007). *Reseña de “Toxicomanías y psicoanálisis. La narcosis del Deseo”* de Sylvie Le Poulichet. Desde el Jardín de Freud. No.7. Bogotá.

Olievenstein C. (1985). *La Toxicomanía*. Editorial Fundamentos. España.

Olieventein, C. (1986). *La vida del toxicómano*. Editorial Fundamentos. España.

Olievenstein, C. *La sociedad interviene cuando los drogados amenazan las ciudades*. Reportaje a Claude Olievenstein <http://www.psicoadic.org/reportajes4.php>

Ortegón, D. (2010). “*Del vínculo materno y otras relaciones adictivas*”. Tesis de grado obtenido no publicada. Facultad de Psicología. Universidad Cooperativa de Colombia. Cali, Colombia.

Pedinielli, J. y Bonnet, A. (2008). *Aporte del psicoanálisis a la cuestión de la Adicción*. Traducción del artículo « Apport de la psychanalyse à la question de 'Addiction », de Jean-Louis Pedinielli y Agnès Bonnet, publicado en *Psychotropes*,

2008/3 Vol. 14, pp. 41-54, por Pierre Angelo González, Profesor del Instituto de Psicología de la Universidad del Valle. Octubre de 2012.

Pizarnik, A. (s.f.). *Poesía completa. (1955-1972)*. Recuperado de: http://sergiomansilla.com/revista/descargar/pizarnik__alejandra_-_poesia_completa.pdf. El día 17 de Abril del 2012.

Psicoanálisis Entre-Vistas. (2012). *Consumo de drogas y adicción*. Entrevista a Carolina Vignoli, psicóloga clínica, psicoanalista en formación (EOL) y miembro del CEIP. Recuperado de: <http://psicoanalisisentrevistas.blogspot.com/2012/08/consumo-de-drogas-y-adiccion.html>

Prieto, T., Peñaloza, C. y Rendón, C. (2011). *El cementerio de elefantes*. Pharmakon 12, Chifladuras adictivas. Grama ediciones.

Rabinovich, D. (2003). *El concepto de Objeto en la Teoría Psicoanalítica. Sus incidencias en la dirección de la cura*. Manantial. Buenos Aires.

Rengifo, F. (2007). *Una dificultad en la clínica de la toxicomanía*. Desde el Jardín de Freud. No 7. pp. 95-108. Bogotá.

Rivera, S. (2007). *La paradoja del recurso al Pharmakon en su forma contemporánea*. Desde el Jardín de Freud. No. 7. Bogotá.

Rodríguez, L., Rodríguez, A. y Soto O. (2010). *“Elección de Objeto Amoroso en el Proceso de Rehabilitación de tres Adolescentes Adictos a la Droga”*. Tesis de grado obtenido no publicada. Universidad del Valle. Palmira, Colombia.

Rojas, A. y Dubó, C., (2007). *Actualidad de una clínica del a-sujeto. El ejemplo de la toxicomanía*. Desde el Jardín de Freud. No. 7. Bogotá. pp. 137-150. Recuperado de: <https://www.google.com.co/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=1&cad=rja&ved=0CCoQFjAA&url=http%3A%2F%2Fwww.revista.unal.edu.co%2Findex.php%2Fjardin%2Farticle%2Fdownload%2F8373%2F9017&ei=hegC>

UbiZEoj48gTZyYBI&usg=AFQjCNEKUL12Vm8J3NMSkQhLhhH-XTMznA&sig2=TEoFtfuLo0zfj5DYkPG4Bg&bvm=bv.41524429,d.eWU

Safouan, M. (1988). *Angustia, síntoma, inhibición*. Ediciones Nueva Visión SAIC.

Salamone, L. (S.F.). *Éxtasis*. TyA.

Salamone, L. D. (S.F.). *El toxicómano y el goce cínico*.

Salamone, L. D. (2008). *El horizonte autista y mortífero del goce*. Virtualia Revista Digital de la Escuela de la Orientación Lacaniana. Vol. 17. Recuperado de: <http://virtualia.eol.org.ar/017/default.asp?dossier/salamone.html>

Sánchez, E. (2006). *La investigación en el tratamiento psicológico de las adicciones: en busca de la utilidad clínica*. Adicciones, 2006 • Vol.18 Núm. 3, Págs. 259-264
Recuperado en: <http://www.adicciones.es/files/7-Sanchez.pdf> El día 4 de Enero de 2011 a las 22 horas

Sanmiguel, P. (2007). “*Réquiem por una nueva pulsión*”. Desde el Jardín de Freud N° 7, Bogotá, ISSN: 1657-3986, pp. 111-118. Recuperado en <http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/jardin/article/view/8371> El día 30 de Enero de 2011 a las 22 horas

Sinatra, E. (2011). *Demoliendo sintagmas: la iniciación sexual y los drogadictos*. Pharmakon 12, Chifladuras adictivas. Grama ediciones.

Soler, C. (2011). *Los afectos lacanianos*. Editorial Letra Viva

Velosa. J. (2009). *Las Toxicomanías Algunas Consideraciones sobre cómo se ha comprendido el fenómeno, se han diseñado las políticas y tratamientos*. Tesis Psicológica, núm.4. Fundación Universitaria Los Libertadores. Colombia.
Recuperado en <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=139013586008>. El día 17 de Octubre de 2010

Vera, E. (2007). “*Una ausencia que reina*”. Desde el Jardín de Freud N° 7, Bogotá, ISSN: 1657-3986, pp. 67 – 74. Recuperado en

<http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/jardin/article/viewFile/8368/9012> El
día 30 de Enero de 2011